
Grupo Editorial
Portal
Hermanos Baker
• Libro 3 •
RECHAZADA
por el antiguo amor
UM ROMANCE DIFERENCIA DE EDAD DE
JÉSSICA MACEDO

UM ROMANCE DIFERENCIA DE EDAD DE

JÉSSICA MACEDO

Hermanos Baker

• Libro 3 •

RECHAZADA

por el antiguo amor

Grupo Editorial Portal

Copyright ©2025 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Está prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra -física o electrónica- sin autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley nº 9.610/98 y castigado en el artículo 184 del Código Penal.

Portada y diseño

Jéssica Macedo

Consulte

Margareth Antequera

Traductor

Matías San Miguel

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que existieron realmente en algún momento de la historia para ambientar la escena. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Resumen

Sinopsis
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64

Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Epílogo
Acerca del autor
Lea también:
Redes sociales (del editor)

Sinopsis

DIFERENCIA DE EDAD – RECHAZADA | ABANDONADA – BEBÉ POR CONTRATO – SEGUNDA OPORTUNIDAD

Keyla Baker tenía un secreto que se llevaría a la tumba para proteger la felicidad de quienes más amaba. Pero una enfermedad terrible lo cambió todo y la verdad salió a la luz.

Después de un embarazo en la adolescencia y de haber sido rechazada y abandonada por el padre de su bebé, se vio obligada a ver crecer a su hija desde la distancia. Sin embargo, cuando la niña enfermó, no tuvo más opción que decir la verdad. Pero eso no fue suficiente. El dolor fue aún mayor al reencontrarse con el hombre que más la había lastimado.

Para salvar a su primera hija, necesitaba otro bebé…

Keyla estaba dispuesta a todo, incluso a volver a quedar embarazada de ese cretino egoísta que solo pensaba en sí mismo.

Jonas Bennet solo se preocupaba por su propio bienestar. Viudo y convertido en millonario, creía que el dinero era lo único que importaba y nunca se había arrepentido de haber abandonado a Keyla. A pesar de los años, no había cambiado en absoluto y solo aceptó tener otro hijo bajo un contrato que lo eximía de cualquier responsabilidad sobre el niño.

Él pensaba que no necesitaba amor, pero estaba a punto de descubrir lo vacía que era su vida sin una familia.



Keyla
BAKER

Prólogo

Hace veinte años...

De fondo, escuchaba el sonido de la gente conversando y riendo a carcajadas. Estaban felices, de buen humor, divirtiéndose, mientras las lágrimas se acumulaban en mis ojos.

Me escapé a un pequeño balcón del lugar donde se llevaba a cabo la fiesta. Mi hermano Nolan había conseguido las llaves de uno de los penthouses de lujo en Manhattan, que nuestros padres estaban intentando vender, y aprovechó el espacio para reunir a sus colegas políticos.

Aspirante a una carrera en la política, mi hermano soñaba con convertirse en un influyente político estadounidense. Si solo bastara la ambición, estaba segura de que llegaría muy lejos.

Mientras tanto, mi otro hermano se dedicaba a la carrera de medicina, con la promesa de convertirse en cirujano algún día y ser el mayor orgullo de nuestros padres.

Y yo…

Solo soy una chica.

Tragué en seco, intentando deshacerme del sabor amargo en mi boca y de las lágrimas que seguían acumulándose en mis ojos. La

fiesta parecía una distracción perfecta para que nadie reparara en mí, mientras me consumía por completo el pánico.

Fui tonta, ingenua…

Era demasiado tarde.

Esa mañana, cuando finalmente reuní el valor para hacerme una prueba de embarazo, mi mundo se derrumbó.

Mis padres me matarían.

Mis hermanos me matarían.

Estaba embarazada y ni siquiera había terminado la preparatoria. El miedo me paralizaba tanto que lo único en lo que podía pensar era en llorar.

Parecía imposible, pero intentaba reunir fuerzas para armarme de valor y contarle a Jonas lo que había pasado. Él era mayor, trabajaba con mi hermano y también estaba metido en la política. Quién sabe, tal vez algún día llegarían a ser presidente y vicepresidente.

Era obvio que Nolan no tenía ni idea de que yo me veía en secreto con su amigo, un hombre diez años mayor que yo. Siempre había sido sobreprotector, así que, si lo descubría, enloquecería.

Pero con el embarazo…

Tendría que contarlo, todos se enterarían y mi vida quedaría arruinada.

El pánico me consumía las entrañas, me oprimía el pecho y me asfixiaba con una sensación sofocante. El miedo era tan abrumador que caminar se sentía difícil, y hablar, imposible.

Respiré hondo una y otra vez antes de obligarme a acercarme a él. Jonas se alejó de Nolan y los demás, y fui hacia él.

Rubio, de ojos azules intensos y una barba incipiente, lo veía como el hombre más atractivo del mundo, casi un dios griego en forma humana. Podría haberme quedado mirándolo para siempre, pero ese no era el momento.

—¡Jonas! —Me interpuse en su camino, y él bajó la mirada para verme.

—Ah, Keyla…

—Por… Por favor, tenemos que hablar.

—Mira, gatita, no tengo tiempo para ti ahora.

—Es importante.

—Sea lo que sea, puede esperar.

—Jonas… —Intenté sujetarlo de nuevo.

—Déjame en paz, niña. —Rodó los ojos, y yo me encogí—. ¡Dilo de una vez!

—Yo… —Inspiré profundamente, buscando valor—. Estoy embarazada.

—¿Embarazada? —Abrió la boca, sorprendido, pero su expresión pronto se transformó en una carcajada—. Qué buen chiste.

—No es un chiste… —murmuré, pero antes de que pudiera seguir hablando, otra mujer se acercó a él, rodeándolo con los brazos y besándolo de una manera que me dejó sin aliento.

Era morena, con la piel bronceada y el cabello perfectamente arreglado. Muy hermosa, aunque debía tener al menos treinta años, tal vez más.

—Vamos, amor, nos están esperando.

¿Amor?

Mi mundo se desmoronó aún más.

—Luego hablamos, Keyla. —Se dio la vuelta y se fue con la otra mujer, como si yo no significara nada.

Ya no pude contener las lágrimas. Cuando comenzaron a caer, lo único que deseaba era encontrar un lugar donde esconderme.

Me giré para salir corriendo, pero apenas di unos pasos, choqué contra mi cuñada, quien me envolvió en sus brazos delgados, impidiéndome seguir adelante.

—Déjame pasar —sollocé, intentando ocultar mis lágrimas, pero cada vez se volvían más intensas.

—Ay, querida… —Amélia acarició mi cabello—. Lo siento mucho.

Su comentario me dejó aún más aturdida.

—¿Lo… lo escuchaste?

—Sí, pero lo siento.

—Por… Por favor. No le digas nada a mi hermano.

—No te preocupes. —Me dedicó una sonrisa aún más amable y volvió a acariciarme el cabello—. No diré nada.



Keyla
BAKER

Capítulo 1

Esperaba ansiosa en la sala de llegadas del aeropuerto, esperando a Mía en la zona de desembarque. Desde que se había ido a estudiar a California, no nos veíamos con la misma frecuencia.

Por más que fuera algo común, siempre era difícil ver a los jóvenes crecer y dejar la casa de sus padres, aunque fuera lo esperado. Al menos hasta la última vez que hablé con ella, Mía estaba feliz, haciendo planes e incluso investigando en qué área especializarse. La había imaginado en muchas profesiones, pero química fue una sorpresa. Afortunadamente, Silicon Valley era una cuna de oportunidades.

—¡Tía! —Su grito llamó mi atención antes de que siquiera la viera acercarse.

—¡Mía!

Venía empujando un carrito con dos enormes maletas, suficiente ropa para toda una vida. Lo dejó a un lado para darme un fuerte abrazo.

—¡Hola, querida! —Le devolví el abrazo con la misma intensidad—. Te extrañé muchísimo.

—Yo también.

Nos quedamos abrazadas un momento hasta que se separó, acomodándose su hermoso cabello rubio. Entonces reparé en las maletas.

—¿Decidiste volver a casa?

—¿Qué? —Frunció el ceño—. No, tía, ¿estás loca?

—Entonces, ¿por qué trajiste tantas maletas?

—Una chica atractiva como yo necesita sus cosas. —Se encogió de hombros.

Reí mientras negaba con la cabeza. En esas maletas cabía de todo.

—Tu papá te ha mimado demasiado.

—Algo tenía que hacer, ¿no? —refunfuñó, molesta—. ¿Dónde está ahora?

—Sabes que, como gobernador, es un hombre muy ocupado.

—Ajá… —murmuró, con desdén—. Siempre dice lo mismo.

—No deja de ser cierto.

—Menos mal que tú siempre estás aquí. —Me abrazó con fuerza.

—Sí, aquí estoy. —Le devolví el gesto con cariño, sintiéndome feliz.

—Vamos —dijo, al separarse.

—Sí, pero vamos a necesitar ayuda con esas maletas.

—Ay, tía, son solo unas cuantas y tienen ruedas. —Se inclinó para tomar una, y noté un enorme moretón en su brazo.

—¿Qué es eso?

—Solo un moretón.

—¿Cómo que solo un moretón? —me molesté.

—Tía... —Bajó la cabeza, incómoda—. Por favor, nada de escándalos en el aeropuerto.

—Solo si me dices cómo te lo hiciste.

—No lo sé. Últimamente soy más torpe, me están saliendo moretones en cualquier parte.

—Si fue un hombre…

—No empieces, tía.

—Empiezo, sí...

—¿Podemos irnos? —Señaló el camino al estacionamiento.

—Sí. —Terminé cediendo.

Tal vez no fuera nada, Mía siempre había sido una chica lista y valiente. No dejaría que cualquier imbécil le pusiera una mano encima… o al menos, eso esperaba.

Fuimos hasta mi auto y una de las maletas tuvo que ir en el asiento trasero porque, según Mía, mi maletero era diminuto.

Nolan no estaba en la ciudad, llegaría la noche siguiente, así que llevé a Mía a mi casa. Pasaríamos la noche viendo películas, yo prepararía la cena y, con suerte, tendríamos una buena charla.

Yo tenía su confianza, y eso era muy importante para mí.



Keyla
BAKER

Capítulo 2

En los días siguientes pasamos las tardes juntas, comiendo palomitas y viendo películas. O, mejor dicho, yo las veía, porque Mía se quedaba dormida a cada rato.

—Solías ser más animada. —Le di un codazo cuando volvió a cabecear.

—Tienes razón...

—¿Qué te pasa? —Giré el rostro para mirarla mejor.

Estaba más pálida de lo normal, lo cual era extraño, considerando que vivía en un lugar mucho más cálido que Nueva York.

—Desde que empecé a participar en un proyecto de investigación, siento como si me hubiera atropellado un camión. Estoy agotada y, a veces, me falta el aire.

—Entonces deberías tomarte un descanso.

—¡Pero, tía! —protestó, con fastidio—. Es importante.

—Tal vez ese proyecto y las clases sean demasiado para ti. Vas a tener que decidir tus prioridades.

—No es justo. —Frunció los labios.

—No siempre lo es.

—Lo sé, pero el proyecto es increíble. Solo que, si dejo las clases, me expulsan.

—Entonces, ya decidieron por ti qué es más importante.

Mía se cruzó de brazos, molesta.

—Voy a preparar la cena. —Me levanté del sofá y fui a la cocina, abriendo la puerta del refrigerador.

—¿Prefieres pasta con tocino y huevo o un bistec?

—Bistec con ensalada, por favor. Los carbohidratos van directo a mi culo. —Hizo una mueca y solté una risa.

—Como si no tuvieras ya un culo espectacular.

—Tengo que mantenerlo así.

Empecé a preparar la cena mientras la observaba desde detrás de la barra de la cocina. Mía no tenía idea de lo orgullosa que estaba de ella.

—Voy a darme un baño.

—Está bien.

Seguí concentrada en la cocina, hasta que un estruendo rompió la tranquilidad y marcó el comienzo de mi peor pesadilla.



Keyla
BAKER

Capítulo 3

En cuanto llegué al baño y vi a Mía en el suelo, entré en pánico. Tuve que pellizcarme, respirar hondo para apartar el miedo y actuar.

Llamé a emergencias del hospital donde trabajaba Philip, y me dijeron que enviarían una ambulancia para recoger a mi sobrina. Afortunadamente, nos trataron como prioridad.

—Mía...

No sabía si debía cargarla o si moverla podría empeorar la situación. Ver su pecho subiendo y bajando con una respiración lenta alivió un poco mi angustia. Al menos, seguía viva.

Cuando la ambulancia finalmente llegó y se la llevaron, pude dejar de temblar lo suficiente como para sacar mi celular. Solo envié un mensaje a mi hermano.

Keyla:

Voy con Mía rumbo al hospital donde trabaja Philip. Vuelve a casa.

Sentada en un rincón de la ambulancia, observaba mientras los paramédicos le revisaban los signos vitales con los equipos.

—Tía... —susurró ella, con dificultad.

—¡Mía! —Me incliné para tomar su mano, que estaba demasiado fría—. ¿Estás bien?

—Yo... —Su voz era débil, y parecía tener problemas para respirar—. No lo sé...

Cuando llegamos al hospital, me pidieron que me hiciera a un lado mientras la bajaban de la ambulancia en una camilla.

—¿A dónde la llevan? —pregunté, siguiéndolos con pasos rápidos mientras atravesaban las puertas dobles.

—A hacerle unos estudios.

—¿No puedo ir con ella? —pregunté, con la mirada suplicante.

—Es mejor que espere aquí, señorita Baker.

—Por favor...

—Cuidaremos bien de su sobrina —aseguró uno de los médicos, antes de desaparecer con Mía por el pasillo.

Con el corazón a punto de estallar en mi pecho, no me quedó más opción que esperar.

Me senté en una de las sillas de la recepción, mirando de un lado a otro, esperando noticias.

Revisé mi celular, pero no había ningún mensaje de mi hermano. Intenté llamarlo, pero Nolan no contestó. Tal vez estaba en algún evento político sin acceso al teléfono.

Necesita responder...

—¡Keyla!

Me puse de pie de inmediato al escuchar la voz de Philip.

—¡Phil! —Abrí los brazos y me lancé a los suyos.

—Hermana... —Me acarició el cabello—. ¿Qué pasó?

—Mía se desmayó en mi baño.

—¿Por qué?

—No lo sé... —Ya ni intenté controlarme y rompí en llanto.

—Va a estar bien.

—No puedes saberlo.

—Mía es joven y saludable. No hay razón para preocuparse tanto. Seguramente fue solo un desmayo.

—Nunca es *solo* un desmayo, Phil...

Tal vez estaba exagerando, pero me resultaba imposible no preocuparme.

—¿Y si está embarazada? Nolan se volvería loco. —Philip se rió—. Teniendo en cuenta que Nilzi era más joven que Mía cuando quedó embarazada, nuestro hermano no puede decir mucho.

—¿Tú crees?

—Los desmayos pueden ser un síntoma de embarazo.

Philip puso una nueva posibilidad en mi cabeza. Aunque sabía que Mía tenía otros planes para su futuro, también entendía mejor que nadie que la vida nunca seguía un plan establecido.

—Espero que no sea nada grave.

—No lo será.

Sus palabras lograron calmarme un poco.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que una enfermera se acercó a nosotros.

—Llevamos a Mía al cuarto 1325. Pueden ir a verla. El médico los recibirá cuando tenga los resultados de los exámenes.

—¿Cómo está? —preguntó Philip.

—Estable, doctor.

—Eso es bueno.

La enfermera se despidió con un leve movimiento de cabeza antes de irse en otra dirección.

—¿Vamos? —le dije a mi hermano.

—Ve tú primero. Tengo que ver a un paciente antes. Nos vemos allá.

—Está bien.

Tomé el elevador y subí hasta la habitación donde estaba Mía. Justo cuando iba a tocar la puerta, esta se abrió y entré con cautela.

La vi acostada en la cama, bebiendo un poco de agua y con un suero en el brazo. Su expresión estaba aún más apagada que antes.

—Tía, creo que arruiné nuestra cena.

—Me diste un susto de los mil demonios. —Me acerqué a la cama y le acaricié la mano.

—Lo siento...

—Está bien. Me dio miedo que fuera algo serio. Pero dime... ¿Estás embarazada?

—¿¡Embarazada!? —Si no estuviera tan débil, habría saltado de la cama—. ¿De dónde sacaste eso? ¿Los médicos dijeron algo?

—No... Solo dijeron que alguien vendría a hablarnos.

—Entonces, ¿por qué pensaste eso?

—Por el desmayo. Solo se me ocurrió que... —Me di cuenta de inmediato de que había metido la pata—. Perdón.

—Si fuera eso, juro que demandaría al fabricante de los condones y de las pastillas anticonceptivas, porque uso ambos.

—Eso es bueno.

Para ser sincera conmigo misma, la idea de un embarazo me parecía menos aterradora que la de una enfermedad.

—Con permiso...

Me giré cuando escuché la voz de un médico entrando en la habitación con una tableta en la mano. Era alto, de piel negra, ojos grandes y una sonrisa cautivadora.

—Soy el doctor Turner, y tú debes ser la sobrina del doctor Philip e hija del gobernador.

—Solo Mía, doctor. —Hizo una mueca—. A veces la gente olvida que soy más que la hija de mi padre.

—Lo siento, Mía.

—Pasa todo el tiempo. —Se encogió de hombros.

—Keyla, ¿cierto? —El médico se giró hacia mí, y yo simplemente asentí con un movimiento de cabeza.

—¿Qué causó el desmayo, doctor? —Quise saber de inmediato. La forma en que su expresión se endureció me hizo suponer que no traía buenas noticias.

—En cuanto Mía llegó a emergencias, le hicimos un hemograma, una tomografía y todos los estudios necesarios para determinar la causa del desmayo.

—No estoy embarazada, ¿verdad, doctor? —preguntó ella, con tono burlón, como si quisiera fastidiarme.

Solo porque estaba en el hospital, dejaría pasar ese comentario.

—No, Mía, no es un embarazo.

—¿Lo ves, tía? —Me sacó la lengua.

—Lo siento mucho —dijo el médico, haciendo que la sonrisa de Mía desapareciera—. Las noticias no son buenas.

—¿Qué tengo?

—La tomografía no mostró ninguna anomalía...

—Vaya al grano, doctor —exigió ella.

Él tragó saliva y tardó unos segundos en hablar, como si estuviera buscando las palabras adecuadas. No pareció encontrarlas, porque su respuesta fue seca y directa.

—Tienes aplasia medular.

—¡¿Qué?! —Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—En el hemograma detectamos que no estás produciendo suficientes células sanguíneas.

—¿Es cáncer? —Quiso saber Mía.

—No, pero sigue siendo una enfermedad grave.

—¿Grave? —Su rostro se puso aún más pálido—. ¿Qué tan grave?

—Lo siento, Mía...

—¿Por qué lo sientes? —Fui hacia el médico y lo agarré de la solapa de la bata sin pensarlo, actuando solo por desesperación—. ¿Está diciendo que va a morir? —No era tan fuerte, pero lo sacudí.

—¡Keyla! —Philip apareció detrás de mí y me sujetó por la espalda, alejándome y obligándome a soltar al médico—. ¿Perdiste la cabeza?

Bufé mientras mi hermano me giraba y me colocaba detrás de él.

—Lo siento, Chester.

—No hay problema, Philip. —El médico se encogió de hombros.

—¿Qué está pasando aquí? —Mi hermano se volteó para encararme.

—Tu amigo dijo que Mía va a morir.

Apenas las palabras salieron de mi boca, mis ojos se llenaron de lágrimas y no pude contener el llanto.

—¿Chester? —Philip buscó la mirada de su colega.

—No dije que vaya a morir, pero es una condición grave.

—¿Qué tiene?

—Aplasia medular.

—¿Estás seguro?

La forma en que Philip abrió los ojos me aterrorizó aún más.

—Sí. Tiene una anemia muy severa debido al bajo número de células en la sangre, además de otros síntomas.

—La falta de oxigenación causó el desmayo.

El doctor Turner asintió.

—Puedes salvarla, ¿verdad? —Agarré el brazo de mi hermano, obligándolo a mirarme de nuevo.

—Está en buenas manos.

—Pero... —Las lágrimas volvieron a acumularse en mis ojos.

—Aunque no fuera mi sobrina, el problema de Mía no es neurológico. No tengo la especialización médica necesaria para tratarla. El doctor Turner se encargará de la atención inicial y luego la derivará a un hematólogo.

—¿Prometes que estarás pendiente de todo?

—Por supuesto. —Philip me dedicó una media sonrisa. En el fondo, sabía que haría todo lo posible por ayudar a Mía, pero aun así, sentía que no era suficiente.

—¿Qué va a pasar conmigo? —preguntó Mía, desde la cama, atrayendo la atención de nuevo hacia ella, como si la hubiéramos ignorado.

—Tendremos que hacerte algunas transfusiones para controlar la anemia severa y el bajo número de plaquetas. El hematólogo podrá explicarlo mejor, pero intentaremos identificar la causa de la aplasia y tratarla con medicación.

—¿Intentar?

—Es posible que no sea suficiente y necesites un trasplante de médula ósea.

—¡¿Trasplante?! —Mía y yo exclamamos al mismo tiempo.

—Es solo la última opción. —Philip intentó calmarnos.

—¿Hija? —Nolan abrió la puerta de la habitación y fue directo hacia la cama donde estaba Mía—. ¡Hija!

—¡Papá! —Llorando, se incorporó en la cama para abrazarlo.

—Vine en cuanto vi el mensaje de tu tía. Perdón por la demora...

—Está bien. —Lo abrazó con más fuerza.

—¿Qué está pasando?

Nolan nos miró en busca de respuestas, y Philip le explicó la situación a nuestro hermano mayor.

El gobernador escuchó todo antes de volver a hablar.

—¿Cómo... cómo contrajo esto?

—En la mayoría de los casos, la causa es autoinmune. El organismo comienza a producir anticuerpos contra las células madre, destruyendo las que generan la sangre.

—¿Va a estar bien? —Nolan compartía el mismo miedo que yo.

—Haremos todo lo posible...



Keyla
BAKER

Capítulo 4

Dos semanas después...

Prácticamente me mudé al hospital, quedándome con Mía en una suite del área VIP que habían preparado para nosotras.

A pesar de toda la comodidad destinada a la hija del gobernador, el hecho de que siguiera internada era una verdadera pesadilla. Mía era una joven de veinte años, con toda la vida por delante, que no merecía una sentencia como esa.

Nolan estaba con nosotras esa mañana cuando el doctor Connor, el hematólogo, entró en la habitación leyendo algo en su tablet.

—¿Cómo te sientes, Mía? —preguntó con una sonrisa mientras se acercaba al pie de la cama.

—Cansada. —Se removió en la cama y soltó un bostezo—. Solo quiero irme a casa, a mi cama. ¿Cuándo me va a dar el alta, doctor?

—Ey, primero tienes que preocuparte por ponerte bien —intervino Nolan.

—Parece que desde que llegué aquí no he hecho más que empeorar.

—No es así...

Mía torció los labios y Nolan se levantó, yendo hasta el médico.

—¿Ya tiene los resultados de sus análisis?

—Sí.

—¿Está mejorando?

—Lamentablemente, las transfusiones y la medicación solo están funcionando como un tratamiento paliativo, no están revirtiendo el problema. Podemos mantenerla así...

—¿Significa que nunca voy a volver a casa?

Yo estaba a su lado y Mía apretó mi mano mientras intentaba contener las lágrimas.

Mi hermano tenía sus compromisos políticos, pero yo había dejado de lado mi rutina como agente inmobiliaria para estar con ella.

—Tu mejor oportunidad de recuperación es un trasplante de médula ósea.

—¡Entonces, hagámoslo! —Mía no lo pensó dos veces.

—Lamentablemente no es tan simple. Para este procedimiento, necesitamos encontrar un donante compatible. A veces puede ser uno de los padres, aunque la mayoría de las veces son los hermanos.

—Mi madre murió y solo tengo un medio hermano —comentó ella.

Tragué en seco y me encogí en un rincón de la habitación, pero como la atención estaba puesta en el médico, nadie me notó.

—¿Cuándo puedo hacerme la prueba de compatibilidad? —preguntó Nolan.

—Hoy mismo.

—¡Genial!

—Pero, papá...

—Todo va a salir bien. —Nolan se volvió hacia ella y le sonrió.

Todo va a salir bien, repetí para mí misma en silencio, tratando de convencerme.

Nolan no dudó en acompañar al médico hasta la estación de enfermería para que le tomaran una muestra de sangre y determinaran si era compatible con Mía.

—Se hace el duro, pero está muerto de miedo —dijo ella, en cuanto su padre desapareció de su vista.

—Tú eres la más fuerte de todos nosotros. —Me acerqué y tomé su mano entre las mías. Estaba más fría de lo normal, pero no dije nada. Solo me quedé mirando la enorme pantalla de televisión en el otro extremo de la habitación.

—No es cierto... Tengo mucho miedo, tía.

—Vas a estar bien. —Besé la parte superior de su cabeza.

—Promételo...

—Lo prometo.

No tenía forma de garantizarlo, pero haría todo lo que estuviera a mi alcance para salvarla.

***

—¡Papá, basta! —Mía se molestó con Nolan porque no dejaba de caminar de un lado a otro en la habitación—. Vas a hacer un agujero en el piso.

—¿Cuánto tiempo necesitan para hacer un análisis tan simple?

—No tienes idea de lo complejo que es —intervine—. Ten un poco de paciencia.

—Paciencia... —Nolan bufó como un adolescente irritado, no como el hombre de cuarenta y seis años que era.

Mi hermano estaba a punto de salir a buscar al médico cuando este regresó a la habitación.

—¿Tiene el resultado? —exigió Nolan.

—Sí.

—Dígame, ¿soy compatible?

—Bueno, ¿podemos hablar afuera un momento?

—¡Ni se les ocurra irse afuera! —Mía casi saltó de la cama—. Sea lo que sea, puede decirlo delante de mí. Ya estoy lo suficientemente grande para escuchar.

El médico miró a mi hermano, quien terminó asintiendo con la cabeza.

—Lamentablemente, no es compatible, gobernador.

Nos quedamos en silencio, asimilando la noticia, hasta que mi hermano se atrevió a romperlo.

—¿Y mi hijo...?

—Es casi imposible.

—Él no tiene la misma madre que Mía, pero podríamos hacerle la prueba...

—No van a ser compatibles —afirmó el médico.

—¿Cómo puede estar tan seguro sin siquiera hacer el examen? —Nolan se irritó.

—Porque usted no es el padre de Mía.

—¡¿Qué?!

—Lamentablemente, eso es lo que indica el análisis de ADN.

—No puede ser...

Nolan estaba perplejo, pero mi preocupación estaba con Mía. Después de todo lo que había pasado en las últimas semanas, no

merecía que su mundo se derrumbara de esa forma.

—¿Mi papá no es mi papá? —sollozó, antes de romper en llanto.

—Amelia, tu... —Nolan se mordió los labios antes de soltar una maldición al pensar en su difunta esposa—. Eres mi hija, Mía —dijo Nolan, acercándose para besarle la frente.

Se quedaron abrazados un rato hasta que Mía se apartó y reunió el valor para dirigirse al médico.

—Entonces... ¿no hay solución? Mi mamá murió...

—En realidad, no —dije, demasiado rápido. Si hubiera pensado un par de segundos, me habría quedado callada.

Los tres se giraron hacia mí y tragué en seco.

Ese era un secreto que siempre pensé que me llevaría a la tumba.

—Tía... —Mía buscó mi mirada, tratando de entender mi reacción.

Apreté los puños, sintiendo cómo mis uñas se clavaban en mis palmas. Tenía un sabor amargo en la boca y las palabras atoradas en la garganta.

No tenía derecho a destruir la vida de Mía después de veinte años, pero esta era una situación desesperada que requería una medida desesperada.

—¿Tía? —insistió.

—¿Keyla? —Nolan también exigió una respuesta.

—Soy la madre de Mía —confesé, revelando el secreto que había guardado durante veinte años.



Jonas BENNET

Capítulo 5

Escuché el sonido del viento afuera, en la mansión terriblemente vacía. Desde la muerte de Sarah, hace tres años, el lugar se había vuelto aún más solitario.

Había asistido a muchas fiestas, eventos y me había divertido tanto como la fortuna de Sarah nos lo permitió, pero ahora que todo eso era mío, la vida parecía sonreírme y decirme: *bien hecho.*

Fuiste demasiado ambicioso, y esa fue tu sentencia.

Hace veinte años, yo era un hombre diferente, ambicioso, que no pensaba en otra cosa que no fuera volverme rico. Aunque eso significara vender mi alma.

Pasé largos años al lado de una mujer controladora y mimada, pero cuando se fue, me dejó una gran fortuna y muchas propiedades.

Después de un tiempo, eso fue suficiente para conseguir todo lo que quería. Parecía más fácil que seguir en la vida política, como le pasó a un viejo amigo, que tuvo tanto éxito que terminó convirtiéndose en gobernador del Estado.

Pero también pagué un precio.

Siempre pagamos un precio...

Aun así, el tiempo de arrepentirme quedó muy atrás.

—Señor... —Escuché una voz que me hizo girar hacia la puerta.

—¿Sí? —Me fijé en el ama de llaves antes de volver a perder la mirada en el horizonte.

—¿Le sirvo la cena?

—Tráela aquí en una bandeja.

—¿No quiere que le prepare la mesa?

—¿Para comer solo? Qué tontería.

—Pero...

—Trae la bandeja —enfaticé, con firmeza.

—Sí, señor. —Asintió antes de desaparecer de mi vista.

Bufé y volví a mirar por la ventana.

Soy huérfano. Pasé por veintisiete hogares de acogida hasta que finalmente cumplí dieciocho años y terminé solo. Conseguí trabajo como repartidor de volantes en la campaña de un concejal, y con el tiempo, mi carisma me llevó cada vez más cerca hasta convertirme en su asesor. Ganaba lo suficiente para pagar el alquiler y comprar algo de ropa, pero necesitaba más. Quería una vida mejor que esa mierda de existencia que había llevado hasta entonces.

Cuando conocí a Sarah, se interesó en mí de inmediato, a pesar de ser diez años mayor. Su padre, dueño de una constructora, fue uno de los principales financistas de la campaña del concejal. Cuando murió, le dejó todo a ella.

¡Ahora todo es mío!

Honestamente, siempre fui mucho mejor administrando que esa niña mimada, que casi llevó a la quiebra una empresa con cincuenta años de historia.

Si no fuera por mí, el negocio habría fracasado, lo admitiera ella o no.

—Señor... —El ama de llaves entró a mi oficina con la bandeja de mi cena.

—Déjala ahí. —Señalé la mesa.

—¿Quiere que le traiga algo más, señor?

—No.

—¿Está seguro?

—Sí.

—Está bien. —Asintió y me dejó solo otra vez.

Estaba tan acostumbrado a la soledad que ya no me molestaba.



Keyla
BAKER

Capítulo 6

—¿Qué carajo es esto? —Nolan alzó la voz.

—Hermano...

—Explícate bien. —Él estaba furioso, y con toda la razón.

Había criado a Mía durante veinte años como si fuera su propia hija. Verlos sufrir a ambos me hizo sentir aún más culpable por toda esta situación.

—Tía... —exigió Mía, mientras yo permanecía en silencio.

—Yo... Yo... Lo siento mucho. —Me incliné hacia adelante y me derrumbé en lágrimas.

—¿De dónde sacaste esa historia? —Nolan no iba a dejarme escapar sin una explicación.

Tragué saliva, tratando de reunir valor, pero sentí cómo algo bajaba arañando mi garganta, como si fueran las uñas de un gato.

—Quedé embarazada hace veinte años. Solo era una adolescente. Estaba tan perdida y asustada. Luego me encontré con Amélia. Le conté todo, y ella juró que me ayudaría.

—¿Y tú se lo permitiste? —preguntó Nolan.

—Tenía tanto miedo, no sabía qué hacer. Nuestros padres me habrían matado.

—¿Dejaste que Amélia me engañara? —Mi hermano apretó los dientes, furioso.

—Ella había perdido dos bebés. Me prometió que cuidaría muy bien de Mía. Solo quería poder estar cerca de ella.

—¡Maldita sea! —rugió Nolan—. Amélia me dijo que era nuestro milagro, pero todo era una mentira.

—Lo siento tanto... —Volví a llorar.

¿Me arrepentí de haber dejado que mi cuñada se quedara con mi bebé? Todos los días. Pero ya era demasiado tarde para lamentarme.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Mía estaba atónita.

—Ya habías crecido. No quería arruinarlo todo.

—¿No pensabas decírmelo si no me hubiera enfermado?

Negué con la cabeza.

—¡Eso no es justo!

—No quería que sufrieras...

—¿Por eso decidiste que no merecía saberlo?

—Solo quería evitar complicarte la vida, lo siento.

—¿Y ahora vienes y me sueltas esta bomba?

—Yo... Yo solo... Solo lo dije porque creo que tal vez yo pueda ser donante.

—¿Y si no eres compatible?

—Encontraremos una solución. —Haría lo que fuera por ella, aunque en ese momento Mía tuviera razones para odiarme.

Durante veinte años la acompañé en la medida en que pude, estando presente en los momentos en que me necesitaba, pero siempre como su tía.

Muchas veces pensé en cambiar las cosas, pero ya no sentía que tuviera derecho a dar marcha atrás.

Si tan solo pudiera...

—¿Sabes quién es mi padre?

Asentí.

—¿Dónde está?

—No lo sé. No lo veo desde que le dije que estaba embarazada.

—¿Crees que siga vivo?

—Probablemente.

—Primero veamos si Keyla es compatible antes de buscar a ese tipo. —Nolan cambió el rumbo de la conversación.

Era evidente que mi hermano estaba furioso, pero se estaba conteniendo por el bien de Mía.

—Voy a buscar al médico —les avisé, antes de salir.

En ese momento, lo mejor parecía ser dejarlos solos.



Jonas BENNET

Capítulo 7

Después de pasar el día en la oficina de la constructora, volví a la enorme y solitaria mansión en las afueras.

Varias veces me había preguntado si no sería mejor comprar un ático en Manhattan, más bonito, mejor decorado y con un ambiente más íntimo. Sin embargo, siempre terminaba decidiéndome por quedarme allí. En ese gran mausoleo.

Después de una ducha y con la cena servida en mi oficina por el ama de llaves, me fui a la cama temprano, con la excusa de que necesitaba estar descansado para una importante reunión de negocios al día siguiente.

Elegir a Sarah me había hecho alejarme de otras personas en mi vida. Ella era muy celosa, no dejaba espacio para que me relacionara con otras personas, incluso con hombres, diciendo que ellos me harían traicionarla.

Al final, lo dejé pasar.

Estar solo era algo con lo que ya estaba acostumbrado.

Aunque hacía tres años que era viudo, no había hecho nada para cambiar la situación...

—No puede entrar. —Escuché la voz del ama de llaves desde el primer piso y me moví en la cama.

—Sé que está aquí.

—El señor Bennet está durmiendo.

—¡Entonces despiértelo!

La voz femenina me parecía algo familiar, aunque no tenía idea de quién podría ser.

Mi curiosidad me llevó a rodar fuera de la cama, tomar la camisa que había dejado sobre la silla y ponérmela antes de salir del cuarto.

Me detuve en el descanso de la escalera, mirando hacia abajo hasta que vi a una mujer. Tenía el cabello largo y castaño, y parecía tener treinta años. Cuando finalmente se giró hacia mí, su rostro me recordó a alguien, pero no podía asociarlo a ningún nombre conocido.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunté, con voz gruesa.

—Señor Bennet, disculpe —empezó a decir el ama de llaves —. Esta mujer tocó la puerta y entró sin permiso, exigiendo hablar con usted, pero ya le dije que llamaré a la policía si no se va.

—¿Quién eres tú? —Comencé a bajar las escaleras en su dirección.

—Encima no me recuerdas. —Había amargura y rudeza en su tono, evidenciado por los dientes apretados y la postura llena de rabia.

Fruncí el ceño, enfocando mis ojos al acercarme para ver mejor los detalles. Su rostro en forma de corazón, con labios bien delineados. Estaba sin maquillaje, con profundas ojeras, pero aún así era una mujer muy bonita.

—¿Debería?

—Veinte años no te hicieron menos idiota —gruñó.

Fue como si una llave hubiera girado en mi mente y una avalancha de recuerdos me invadió.

—¡Keyla!

Ella dio un paso atrás al darse cuenta de que la había recordado.

—¿Qué haces aquí a esta hora de la noche?

—Necesito hablar contigo.

—Sea lo que sea, puede esperar hasta mañana. Como dijo Greta, ya estaba dormido y pienso seguir durmiendo.

No sabía qué la había llevado a esa chica... o mejor dicho, mujer, a reaparecer en mi vida, pero la curiosidad era algo que sabía controlar. Además, no creía que pudiera sacar algo bueno de esa conversación después de veinte años.

—¡Buenas noches! —saludé, al darme la vuelta.

—¡No!

Cuando me di cuenta, sus uñas ya estaban clavadas en mi muñeca, exigiendo que me girara hacia ella de nuevo.

—Ya me diste la espalda una vez y no voy a dejar que lo hagas otra vez.

—¿Te volviste loca?

—No...

—Entonces vete.

—Primero: ya no soy una niña para que me trates así. —Puso las manos en la cintura e hinchó el pecho—. Segundo: nuestra hija te necesita.

—¿Hija?



Keyla
BAKER

Capítulo 8

Jonas abrió los ojos como si no tuviera ni idea de lo que estaba diciendo. No es que esperara una reacción diferente al acercarme a él, pero para salvar a mi hija, estaba dispuesta a todo. Incluso a abrir viejas heridas y enfrentar al hombre que destruyó mi vida.

Después de contarle la verdad a Mía y Nolan, me hice el examen para ver si era compatible con mi hija, pero, lamentablemente, no lo era. No podía donar mi médula para ella, pero existía la posibilidad de que el padre biológico pudiera hacerlo, y esa era la razón por la que estaba allí.

Como gobernador del Estado de Nueva York, mi hermano tenía muchos contactos. Incluso algunos detectives privados, que solo necesitaron un nombre para encontrar a Jonas.

Después de algunas llamadas, aquí estaba yo, dispuesta a ser escuchada, como no lo había sido hace veinte años, cuando él se rió en mi cara y me despidió tras contarle que estaba embarazada.

—¿Qué historia es esa de una hija? —preguntó.

—Sabes perfectamente de qué estoy hablando.

—No sé de nada. —Se encogió de hombros.

Apreté los dientes con más fuerza.

Ni siquiera sé por qué en algún momento pensé que Jonas sería un hombre mejor. Solo me sentía más tonta por haber caído en su juego cuando era una niña.

Respiré profundamente y me erguí más, en esa época era tonta, fácilmente manipulable, pero ya habían pasado muchas cosas y había pagado un precio muy alto por mis decisiones.

Ya no me importaba lo que me pasara a mí, ni lo que tuviera que hacer. Lucharía hasta el final para salvar a Mía, aunque ella y mi hermano no me perdonaran por la mentira.

—¡Maldito bastardo! Si no te acuerdas de mí, no te acuerdas de cuando te conté que estaba embarazada hace veinte años. No necesitas recordarlo, solo necesitas ayudarme a salvarla.

Jonas se quedó mirándome hasta que bufó.

—¡Vete! Necesito volver a dormir, tengo un compromiso importante mañana.

—¡No! —gruñí, furiosa.

—Greta, llama a la policía y saca a esta loca de aquí.

—Señor... —El ama de llaves se mostró incómoda.

—¿Oíste lo que dije?

—Sí.

Volvió a subir las escaleras, pero no logró avanzar ni dos escalones antes de que agarrara su muñeca y le exigiera que volviera a mirarme.

—¡Fuiste tú quien no me escuchó! No me voy a ir a ningún lado porque no voy a dejar morir a Mía.

—¿Morir? —Mis palabras finalmente tuvieron algún efecto, y el idiota prestó atención.

Asentí con la cabeza.

—¿Y qué crees que puedo hacer? No soy médico.

—Como padre, puedes ser compatible para donarle médula ósea.

—¿Donar médula ósea? —Abrió los ojos.

—Sí...

Se quedó en silencio, mirándome durante un tiempo, tal vez minutos, como si estuviera procesando la información antes de decir algo.

—Mira, no puedo ayudar —dijo, al fin.

—En realidad, eres la única persona que puede ayudar.

—¿Tú no eres la madre? ¿Por qué no donas?

—No soy compatible... —Solté un suspiro cargado de sufrimiento—. Todo lo que quiero es poder salvar a Mía, pero mi

donación no es suficiente. Ni siquiera tenemos el mismo tipo de sangre. Yo soy O y ella es B.

—Yo... No. —Sacudió la cabeza como si estuviera aterrorizado por las imágenes que pudieran haber cruzado por su mente.

—Por favor... —Mis ojos se llenaron de lágrimas otra vez.

—No puedo donar.

—Aún ni siquiera hemos hecho la prueba de compatibilidad.

—Tengo algunos años o décadas más por delante que no quiero desperdiciar.

—¡No te vas a morir, bastardo egoísta! —volví a gruñir—. El médico dijo que solo son unas semanas de recuperación.



Jonas BENNET

Capítulo 9

B positivo era mi tipo de sangre...

Aún así, solo pensar en la posibilidad de enfrentar una cirugía me ponía los pelos de punta de una manera muy incómoda.

—¿Por qué me sometería a una cirugía por alguien que ni siquiera conozco? —Seguí manteniendo un tono áspero.

—¡No la conoces porque nunca quisiste! Tienes que ser un verdadero cretino para abandonarla una segunda vez.

Cretino...

Había escuchado esa palabra tantas veces que ya no me afectaba tanto, pero la rabia y determinación de Keyla me dejaron claro que la situación era mucho más seria.

Aún parecía una completa locura pensar en la posibilidad de tener una hija. Era algo que nunca había esperado. Después de veinte años, apenas recordaba a Keyla, mucho menos que en algún momento ella podría haberme dicho que estaba embarazada.

Sarah nunca quiso tener hijos y, para mí, siempre fue mejor así. Tratar con niños nunca fue parte de mis planes, pero ella ya no era una niña.

Veinte años...

Mi hija ya no es una niña, es una mujer de veinte años. Pensar en eso me dejaba en shock.

No sabía decir. De alguna manera, deseaba que la situación fuera diferente. No esperaba que el pasado regresara para atormentarme.

¿La vas a abandonar otra vez?

No sabía qué decir, honestamente, ni qué sentir. Mi mente seguía preguntándome si estaba en medio del sueño más loco de mi vida.

A pesar de todo el conflicto interno, alguna parte de mí se conmovió con la historia y reflexionó.

—Si tú no eres compatible, tal vez yo tampoco lo sea.

—Solo hazte el examen, por favor... —Sus ojos aún estaban rojos de lágrimas y suplicantes.

—Voy a ver cuándo tengo tiempo en mi agenda. —Me di la vuelta, tratando de subir las escaleras nuevamente, pero ella seguía decidida a convencerme.

—¡Mañana!

—Mira, yo no...

—¡Mañana! —repitió, interrumpiéndome.

—Está bien. —Al final cedí—. Iré mañana a la hora del almuerzo. —Me volteé hacia el ama de llaves que todavía estaba

escuchando todo con los ojos muy abiertos—. ¿Greta?

—Sí, señor.

—Dale un papel y un bolígrafo para que anote la dirección.

—Lo haré.

—Buenas noches. —Finalmente subí las escaleras y regresé a mi cuarto.

Me tiré en la cama, pero me quedé mirando el techo, sin poder cerrar los ojos.

Miré el reloj en la mesa de noche, era poco más de medianoche, aún quedaba un tiempo considerable para dormir, pero tan pronto como empecé a dar vueltas de un lado al otro, quedó claro que no iba a poder conciliar el sueño.

Ah, Keyla...

Demasiado joven, demasiado bonita y hermana de alguien que probablemente me arrancaría los huevos si supiera que estaba acostándome con ella.

Durante veinte años no visité esos recuerdos, sin embargo, me sorprendió darme cuenta de que todavía estaban guardados en un rincón de mi mente.

Cuando la conocí, su hermano Nolan aún estaba muy lejos de convertirse en gobernador del Estado. Estaba subiendo sus primeros peldaños en la carrera política junto a su joven y encantadora

esposa, Amélia. Una rubia deslumbrante que solo parecía tener ojos para él.

Fue en una reunión organizada en la casa en el suburbio de New Jersey, donde vivían los padres de Nolan, que conocí a Keyla. Sonrisa amplia, ojos atentos y un aire tan carismático que era difícil escapar, incluso siendo casi diez años mayor que ella.

A partir de llamadas telefónicas a altas horas de la madrugada, la relación se fue intensificando hasta que nos encontrábamos en el asiento trasero de mi coche.

Obvio, nunca tomé la situación como algo serio. Solo me estaba divirtiendo y esperaba que ella también lo hiciera.

Sobre el embarazo...

Me costó recordar en qué momento podría haberme dicho algo al respecto, hasta que recordé una fiesta.

Ella lo dijo...

Pensé que estaba bromeando y poco después de eso me comprometí con Sarah.

No importaba. Al menos no me importó.

Parece que era verdad y ahora tenía una hija de veinte años que necesitaba un trasplante de médula ósea.



Keyla
BAKER

Capítulo 10

Ya era tarde cuando regresé al hospital. Nolan estaba dormitando en una gran silla de cuero, pero despertó en el momento en que abrí la puerta, mirándome directamente.

—¿Ya volviste?

Asentí con la cabeza.

—¿Mía está dormida? —Extendí el cuello para mirar sobre la cama.

—Sí, finalmente. No ha sido nada fácil para ella estos últimos días.

—Yo empeoré todo... —Tragué saliva, bajando la cabeza.

—¿Cómo pudiste mentirle? —Su tono era bajo, para no despertar a Mía, pero no menos furioso—. ¿Cómo pudiste mentirme a mí?

—Me asusté mucho cuando descubrí que estaba embarazada. Era joven, una niña, más joven que Mía hoy. Pasaron tantas posibilidades por mi cabeza, pero no sabía qué era lo correcto. Después de contarle a Jonas y que me rechazara de esa manera, me sentí aún más perdida. Entonces, Amélia apareció con una solución,

prometiendo que se encargaría de todo. Además, no perdería el contacto con el bebé.

—Por eso ella sugirió tu intercambio a Londres.

Asentí con la cabeza.

—Era una solución para que ocultara el embarazo.

—Mientras tanto, no me dejaba tocarla por miedo a perder otro bebé, pero en realidad, me estaba mintiendo.

—Lo siento mucho, Nolan...

—Deberías haberme contado la verdad —dijo, apretando los dientes.

—Lo sé...

—Yo le habría arrancado los huevos a Jonas.

—Eso no habría cambiado nada. —Moví la cabeza, aún llorando.

—Pero él estaría castrado.

Sonreí de manera incómoda.

—Algunas veces, cuando Mía aún era un bebé, pensé en decir la verdad. Ya no podía más con esto.

—Entonces, ¿por qué no lo dijiste?

—Amélia me amenazó, me dijo que si lo hacía, conseguiría que todos creyeran que me estaba volviendo loca.

—¡Loca era ella! —bufó.

—Yo... tuve miedo...

—Después de que Amélia murió...

—Tú y Mía ya habían construido una relación. No me sentí con el derecho de destruir eso. Era un secreto que llevaría a la tumba. Pero aquí estamos...

—Y Jonas... —Apretó los dientes aún más—. ¡Ese hijo de puta!

—Él vendrá mañana a hacerse el examen.

—¿Así de fácil?

No respondí exactamente a lo que mi hermano preguntó, preferí desviar el tema.

—Lo importante es que venga.

—Si no viene, yo mismo iré a buscarlo.

—Mía... —Las lágrimas volvieron a acumularse en mis ojos y pronto estaba llorando de nuevo.

—Ella estará bien —prometió Nolan, y yo quería creer en eso.



Jonas BENNET

Capítulo 11

Por la mañana, fui a la empresa constructora. Había una reunión sobre la reforma y transformación de un edificio abandonado en Queens, para convertirlo en un hotel de tres estrellas. Fuimos contratados por una cadena hotelera que había comprado el lugar en una subasta y esperaba que estuviera listo en menos de un año.

Si quería entregar el proyecto, tendría que poner todas mis equipos en él. Aún estaba decidiendo si debía contratar nuevos empleados, pero era una gran oportunidad.

Después de la reunión, le avisé a mi secretaria que me iba a salir, pero no le dije adónde iba, solo que podría tardar. Ella rápidamente se dio cuenta de que era un asunto personal y privado.

Como viudo, no tenía nada que esconder, al menos no relacionado con mujeres, sin embargo, el hecho de tener una hija perdida no era algo que quisiera que saliera a la luz.

Podría no ir.

Varias veces me encontré pensando en eso, pero la voz de Keyla exigiendo que fuera a hacerme el examen era enfática y me dejaba con la cabeza doliendo. Como un zumbido irritante de un mosquito.

No me dejaría en paz si no aparecía, aunque pensar en el trasplante no era algo que me agradara.

Podría no ser compatible, pero ¿y si lo fuera? ¿Tendría elección? Pensaba que no.

Desde la muerte de Sarah, no había pisado un hospital, esperaba seguir así por mucho tiempo, pero ese definitivamente no era mi día de suerte.

Máscaras, aparatos, agujas...

Tragué en seco.

¿Qué tipo de hombre eres?, me pregunté sin encontrar una respuesta que me agradara.

Finalmente, detuve mi coche en el estacionamiento del hospital, tomé el celular que estaba sobre el cargador de inducción en el panel y caminé hasta la entrada.

Saqué del bolsillo el pedazo de papel donde Keyla había anotado la dirección del hospital y su número de celular.

Escribí un mensaje y lo envié enseguida.

Jonas:

Estoy en la recepción.

Keyla:

Dile que estás aquí para hacer el examen de compatibilidad para la donación de médula a Mía Baker.

Jonas:

¡Está bien!

¿Mía Baker? Ese nombre me sonó más familiar de lo que debía.

Caminé hasta el mostrador y dije exactamente lo que Keyla me había indicado, entonces me dieron un número y me pidieron esperar. Me senté en una de las sillas de plástico y abrí un buscador en internet, escribiendo el nombre: Mía Baker.

¿Rubia, veinte años, hija de Nolan? ¿Qué?

¿Por qué Keyla estaría diciendo que la hija del gobernador era mía?

Jonas:

¿Mía Baker?

Keyla:

¡Eso!

Jonas:

¿No es la hija de Nolan?

Keyla:

Es una larga historia.

Jonas:

Me dejaron esperando, así que creo que tengo tiempo.

Keyla:

Me dejaste sin opciones.

Jonas:

¿Me estás diciendo que tu hermano crió a la niña como si fuera suya?

Keyla:

Más o menos.

La idea fue de mi cuñada, que crió a Mía como si fuera suya.

Jonas:

¿Tu hermano no sabía?

Keyla:

Ahora lo sabe.

Jonas:

¿Le contaste lo de nosotros?

Keyla:

Mi hermano te mataría y no cambiaría nada.

Jonas:

¿Y Mía, lo sabía?

Keyla:

¡Claro que no!

Si no fuera por la enfermedad, todo seguiría como estaba.

Jonas:

¿Ella tiene cáncer?

Keyla:

Algo tan letal como eso. Se llama aplasia medular.

Jonas:

¿No hay otra cura aparte del trasplante?

Keyla:

Ya han intentado todo.

Jonas:

Lo siento mucho.

¿Cómo está?

Keyla:

Tratando de ser fuerte.

Después de un tiempo, me di cuenta de que estaba preocupado más de lo que debería.

Salí de la aplicación de mensajes y volví a ver fotos de la chica en internet: joven, bonita, llena de vida.

¿Esa es mi hija?

¿Quién podría imaginar que la hija del gobernador, en realidad, era mía?

Todavía parecía un sueño extraño del que no lograba despertar.

—¿Señor Bennet? —Se acercó una de las enfermeras.

—Sí. —Me levanté.

—Sígame, por favor.

—Está bien.

La seguí por una serie de pasillos hasta el área de extracción del laboratorio, donde había varios pequeños cuartos. Me acomodaron en uno de ellos y no pasó mucho tiempo antes de que me sacaran sangre y me dejaran ir.



Keyla
BAKER

Capítulo 12

—¿Crees que él vendrá? —Mía estaba inquieta desde el momento en que despertó.

Desde el momento en que Mia despertó, noté que estaba inquieta. Supuse que, en cuanto abriera los ojos y me viera allí, me pediría que me fuera. Por un momento, incluso creí que lo haría. Sin embargo, antes de que pudiera decir algo, los asistentes de Nolan comenzaron a llamarlo con insistencia; lo necesitaban para atender asuntos urgentes. Aproveché la oportunidad para sugerir que Nilzi viniera a quedarse con Mia, pensando que tal vez ella preferiría estar con alguien más cercano. Para mi sorpresa, Mía no aceptó la idea de inmediato. En lugar de eso, me miró y, con un tono casi inseguro, preguntó:

—¿Tú no puedes quedarte?

No esperaba esa respuesta, pero tampoco dudé en asentir. No quería irme. Quería estar con ella, y el simple hecho de que no me echara ya era suficiente para hacerme sentir aliviado.

Después de intercambiar algunos mensajes con Jonas, guardé el celular en el bolsillo y me acerqué a la cama donde ella estaba.

—Ya está aquí.

—¿Está? —Abrió los ojos sorprendida—. ¿Dónde?

—En el laboratorio, vino a hacerse la prueba.

—¿Crees que podría ser compatible? —Su expresión volvió a convertirse en un pozo de miedo y preocupación.

—Esperemos que sí.

—¿Y si no lo es?

—Vamos a centrarnos primero en el "sí". —Le acaricié la mano y besé el dorso.

—Debes odiarlo.

—Ya hace mucho que dejé de pensar en eso. —No era exactamente cierto, pero era lo que prefería creer.

—Aun así, fuiste a buscarlo ayer.

—Haría cualquier cosa para salvarte, Mía.

Ella se quedó en silencio, mirándome, hasta que sus manos se deslizaron de las mías y se apartó.

Mi garganta se secó y la incomodidad en mi pecho aumentó. Sabía que la culpa de todo eso era mía y desearía que las cosas fueran diferentes, pero ya era demasiado tarde.

—Pensé que mi madre estaba muerta y ahora descubro que no era mi madre, sino la mujer a la que siempre llamé tía.

—Sé que es confuso para ti.

—Demasiado confuso…

—Si pudiera hacer algo...

Antes de que pudiera terminar la frase, o que Mía pudiera reaccionar a ella, el médico tocó la puerta y entró en la habitación, interrumpiendo nuestro momento.

—Mía...

—Doctor. —Ella se apoyó en la cama y se acomodó hasta recostarse en la cabecera.

—Tengo los resultados de la prueba de tu padre biológico.

—¿Es compatible? —Fui yo quien preguntó, con el pecho lleno de esperanza.

El médico bajó la mirada y negó con la cabeza.

—Lamentablemente, ninguno de los dos es lo suficientemente compatible.

—Volvimos al principio —murmuró Mía, con un profundo aire de decepción.

—¿Y qué hacemos ahora? —Yo no estaba dispuesta a rendirme.

—Mía entrará en la lista de espera y deberá esperar un donante compatible, pero eso puede llevar años.

—Mientras tanto, voy a pudrirme en este hospital.

—Podemos crear un cronograma de transfusiones, mantener los antibióticos y antivirales, para que puedas volver a casa, pero tendrás que comprometerte con una rutina más restringida, sin grandes esfuerzos físicos o aglomeraciones, ya que con la baja de glóbulos blancos, tu sistema inmunológico está debilitado.

—¿Y me quedo esperando la muerte?

Cuando Mía dijo eso, sentí un escalofrío que me heló el estómago.

—Con medidas paliativas puedes vivir mucho tiempo.

—No vamos a rendirnos —afirmé.

—Voy a visitar a otros pacientes, pero si me necesitan, solo llámenme.

—Está bien, doctor —asintió Mía.

—Vas a lograrlo —le dije, en cuanto el médico salió de la habitación.

—¿No escuchaste? ¡Años!

—Ten un poco de esperanza.

—Ah, esperanza —gruñó, volteándose de lado y evitando mirarme.

Aún quería creer que era posible.

Salí corriendo de la habitación y logré alcanzar al médico en el pasillo.

—¡Doctor Connor, por favor, espere!

Él se volteó para mirarme.

—¿Sí?

—¿Está seguro de que Jonas no es compatible?

—Yo mismo revisé los resultados. Lo siento mucho.

—¿Dijo que son años en la lista de trasplante?

—Hay muchos pacientes y reglas estrictas.

—Debe haber otra forma. —Sujeté su brazo. Estaba desesperada—. Por favor, dígame.

—Ya intentamos todo. Lo siento.

—¿Todo de verdad? —Mis ojos ya estaban rojos de tanto llorar, pero no podía parar.

—Bueno... —dudó.

—¿Qué? ¿Aún hay algo? ¡Dígamelo! —Estaba casi sacudiendo al hombre.

—Si ella tuviera un hermano...

—Mía no tiene hermanos.

—En algunos casos, los padres intentan tener otro hijo. Las posibilidades de compatibilidad son altas y podemos usar el cordón umbilical para el trasplante.

—Otro hijo...

—Tendría que ser con el mismo padre de Mía. Sé que eso no es una opción, así que esperemos un donante en la lista.

—Está bien. —Retrocedí—. Gracias.

—De nada. —Me dedicó una sonrisa amistosa y se alejó.

Me quedé parada en el pasillo por un rato, pensando en lo que estaba sucediendo con Mía y en lo que el médico había dicho. Finalmente respiré profundo y volví a la habitación.

—¿Dónde estabas? —preguntó Mía, antes de que pudiera terminar de entrar.

—Solo fui al pasillo. Necesitaba un momento.

—Nunca más tendré mi vida de vuelta, ¿verdad? Volver a la universidad, ver a mis amigos. —Sus ojos cayeron de nuevo, desanimados.

—No digas eso.

—Pero es la verdad. Aunque salga de aquí, no puedo ni siquiera correr el riesgo de resfriarme, porque mi cuerpo no está produciendo las células que necesito. Ya no podré correr más, puedo tener mareos...

—Vas a estar bien.

Ella me miró, intentando levantarse para ponerse de pie, pero al final se rindió.

—Deja de decir eso, por favor.

—¿Qué cosa? —Moví la cabeza, algo confundida.

—Que todo va a estar bien cuando está claro que no lo va a estar. Se suponía que esta visita sería agradable, pero desde que llegué a Nueva York, mi vida solo se ha derrumbado. Estoy enferma, mi papá no es mi papá, mi tía tampoco es mi tía. Y en medio de todo esto, hay un tipo que ni siquiera conozco y es mi verdadero padre. Y la cura, si la consigo, puede llevar años.

—Vamos a ser un poco optimistas.

—Estoy cansada de ser optimista, ti... Ni siquiera sé cómo llamarte ya.

—No te preocupes por eso, ¿por qué no descansas un poco?

—Dormir y fingir que todo esto es una pesadilla. —Se acostó en la cama—. Parece la mejor idea.

Mía estaba sufriendo con todo eso y yo solo quería encontrar una manera de solucionar la situación.



Jonas BENNET

Capítulo 13

No debería estar ansioso.

¿Debería?

En los últimos años, mi vida se había resumido a la constructora, ganar dinero y más dinero hasta el punto de no saber qué hacer con él. El trabajo era lo que me daba propósito, y para mí estaba bien de esa manera.

Quería ser un hombre rico y lo logré. No necesitaba nada más, ¿verdad?

Entonces, ¿por qué mi mente iba y venía con la posibilidad de ser o no un posible donante para Mía? Sería mejor que no lo fuera.

Pasar por una cirugía y debilitarme por alguien que ni siquiera conocía.

Pero ella es mi hija...

Si no lo fuera, ¿por qué Keyla vendría tras de mí de esa manera?

Le diste la espalda una vez...

Los pensamientos caóticos y conflictivos en mi mente se interrumpieron cuando mi celular vibró sobre la mesa.

¡Keyla!

Debería ser el resultado del examen.

Rápidamente, tomé el celular y lo desbloqueé con mi huella digital, leyendo su mensaje.

Keyla:

Necesito hablar contigo.

Jonas:

¿Tienes el resultado?

Keyla:

Sí.

Jonas:

¿Soy compatible?

Keyla:

No.

Jonas:

Lo siento.

Keyla:

Ya estoy cansada de escuchar esa palabra.

Jonas:

Parece que te importa mucho ella.

Keyla:

Nunca vas a saber cuánto.

Jonas:

Probablemente no.

Keyla:

¿Podemos vernos hoy?

Jonas:

¿Por qué?

Keyla:

Prefiero hablar en persona.

Jonas:

Elijo el restaurante y te mando la dirección.

Keyla:

Ok. Hasta luego.

No debería haber aceptado ese encuentro, nada bueno podría salir de eso, pero cuando me di cuenta ya le había respondido.

En el fondo, aunque no quisiera admitirlo, quería verla, y eso podría terminar siendo un error enorme.



Keyla
BAKER

Capítulo 14

Mía se movió en la cama cuando escuchamos que llamaban a la puerta.

—¡Enfermeras, no otra vez! —refunfuñó, pero la puerta se abrió y una persona diferente entró: mi madre.

—¿Abuela? —Mía abrió los ojos—. ¿Qué haces aquí?

—Tu tía me pidió que viniera a quedarme.

—¿Tía? —Mía murmuró, y mi madre confirmó.

—Sí.

Ella era muy inteligente y con eso fue suficiente para imaginar que la abuela no sabía que yo era la verdadera madre de Mía. Amelia era la única con quien había compartido todo, y ella me había asegurado que era mejor así.

En ese momento, enfrentar todo eso sería mucho más difícil, pero fue necesario, y no me arrepentía de haber contado la verdad. A pesar de las consecuencias, fue como si me hubiera quitado un peso de encima después de tantos años.

—Vamos a pasar la noche juntas, mi nieta mayor —dijo mi madre.

—Tía... —Mía se volteó hacia mí—. Dijiste que te quedarías conmigo.

—Volveré pronto.

—Pero...

—Necesito resolver algo.

—Estoy segura de que te vas a divertir conmigo. —Mi madre metió la mano en su bolso y sacó un mazo de cartas.

—No tardes. —Mía me miró con cara de súplica.

—Lo prometo.

Me incliné sobre ella y le di un beso en la frente antes de salir.

Tuve que pasar por mi apartamento para ducharme y cambiarme. No había pisado ese lugar en tanto tiempo que debía parecer una completa extraña allí.

Afortunadamente, vivía sola. Había pensado en tener un gato, pero resultó ser una buena decisión no hacerlo, porque habría tenido que encontrar a alguien para que lo cuidara mientras pasaba esos días en el hospital.

Después de cambiarme, revisé la dirección que Jonas me había enviado y me dirigí hacia allí.

Mientras caminaba, sentía el estómago revuelto y un sabor amargo en mi boca. El día anterior había ido a verlo impulsada solo por mi desesperación, sin poder pensar con claridad. Sin embargo,

esta vez los recuerdos volvieron con fuerza, dejándome muy incómoda.

Al principio, cuando comenzaba a escaparme para verme con él, todo era increíble. Un hombre mayor, rubio, con cuerpo atlético que hacía que mis amigas babeasen. Cualquiera de ellas habría querido tener un novio así, pero yo era muy joven y me lancé sin pensar en las consecuencias. Cuando abrí los ojos, ya era demasiado tarde.

Las noches interminables en las que lloré hasta quedarme dormida no resolvían nada.

Tuve que respirar profundamente y sacar las lágrimas de mis ojos cuando el taxi me dejó frente al restaurante. Era un lugar precioso y mucho más sofisticado que cualquier cosa que Jonas se hubiera podido permitir veinte años atrás.

Cuando me acerqué a la recepción, una mujer se acercó a mí.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Vengo a encontrarme con Jonas Bennet.

—¡Ah, sí! El señor Bennet ya llegó. Sígame, por favor.

¿El señor Bennet?

Parece que Jonas debía ser un cliente habitual de ese lugar, ya que lo conocían tan bien. Sin embargo, eso no importaba, tenía algo claro en mente y necesitaba mantener el enfoque.

Seguí a la mujer hasta la mesa y lo encontré en el momento en que estaba tomando una servilleta blanca y extendiéndola sobre su regazo.

El restaurante no era lo único caro allí. El traje sofisticado debía costar una fortuna.

—Parece que has subido en la vida —comenté.

—He llegado donde quería estar.

—¿Valió la pena?

—Nunca me lo he preguntado.

—Tal vez un día deberías hacerlo.

—¿Vinimos hasta aquí para hablar de eso?

—No. —Apreté los labios.

—Entonces siéntate. —Indicó la silla frente a él.

—Gracias. —Me acomodé en la silla y dejé mi bolso a un lado, antes de mirarlo nuevamente.

Jonas no era el mismo hombre de hace veinte años, el tiempo también había hecho su trabajo en él. El cabello rubio ocultaba las canas, pero no las arrugas en su rostro. Supuse que debía tener alrededor de cuarenta y seis años, a menos que me hubiera mentido sobre su edad. Sin embargo, a pesar de ser mayor, seguía siendo un hombre muy atractivo.

—¿Estás casado? —Las palabras salieron de mi boca, y me culpé por haber hecho esa pregunta tan estúpida.

—Viudo.

—¡Ah!

—¿Comes carne, no? —Abrió el menú.

Asentí.

—El filete mignon del chef es maravilloso.

—Puede ser eso.

—¿Ni siquiera vas a ver el menú?

—No vine aquí a comer. —Fui al grano.

—Pero parece que hace mucho que no pruebas algo delicioso. Imagino que en el hospital no sirven los mejores platos.

—En realidad, la comida de la zona VIP es muy buena.

—Ah, claro... —Él se sintió incómodo.

Cualquiera que fuera el rumbo que tomara nuestra conversación, sería incómodo de todas formas. No éramos dos viejos amigos que se reencuentran después de mucho tiempo, con recuerdos agradables que compartir. Nuestra historia era dolorosa y caótica, al menos para mí.

Juraba varias veces que nunca más volvería a mirar a ese hombre, y solo rompía esa promesa por el bien de Mía. Puede que

no hubiera sido su madre biológica, pero traté de estar presente en cada uno de sus momentos, siendo un hombro para llorar, o simplemente un lugar donde pudiera descansar.

A pesar de todo, nada justificaba el hecho de que le hubiera mentido. Mía y Nolan podrían nunca perdonarme, pero solo deseaba que ella pudiera vivir para eso.

—Dos filetes mignon, entonces. —Cerró la carta del menú mientras hablaba con el camarero.

En silencio, simplemente me encogí de hombros.

—Siento no poder ayudar —dijo, en tono cortés. No creía que estuviera diciendo la verdad, pero no importaba.

—En realidad, sí puedes. —Decidí ir al grano, entre menos tiempo pasara frente a ese hombre, mejor sería para mí. Podían haber pasado veinte años, pero el dolor que él me causó seguía vivo.

—¿Puedo? —Alzó las cejas rubias, luciendo confundido—. Dijiste que no soy compatible.

—Pero aún eres el padre de Mía y puedes donar tu esperma.

—¿Donar mi esperma? —Casi se levantó de la silla, abriendo los ojos, mientras yo hablaba como si pidiera un pedazo de chocolate.

Era mucho más complicado que eso, pero si me ponía a pensarlo, podría desistir, y eso no estaba en mis planes.

—Sí.

—¿Para qué?

—Voy a hacer una inseminación artificial y tener otro bebé.

—No funcionó la primera vez, mira dónde estamos. ¿Por qué crees que daría mi esperma para que te quedes embarazada otra vez?

—Porque necesito salvar a Mía.

—¿Y qué tiene que ver otro bebé con eso?

—La mejor opción de compatibilidad es un hermano biológico.



Jonas BENNET

Capítulo 15

Desde que acepté encontrarme con Keyla para una cena, sabía que no debía esperar nada bueno de eso. Sin embargo, nunca me pasó por la cabeza esa propuesta loca.

¡No! De ninguna manera, era la respuesta más obvia que podría dar.

No quería ni un hijo, mucho menos dos. Sin embargo, ese no fue el mayor obstáculo que pasó por mi mente.

—¿Cómo puedes querer sacrificar a un niño por otro? Eso ni siquiera debería ser ético —dije, con un tono incrédulo.

—¡No voy a sacrificar a nadie! —respondió, indignada, por el simple hecho de que siquiera lo hubiera considerado—. El médico dijo que la cirugía puede hacerse con las células del cordón umbilical.

—¿Entonces no afectaría directamente al bebé?

¿Me importaba esa información? Parecía que sí.

—Sí.

—Aun así, parece una locura.

—Es la única oportunidad que tiene Mía.

Me quedé en silencio, aún impactado por lo absurdo de su propuesta. En ningún momento de mi vida me imaginé en esa situación, y podría apostar que nadie lo habría imaginado.

—No puedo hacer esto.

—¿Cómo que no? —Se sorprendió con mi respuesta.

—No tenía hijos, ¿y ahora quieres que tenga dos? Lo siento, pero eso no es una opción.

—¿Estás escuchando lo que acabas de decir? —Se indignó aún más.

—En voz alta y clara.

—Pues no es lo que parece.

—Me pediste que tuviera otro hijo y te dije que no.

—¡No!

Fue mi turno de fruncir el ceño.

—¿Cómo que no?

—Te estoy pidiendo que me dones tu esperma para que yo, solo yo, tenga otro hijo que pueda ser compatible con Mía y salvar su vida. No lo pediría si no fuera la única forma, pero no espero que seas parte de esto ni que tengas ninguna responsabilidad sobre el niño que nazca. Puedes estar tranquilo, no voy a aparecer después exigiendo pensión ni nada por el estilo. Podemos firmar un contrato.

—¿Contrato? —repetí, atónito por lo lejos que podía llegar a planear todo esto.

—Dejaremos bien claro que no tienes ninguna participación ni responsabilidad.

—¿Crees que esto se puede resolver así? —Aún estaba en shock.

—Creo que sí.

—Esto es un absurdo.

Ella apretó los labios y se quedó callada por unos momentos. Me di cuenta de que su rostro se fue poniendo rojo, como si de repente estuviera llena de furia, hasta que explotó.

—¿Absurdo? —Elevó la voz e inclinó su cuerpo hacia mí—. Absurdo fue haberme dado la espalda cuando te dije que estaba embarazada. Absurdo fue nunca haber tenido la decencia de buscarme, como si lo que pasó entre nosotros no significara nada. Absurdo es seguir negándote a ayudar, después de todo lo que Mía está pasando —dijo, de golpe, y me quedé estático, como si mis espaldas estuvieran pegadas al respaldo de la silla.

Pasó un tiempo hasta que me di cuenta de que los demás clientes del restaurante nos estaban mirando, lo que me hizo sentir aún más incómodo.

—Absurdo...

—Okay —la interrumpí—. Ya entendí.

—Solo quiero salvar a Mía.

Volví a mirar sus ojos y pude ver la desesperación en ellos.

¿Eres tan idiota?

Me sorprendí al darme cuenta de que me estaba cuestionando esto, después de todos esos años. Aún era el tipo de hombre que pensaba que los fines justificaban los medios, que para ganar en la vida valía todo.

Ya tenía en mi cuenta los millones con los que siempre había soñado, pero hacía tiempo que me había dado cuenta de que todo ese dinero no me garantizaba la felicidad plena que juré encontrar.

La soledad era un camino vacío, incluso con dinero.

Sabía que Nolan había ganado las elecciones y se había convertido en gobernador, pero no sabía nada sobre Keyla. Es cierto que no me tomé la molestia de saber nada de ella después de decidir casarme con Sarah. Esa chica fue solo una distracción, algo que no importaba más, al menos no hasta ese momento...

—Di tu precio.

Me sorprendió de nuevo.

—¿Por qué crees que tengo un precio?

—Siempre lo has tenido, cuando se trata de ti.

La miré detenidamente y dije lo primero que se me pasó por la cabeza. Quería saber hasta dónde estaba dispuesta a llegar.

—Acepto, siempre y cuando la inseminación sea natural.

¡Sí! Soy un idiota.

No seríamos los más jóvenes, pero Keyla no había dejado de ser atractiva con el paso del tiempo, aunque la expresión de duda en su rostro se había transformado en una de determinación. Algo que me hizo darme cuenta de que la veía aún más sexy.

De niña inocente, se había convertido en una mujer decidida.

Por suerte, o no, el camarero apareció con nuestros platos, dándole un respiro para que se quedara en silencio, pensando en lo que acababa de decir.

Cortó un pequeño trozo de carne, pero lo tragó como si fuera la carcasa de un erizo de mar. Respiró profundamente unos instantes antes de volver a mirarme.

—¿Estás hablando de tener sexo conmigo?

—Será mucho más satisfactorio para mí que eyacular en un frasco. Además, apuesto a que costará menos que una inseminación artificial.

Me miró, pálida, como si todo el color se hubiera ido de su rostro. La furia dio paso al desconcierto.

—Pero...

—Esas son mis condiciones, las puedes poner en el contrato —dije. Después de eso, estaba seguro de que cambiaría de idea, pero en lugar de eso, Keyla respiró profundamente y volvió a inflar su pecho.

—Está bien, lo haremos así.

—¿De verdad? —Fue inevitable mostrar sorpresa.

—No me importa tus condiciones, siempre y cuando salvemos a Mía.

—Entonces, espero el contrato. —Fue mi turno de meter un trozo de carne en la boca y masticarlo, con la excusa de quedarme en silencio.

—¡Genial! —Se levantó de la mesa y agarró su bolso.

—¿No vas a terminar de comer? —Le señalé su plato.

—Esta carne está horrible. —Hizo una mueca antes de darme la espalda y salir del restaurante, pisando fuerte, mientras los demás clientes nos observaban y me dejaban extrañamente perplejo.

Había tendido una trampa para burlarme de ella, pero al final, fui yo quien terminó atrapado.



Keyla
BAKER

Capítulo 16

Ni siquiera me tomé la molestia de pasar por casa y quitarme el vestido. Ya era tarde y fui directo al hospital, tenía una maleta allí y ropa que podría usar.

En cuanto abrí la puerta de la habitación, escuché la voz seria de mi hermano mayor.

—¿Dónde estabas? —preguntó, en tono firme.

—Pensé que no ibas a volver. ¿Dónde está mamá? —evadí su pregunta con otra.

—Está demasiado vieja para quedarse en un hospital. La puse en un taxi y la envié de vuelta a casa en cuanto llegué.

—Pensé que no ibas a regresar hoy.

—Ella puede no ser biológica, pero sigue siendo mi hija.

Asentí con la cabeza.

—Lo es, siempre lo será.

—¿Dónde estabas? —Volvió al tema.

—Buscando una solución para Mía. —Abrí el armario donde estaban mis cosas, sacando ropa para cambiarme.

—No sé qué puedes hacer fuera de este hospital —murmuró.

—No tienes que preocuparte por eso —respondí, cambiando de tema.

—¡Keyla! —Me agarró del brazo, obligándome a mirarlo de nuevo—. Ya me escondiste cosas una vez, no voy a dejar que lo hagas otra vez.

Me estiré un poco para ver si Mía estaba dormida en la cama y asentí con la cabeza.

—Fui a encontrarme con Jonas —solté, recordando lo incómodo y desconcertante que había sido esa cena.

—¿Por qué? —Nolan se irritó—. Él no es compatible con Mía, así que no sirve para nada. ¡Olvida a ese estúpido antes de que lo mate! —Apretó los dientes, furioso.

—El médico cree que la única oportunidad de Mía es esperar en una lista por un donante compatible, lo que puede llevar años. Pero hay otra opción.

—¿Qué opción?

—Si ella tuviera un hermano...

—Brian no es su hermano.

—Pero yo estoy viva y Jonas también, lo que significa que ella tiene una oportunidad.

—No estás pensando en eso...

—Sí, lo estoy.

—Pero, Keyla...

—Nolan, Mía merece recuperar su vida y tengo que hacerlo por ella.

Mi hermano se quedó en silencio, mirándome como si tratara de entender mi propuesta loca.

—Puede que no haya sido la madre de ella...

—¡Eh! —me interrumpió, sujetando mis manos—. No apruebo lo que hiciste y sigo muy enojado por haber dejado que Amelia me engañara, pero siempre estuviste al lado de Mía, eso no lo puede negar.

—No fue suficiente...

—No importa lo que hagamos por nuestros hijos, a veces nunca es suficiente.

Respiré hondo, sintiendo el corazón apretado y todo el desespero que había estado tratando de reprimir, que de repente parecía salir a borbotones, como si fuera a ahogarme.

—Si ella... —Mis ojos volvieron a llenarse de lágrimas.

—Ella va a estar bien. —Nolan me acercó a él y me abrazó fuerte—. Mía es fuerte y valiente, como tú.

Levanté la cabeza para mirarlo y sonreí.

—Gracias por ser mi hermano.

—Siempre supe que era el mejor.

—No dejes que Philip te escuche decir eso.

Nolan soltó una carcajada.

Después de un rato así, la conversación volvió a tomar un rumbo serio.

—¿Vas a involucrar realmente a Jonas en esto?

—Es la mejor oportunidad para Mía —reafirmé.

—¿Y qué hay de ti? Ese es un sacrificio muy grande.

Me abracé con más fuerza y me volví hacia él.

—¿No lo harías por ella?

—Claro que sí. —Nolan no dudó ni un segundo.

—Yo la voy a salvar.

Esa era una promesa que iba a cumplir, sin importar lo que pasara.



Jonas BENNET

Capítulo 17

Aquella fue la peor cena que he tenido.

¿Tener otro hijo con Keyla?

Ni siquiera quise al primer bebé.

Pero aún así...

Me giré en la cama, sintiéndome nervioso, y tomé el celular de la mesa de noche. Escribí en el campo de búsqueda su nombre, Mía Baker...

Aún parecía una locura pensar que la princesita del Estado era mi hija y no la del gobernador. ¿Cómo habría reaccionado Nolan al respecto? ¿Habría sabido siempre la verdad y se habría quedado con la hija de su hermana pequeña?

No...

Lo conocía muy bien en esa época, no habría permitido que me saliera con la mía. Habría venido tras de mí, exigiendo que aceptara a la niña. Entonces, ¿qué fue lo que realmente pasó?

No tenía ningún sentido que Keyla viniera a buscarme e hiciera todo lo posible por tener un hijo, si no estaba diciendo la verdad sobre Mía.

Ni siquiera me dejaron ver a la chica. Tal vez fuera mejor así. ¿Qué le iba a decir? *Hola, Mía, soy tu padre biológico, pero no me importaste ni una mierda durante veinte años.*

Nunca me importó ser considerado un imbécil, porque lo era. Sin embargo, la chica estaba enferma y podría morir. Keyla estaba desesperada, tanto que parecía dispuesta a acostarse conmigo después de todos esos años.

Ya no era la misma mujer.

Definitivamente, yo no era el mismo hombre.

—¿Qué fue lo que hice? —bufé, en voz alta.

Me pasé la mano por el cabello, sintiendo el sudor en la frente y empujé los cabellos hacia atrás.

Me burlé de una mujer desesperada y tendría que pagar por eso...

Bueno, honestamente, estaba acostumbrado a pagar. Desde la muerte de Sarah, solo había dormido con prostitutas, era lo más simple, no me causaba dolores de cabeza y no exigía ningún compromiso. Sin embargo, tenía una historia con Keyla, me gustara o no.

Hace veinte años, ella era una chica radiante, con unos ojos que atraían a todos y una sonrisa contagiosa. Muy diferente de su hermano, que, a pesar de ser político, era mucho más serio. Nolan

ciertamente había conquistado a los votantes al parecer un tipo conservador y padre de familia.

A pesar de eso, fue un buen gobernador, logró ser reelegido, incluso después del escándalo con su nueva esposa, que en ese entonces tenía solo dieciocho años. Un hijo más, familia reconstruida, fue fácil vencer a la competencia.

¿Y Keyla?

¿En veinte años no se había casado? ¿No tuvo otros hijos? ¿Había un marido en medio de todo esto que ahora descubrió lo de Mía?

Aun así, ¿Keyla iba a acostarse conmigo?

No debería importarme, pero estaba pensando en eso.

¿Y si me echo atrás?

Ella notaría que estaba dudando.

Mejor no.

Ya había aceptado y llegaría hasta el final.

Con el celular en las manos, comencé a escribirle un mensaje, pero lo borré. Parecería ansioso, algo que no quería demostrar.



Keyla
BAKER

Capítulo 18

Nolan había salido muy temprano para ocuparse de sus compromisos políticos y yo me quedé sentada en el sofá, mirando al vacío, pensativa, hasta que escuché a Mía moverse en la cama.

—Buenos días.

—¡Ah! —Se frotó los ojos y se levantó para mirarme—. Ya volviste.

—Durante la noche.

—¿Dónde está mi papá?

—Salió para ir al gabinete, pero tu hermano y Nilzi deben venir a visitarte esta tarde.

—¿En serio? —Mía puso los ojos en blanco.

Asentí.

—¿Sabes cuál es la mejor parte de que Nolan no sea mi papá de verdad?

—¿Cuál es?

—Que Nilzi no es mi madrastra.

Me reí de la cara que Mía hizo.

—Pobrecita, Nilzi es un encanto. Además de ser bonita y una supermodelo.

—¡Ella tiene solo dos años más que yo, mamá! Sería increíble como mi compañera de universidad, no como la esposa de mi papá.

—Mamá... —Me sentí feliz y sorprendida al escucharla llamarme así por primera vez.

—¿No puedo? Pensé que...

—¡Claro que puedes! —Me apresuré a decir—. ¡Por supuesto que sí! —Sonreí ampliamente.

Mía extendió los brazos hacia mí y fui hasta ella para abrazarla. Nos quedamos así por un buen rato hasta que le di un beso en la cabeza.

—Te amo, querida.

—Yo también te amo, mamá.

Pensé que nunca iba a escucharla decir esa palabra y una felicidad inmensa llenó mi corazón.

Escuchamos que llamaban a la puerta, lo que me hizo apartar cuando el hematólogo encargado de Mía entró en la habitación.

—Buenos días, doctor Connor —dijo Mía.

—¡Buenos días! ¿Cómo te sientes hoy?

—Con sueño. —Hizo una mueca.

—Eso es normal. —Sonrió—. Vamos a comenzar los procedimientos para tu alta, ¿qué te parece?

—¿En serio? —Los ojos de Mía se iluminaron.

—No veo motivos para que sigas aquí, pero eso no significa que dejes de verme. Tendrás que hacer visitas regulares.

—Nada es tan bueno como parece.

—Piensa que al menos podrás dormir en tu cama.

—Eso lo quiero mucho.

—Para eso voy a solicitar algunos exámenes y, al final de la tarde, regresaré con los resultados y los protocolos para que los sigas en casa.

—Está bien, doctor.

—Que tengas un buen día.

—Gracias.

El médico me saludó con la cabeza antes de salir y yo respondí con una sonrisa tímida.

—¿Escuchaste eso? —Mía casi saltó de la cama cuando la puerta se cerró.

—¡Sí!

—¡Voy a poder volver a casa!

—Con cautela... —Entrecerré los ojos y mi expresión se endureció, recordándole que aún estaba enferma.

—Eso no significa que voy a una fiesta mañana por la noche.

—¡Más te vale!

—Lo importante es que voy a salir de este lugar.

Estaba feliz por ella, pero lo que más deseaba era que Mía pudiera recuperarse completamente para que pudiera ir a una fiesta si quería.

—¡Lo vas a hacer!

—Gracias por quedarte aquí conmigo.

—No te vas a librar de mí tan fácilmente. ¡Mi cuarto de huéspedes te espera, aunque es mucho más humilde que la mansión del gobernador...!

—¡No lo cambiaría por nada! Tal vez hasta podría personalizarlo un poco, poner fotos, carteles en las paredes...

—Cuidado con mis paredes.

—¿Un nuevo color? —Levantó las cejas.

—Podemos hablar de eso.

—Está bien. —Se rió.

Nuestra conversación sobre la reforma del cuarto se quedó en segundo plano cuando una enfermera entró para sacar la sangre de

Mía y llevarla al laboratorio para los exámenes que el médico había solicitado.

Solo podía esperar que todo saliera bien y que Mía estuviera lo suficientemente bien como para irse a casa, a un espacio más acogedor.



Jonas BENNET

Capítulo 19

Bajé del coche frente a mi casa y me apresuré a entrar cuando la lluvia comenzó a caer sobre mis hombros, deslizándose por la tela de mi traje oscuro. Pisé la alfombra de la entrada, dejé mi maletín en el suelo y me quité el saco del traje.

—Buenas tardes, señor —dijo Greta, apareciendo en mi campo de visión en cuanto entró al hall.

—Buenas tardes.

—¿Le gustaría que le prepare un té?

—En realidad, prefiero una cerveza bien fría.

—Está lloviendo... —Estiró el cuello para mirar a través de la ventana.

—No te preocupes, Greta.

—Pero...

—Ve a descansar, yo me hago cargo.

—¿Está seguro?

—Sí, acuéstate.

—Gracias, señor.

Solo asentí con un movimiento de cabeza y esperé a que desapareciera de mi vista.

Greta trabajaba en esa mansión desde la época de los padres de Sarah y no conocía otra vida que no fuera esa. Había tenido mucho miedo después de la muerte de mi esposa, pensó que yo vendería la casa y la despediría, pero no tenía planes de ir a ningún lado.

Subí a mi habitación, me di una ducha y cambié mi ropa formal por una camiseta y unos pantalones de sudadera, algo que me dejara más cómodo.

Bajé a la cocina, tomé una cerveza y me acomodé en la sala de estar, frente al televisor, viendo un partido de los Knicks.

Recuerdo que cuando estaba en la universidad aspiraba a ser jugador de baloncesto, como tantas estrellas que dominaban las canchas, pero no era tan bueno y una fractura en la muñeca hizo que cualquier posibilidad se desvaneciera.

Hice todo lo posible para apartar a Keyla de mis pensamientos durante el día. Pasando de una reunión a otra durante todo el día en la constructora, logré ese objetivo, pero en casa, mirando al vacío, no fue tan sencillo.

Veinte años fueron demasiado tiempo para no pensar en ella.

La chica en el asiento trasero de mi auto, su cabello suave y el aroma a rosas del hidratante que siempre usaba.

Tan hermosa...

Mi ambición fue más grande que cualquier otra cosa y me hizo darle la espalda a ella sin pensarlo dos veces.

Todo podría haber sido diferente si la hubiera escuchado y me hubiera hecho cargo de mi hija, pero ya era demasiado tarde para pensar en eso, porque veinte años es demasiado tiempo para ser ignorado.

No participé en ninguno de los momentos importantes de Mía, no era más que un completo extraño y supuse que eso no cambiaría con el paso de los años.

Llegar a esta conclusión me dejó algo incómodo, porque no tendría la oportunidad de dar marcha atrás. Era demasiado tarde para arrepentirme y hacer las cosas de otra manera.

Apreciaba todo lo que había logrado en la vida, pero sentía un vacío extraño, como si todas esas posesiones no fueran suficientes para satisfacer mis necesidades.

Era como si algo importante se hubiera perdido en el camino, una parte crucial de la vida donde podría haber encontrado la felicidad. Solo que no sabía exactamente qué era.

Tomé mi celular y revisé si había alguna llamada o mensaje de Keyla, pero no. Ella había desaparecido, lo cual me dejó inquieto con la situación.

¿Ansioso? Traté de fingir que no.

Cuando me di cuenta, ya había escrito un mensaje y lo había enviado.

Jonas:

¿Ya conseguiste el contrato?

Había pasado mucho tiempo desde que envié el mensaje. Ya había terminado la cerveza y estaba girando la botella entre mis dedos, cuando finalmente mi celular vibró.

Keyla:

Aún no.

Mía volvió a casa conmigo y estaba preocupada por acomodarla y asegurarme de que estuviera cómoda.

Jonas:

Si le dieron el alta, quiere decir que está bien.

Keyla:

Eso es lo que quisiera, pero no es tan simple.

Jonas:

¿Por qué?

Keyla:

Los médicos la dejaron ir a casa porque no pueden hacer nada más que esperar. Mía tiene que lidiar con tratamientos paliativos hasta que aparezca un donante compatible.

Según la estimación, eso podría tardar años.

Jonas:

Un tiempo que quizás no tenga.

Keyla:

No lo sé.

Jonas:

Pero un bebé tomará tiempo.

Keyla:

Nueve meses.

Jonas:

Eso si quedas embarazada rápido.

Keyla:

Voy a ver a mi médica y repasar toda la información necesaria para que solo pase una vez.

Jonas:

Espero que funcione.

Keyla:

Va a funcionar.

Jonas:

Bien, cuento con eso.

Keyla:

También voy a buscar un abogado y en cuanto tenga el contrato, te aviso.

Jonas:

Puedo hacer eso si quieres.

Keyla:

¿Estás seguro?

Jonas:

No tengo planes para el almuerzo de mañana.

Keyla:

Está bien. Cuanto más rápido hagamos esto, mejor para Mía.

Jonas:

Lo sé.

Keyla no envió ningún otro mensaje y yo tampoco insistí. Pensé en preguntar por Mía e incluso ofrecerme a visitarla, pero estaría involucrándome demasiado y, cuanto más profundo fuera en eso, más difícil sería dar un paso atrás.



Keyla
BAKER

Capítulo 20

No pude dormir esa noche. Para ser honesta, ni siquiera cerré los ojos. La conversación con Jonas solo me dejó más angustiada con respecto a lo que estaba sucediendo.

Por más que estuviera segura de lo que debía hacer para salvar a Mía, eso no significaba que fuera a ser fácil para mí. Tuve que dejar de lado mucho resentimiento y amargura para no perder el control.

Odiaba a Jonas.

Él representaba el período más doloroso y sufrido de mi vida, y lo peor es que no había ninguna señal de que se hubiera convertido en un hombre mejor, sino todo lo contrario.

Daría lo que fuera porque el padre de Mía fuera otro tipo, uno que no me hubiera abandonado y que estuviera conmigo en ese momento tan difícil también.

Por suerte, para Mía, Nolan había sido un buen padre...

Mis pensamientos fueron interrumpidos cuando escuché un ruido proveniente de la habitación de invitados y me apresuré a llegar hasta la puerta.

—¡Mía! —exclamé.

Ella estaba recogiendo los restos de una vieja lámpara de vidrio rota.

—¡Deja que yo lo haga! —Le quité los trozos de vidrio de las manos y la empujé suavemente hacia la cama.

—Yo lo limpio.

—No, tú te quedas quieta y lejos de cualquier cosa con la que te puedas cortar.

—Lo siento. —Se encogió de hombros, con los ojos pequeños y una expresión arrepentida.

—Está bien. —Forcé una sonrisa—. Era solo una lámpara vieja, pero tienes que tener cuidado. ¿No escuchaste lo que dijo el médico?

—No tengo la misma coagulación de antes, entonces, los cortes pequeños pueden convertirse en hemorragias.

—Exacto. ¡Quédate ahí! —Le hice un gesto antes de salir a buscar una pala y una escoba.

Después de limpiar todos los vidrios rotos del suelo y tirarlos, la ayudé a levantarse y la llevé a mi pequeña mesa donde había preparado el desayuno.

—¿Hiciste todo esto? —Se sorprendió al ver los panqueques, los huevos, el tocino y las frutas picadas.

—Tienes que reponer energías, Mía.

—Pero tampoco puedo exagerar. ¿Cómo voy a eliminar todas esas calorías si no voy al gimnasio?

—No te preocupes por eso.

—Mi apariencia ya no es la mejor, imagina si engordo...

—Solo preocúpate por estar sana. —Me incliné y le di un beso en la frente.

—Pero...

—Come, Mía. —Empujé el plato hacia ella.

Asintió, pero comenzó con las frutas, lo que me hizo reír.

—Llamé a alguien para que esté contigo hoy, porque voy a necesitar salir.

—¿Alguien? ¿Quién? —Frunció el ceño, claramente molesta—. No me digas que es la abuela, por favor. No aguanto más su juego de cartas.

—No es ella. —Reí.

—Eso no es justo...

—¿Qué?

—Que alguien tenga que cuidarme, como si fuera una niña. ¡No lo soy!

—No lo eres, pero estás enferma y no queremos que te pase algo y no haya nadie cerca para ayudarte.

—Puedo llamar a...

—¡Mía! —Fruncí el ceño y ella se encogió.

Suspiró con enojo, como si estuviera aceptando la situación, aunque no estuviera de acuerdo.

—Pero creo que te va a gustar la compañía de hoy.

—No me digas que es el tío Phil...

Hice un gesto negativo con la cabeza.

—¿Su esposa?

Antes de que pudiera dar otra respuesta, escuchamos el interfono sonar.

—Ella ya debe haber llegado.

—¿Ella?

Respondí al interfono, dejé que la visita subiera y, poco después, abrí la puerta, encontrándome con una joven pelirroja de la misma edad que mi hija.

—¡Hola, tía Keyla!

—¡Emma! —gritó Mía, emocionada.

—¡Hola!

Las dos eran mejores amigas desde la infancia y decidí llamarla para que hiciera compañía a Mía. Sería bueno que se distrajera un poco con alguien de su edad que la hiciera feliz.

Fui a mi habitación y recogí mi bolso antes de mirar a las dos en el sofá.

—Compórtense.

—Claro, mamá —respondió Mía, con una sonrisa. La compañía le agradaba, tal como había imaginado.

—¿Mamá? —Emma nos miró a las dos, confundida.

—Tienen mucho de qué hablar. —Ajusté el bolso en mi hombro—. Llámenme si pasa algo.

—Hasta luego. —Las dos me saludaron y dejé el departamento.

Sabía que sería un escándalo cuando la gente descubriera que Mía era mi hija y no la de Nolan. Aún no había hablado de esto con mi hermano, pero eso era algo que él y los asesores podrían manejar.

Al menos eso esperaba.

Tomé mi coche del garaje y conduje hasta el consultorio de mi ginecóloga. Ya había pasado casi un año desde la última vez que fui allí y, probablemente, ella esperaba que fuera para una consulta de rutina, pero yo tenía motivos mucho más importantes para estar allí.

Dejé el coche en un estacionamiento cercano, luego entré al edificio, subí hasta el piso 26, donde atendía la doctora.

Era una clínica ginecológica pequeña, donde solo trabajaban ella y otra colega. La sala de espera tenía solo dos sillas y una secretaria. Aunque era pequeña, me gustaba el lugar, y ya llevaba casi diez años atendiéndome con la misma médica.

Entregué mis documentos a la secretaria, quien me sonrió.

—La doctora García ya la atenderá.

—Gracias. —Me senté en uno de los sillones y acomodé el bolso en mi regazo. No esperé mucho, porque, en cuanto una paciente salió del consultorio, la doctora García me llamó.

—¡Keyla Baker!

—Hola, doctora. —Entré y cerré la puerta.

—¿Cómo estás, Keyla? —Desde detrás de su escritorio, ajustó sus gafas y me sonrió ampliamente.

—Han sido tiempos difíciles —admití, suspirando.

—¿Por qué? —Me miró fijamente.

—Mi hija está enferma.

—¿Tienes una hija? —La doctora no pudo ocultar su sorpresa —. No lo sabía.

—Es una historia larga, pero en resumen, quiero tener otro bebé para salvarla.

—Espera, calma... Siéntate. —Indicó la silla frente a su escritorio—. ¿Puedes explicarme mejor?

—A Mía le diagnosticaron aplasia medular y la única opción de cura es un trasplante de médula, pero ni yo ni el padre biológico somos compatibles. La mejor opción para ella sería un hermano. El médico me dijo que podría usar el cordón umbilical.

—Entiendo. —Pensó por unos instantes—. ¿Ya se decidieron tú y el padre?

—Sí. —Era la verdad, pero no necesitaba entrar en detalles.

—A pesar de tu edad, eres una mujer saludable y creo que todo debería ir bien. Te pediré algunos exámenes y te recetaré vitaminas que podrás comenzar a tomar hoy para que tengas una gestación lo más tranquila posible.

—Gracias.

—No soy obstetra, pero puedo recomendarte algunas que te acompañarán de cerca.

Asentí con la cabeza.

Me quedé en silencio un momento mientras ella tecleaba en la computadora, hasta que me armé de valor para preguntar.

—¿Doctora?

—Sí. —Levantó la mirada para observarme de nuevo.

—¿Sabe cuándo es el mejor momento? —Me sentí algo avergonzada de preguntar, pero quería hacerlo solo una vez.

—Existen algunas aplicaciones que ayudan a monitorear tu ciclo y predecir el día fértil. Puedes bajar una de esas, pero necesitarás un poco de paciencia. Las parejas saludables pueden tardar hasta un año en quedar embarazadas.

—¡¿Un año?! —exclamé, sorprendida.

—Sí. Y la ansiedad no ayuda.

—Mía necesita...

—¡Ey! —La doctora se inclinó hacia adelante y tomó mis manos—. Sé que es un momento delicado, pero intenta practicar yoga o algo que te ayude a calmarte.

—¿Y si no funciona? —Estaba tan segura de que podría salvar a Mía que no había considerado esa posibilidad.

—Solo trata de lidiar con la ansiedad. ¿Está bien?

Asentí, aceptando su consejo.



Jonas BENNET

Capítulo 21

David Nickson era un viejo conocido, dueño de una prestigiosa firma de abogados en Nueva York. Era socio en varios casos de la constructora, pero en ese almuerzo, la conversación tomaría un rumbo diferente.

En cuanto se acercó a la mesa, me levanté para saludarlo.

—¡David!

—Jonas, qué bueno verte. Más aún en mi restaurante favorito.

—Sé que te gusta la comida italiana.

—¡Es la mejor del mundo! —Sonrió.

—Tengo mis dudas, pero eso no viene al caso. Siéntate. —Señalé la silla frente a mí.

—Gracias. —Se acomodó antes de mirarme nuevamente—. ¿Cuál es el motivo de nuestra pequeña reunión?

—Necesito un contrato.

—¿Para algún prestador de servicio? ¿Proveedor...?

—Para una mujer.

—¿Qué? —David retrocedió, sorprendido.

Me acomodé mejor y tomé unos sorbos de agua antes de comenzar a contarle.

—Una mujer de mi pasado vino a buscarme...

—¿Exigiendo pensión? ¿Le fuiste infiel a Sarah? Con lo controladora que era, pensé que no podrías ni mirar hacia otro lado sin que ella lo supiera.

—No le fui infiel a Sarah. Fue antes de ella.

—Entonces, esto fue hace mucho tiempo.

—Veinte años.

—Creo que eso es tiempo suficiente para que te liberes de una pensión, pero no soy especialista.

—No es pensión lo que ella quiere.

—¿Herencia? —Sugirió, levantando las cejas grises y gruesas mientras recorría el menú con la mirada.

—Otro hijo.

—¿De qué estás hablando? —David no entendía, y en verdad, parecía algo absurdo.

—La hija que tuvimos hace veinte años tiene una enfermedad y necesita un trasplante de médula ósea. Parece que la mejor oportunidad que suceda es tener un hermano biológico para un trasplante.

—¿Y para qué exactamente necesitas ese contrato? —David se rasca la cabeza, algo confundido.

—Voy a donar mi material, pero no formaré parte de la vida del niño.

—¿Así de simple?

—¿No puede ser así?

—En teoría sí, pero no deja de ser un tema bastante delicado, si lo pensamos bien. Ya no fuiste parte de la vida de uno, ¿estás seguro de que no quieres ver crecer al segundo?

—No —respondí sin pensarlo, más rápido de lo que debía.

—Está bien. Tú sabrás.

—¿Puedes hacerlo por mí?

—Consultaré con un especialista y veré cómo proceder. Tendré un informe para mañana.

—Gracias.

—Ahora quiero que me invites ese plato de pasta carbonara.

—Puedes pedirlo.

—Claro que lo haré.

Hice una mueca y él se rió.



Keyla
BAKER

Capítulo 22

Una semana después...

—¿Qué es eso? —Mía estiró el cuello para mirar por encima de mi hombro y rápidamente cerré el celular.

—Nada. —Fingí no darle importancia.

Aún no quería contarle sobre mi plan, ya había una persona ansiosa. Después de mi conversación con la médica, no quería darle falsas esperanzas a Mía.

—¿Por qué estás escondiendo de mí una aplicación de ciclo menstrual?

—No te estoy escondiendo nada. —Traté de disimular.

—Cerraste a toda prisa.

—Ya lo tenía que cerrar.

—¿Con quién estás teniendo sexo para estar mirando una de esas aplicaciones, eh?

—¡¿Sexo?! —Me giré sobre los talones para mirarla—. No estoy teniendo sexo con nadie.

—Claro... —Rió con tono burlón.

—¿Desde cuándo para seguir mi ciclo tengo que estar con alguien? Solo quiero estar preparada. Una vez fue muy incómodo. Estaba mostrando una casa a un cliente y tuve que correr al baño, aún así mi pantalón quedó manchado. Por suerte no era blanco.

—¿En serio?

Asentí, reforzando mi mentira.

Mía soltó una carcajada.

—Vaya, debió ser muy vergonzoso.

—¡Ni me lo digas! Desde entonces sigo mi ciclo.

—Tienes razón, pero aún creo que deberías encontrar un chico con quien tener sexo.

—¡Mía! —Mis mejillas se pusieron rojas—. ¿Eso es algo que se le dice a tu madre?

—Hasta ayer eras mi tía y siempre te conté sobre los chicos con los que salgo. Además, si hasta mi papá y el tío Philip encontraron a alguien, ¿por qué tú no podrás encontrarlo?

—Esa no es mi prioridad ahora.

—¡Vamos, mamá! Puedes divertirte un poco. No voy a ir a ningún lado.

—Por ahora solo somos tú y yo. —La atraje hacia un abrazo.

—Habla por ti, yo tengo varias personas.

—Ah, qué bueno saberlo, señorita popular.

—¡Y sí lo soy! —Mía levantó la nariz y yo me reí.

El celular seguía en mis manos cuando vibró con un mensaje de Jonas. No hablaba con él desde hacía algunos días y no esperaba que me escribiera.

Jonas:

Conseguí el contrato.

—¿Qué contrato?

—Dices que no eres una niña, pero estás tan curiosa como una, ¿sabías?

—Solo quiero saber. —Se encogió de hombros.

—Es un contrato de compra y venta de un apartamento.

—Si ni siquiera estabas trabajando estos días.

—Internet es una herramienta muy eficaz, ¿sabías?

—¿Ah, sí? —Frunció el ceño con un aire de desconfianza—. ¿No estarás hablando con ese hombre solo porque ese tipo es mi papá?

¡¿Papá?!

Mía no era tonta, pero intenté desviar la conversación.

—Tu papá es Nolan.

—Me entendiste. —Se le frunció más el rostro—. Jonas Bennet, ese es su nombre, ¿no?

—¿De dónde sacaste eso?

—Del test de compatibilidad. Vi el resultado en mi panel de exámenes, después de que dijiste que ibas a buscar a mi papá.

—Pero no es el único Jonas en Nueva York.

—Entonces, ¿me estás diciendo que no es él?

—No. —Mentí.

—¡Ah! —Sus ojos se bajaron, decepcionados—. Ni siquiera se preocupó por saber quién soy.

—Hija... —La envolví con los brazos cuando sentí lo mucho que se había molestado—. Eso ya pasó hace mucho tiempo y has tenido una buena vida.

—Estoy hablando de ahora. Tú lo convenciste para que fuera al hospital, pero ni siquiera tuvo la decencia de ir a ver cómo estaba yo.

—Pero Nolan estaba allí.

—Sí.

—Entonces, recuerda eso.

—Lo haré.

Le di un beso en la cabeza y permanecimos así un rato.

Sabía que mi mentira tuvo un precio, especialmente para mi hermano, pero pensaba que al menos sirvió para que Mía tuviera un padre que se preocupaba por ella, en lugar de un idiota que le dio la espalda.

Jonas no la merecía.

Si no hubiera sido por una medida tan desesperada, nunca más habría cruzado su camino.

Solo volví a tomar el celular cuando me acosté en mi cuarto para dormir, escuchando a Mía ver series en la habitación de al lado. Ella tenía pocas opciones para hacer, así que no me quejaba de que se quedara hasta tarde con los dispositivos electrónicos.

Keyla:

¿Puedes enviarme una copia?

Jonas:

Tardaste un poco en responder. Pensé que ya habías desistido.

Keyla:

No he desistido, solo estaba ocupada con Mía.

Jonas:

¿Ella está mal?

Keyla:

Como si te importara.

Jonas:

Estoy tratando de ser amable.

Keyla:

Te agradezco, pero no necesito tu amabilidad.

Jonas:

Vaya, cuánta amargura.

Keyla:

No es nada comparado con lo que mereces.

Jonas:

¿Y por qué de repente la conversación tomó ese rumbo?

Keyla:

Porque Mía estaba comentando sobre que fuiste al hospital, pero no tuviste la decencia de ir a verla.

Jonas:

No sabía que ella quería verme.

Keyla:

Podrías haber preguntado.

Jonas:

No creo que quieras que yo la vea.

Keyla:

Tienes razón. Es mejor que te mantengas alejado de ella. Mía no te necesita.

Jonas:

Tienes razón. Y el otro niño que tendremos tampoco lo necesitará, ¿verdad?

Keyla:

Correcto.

Jonas:

Entonces, el contrato está perfecto.

Keyla:

Envíamelo, quiero verlo.

Jonas:

Un momento.

Me quedé mirando el celular en mis manos por lo que me pareció una eternidad, hasta que finalmente me envió un archivo de texto.

Lo tomé para leerlo y debo haber tardado aproximadamente una hora en devolverlo.

Keyla:

Hice algunos ajustes.

En general, solo quería reforzar que Jonas no tendría ningún derecho sobre la vida de mi hijo. No podría demandar por la custodia ni intentar pelear por nada. Al igual que yo tampoco tendría derecho a pedirle nada.

Keyla:

Solo una donación consciente de esperma. Nada más.

Jonas:

Está perfecto para mí.

¿Cuándo nos vemos para firmarlo?

Keyla:

El jueves de la próxima semana.

Jonas:

¿Por qué ese día tan específico?

Keyla:

Será mi día más fértil y ya resolvemos todo de una vez.

Jonas:

Como quieras.

Hasta entonces.

No envié más mensajes y él tampoco insistió. Era mejor así.

Tiré mi celular a un lado y agarré la almohada para ponerla sobre mi cabeza, tratando de hacer todo lo posible para no pensar en el tema y no cambiar de idea.



Jonas BENNET

Capítulo 23

Estaba con dos copias impresas del contrato dentro de un sobre, cuando entregué las llaves de mi auto a un valet frente al hotel donde había acordado encontrarme con Keyla esa noche de jueves.

¡No lo hagas!

Mi conciencia aún trataba de detenerme, pero, aunque nervioso y sabiendo que eso era un error, inhalé profundamente y levanté el pecho, decidido a seguir adelante con lo que yo mismo había acordado.

Si decía que todo estaba bien, sería una mentira, porque sentía una extraña angustia devorándome y un sabor amargo en la boca.

Todavía estás a tiempo para arrepentirte, esa frase resonó en mis pensamientos.

Ni siquiera conoces a Mía, no te importa ella.

Involucrarte más con Keyla es un error.

Apreté el sobre entre mis dedos, arrugando el borde. Estaba seguro de que ese documento era suficiente para protegerme.

Caminé hasta el mostrador en la recepción, inclinándome sobre la mesa de mármol.

—Hice una reserva —dije.

—¿Cuál es su nombre, señor? —El recepcionista levantó la mirada para mirarme.

—Jonas Bennet.

—Un momento. —Tecleó algo en la computadora antes de tomar una tarjeta con la llave y colocarla sobre el mostrador para mí —. La reserva es solo por una noche, ¿verdad?

—Sí.

—Es la suite 607.

—Gracias. Estoy esperando a otra persona...

—¿Cuál es su nombre?

—Keyla Baker.

—Se lo informaré.

Asentí con la cabeza y me dirigí al elevador hasta la suite indicada.

Era una habitación cómoda, con baño privado, en el quinto piso, con la habitación número veintinueve. Apenas entré, dejé el sobre sobre la mesa y me quité el saco, colocándolo sobre el respaldo de la silla.

Caminé hasta la ventana, tiré de la cortina blanca y observé los autos pasando abajo, así como las personas caminando por la acera, entrando y saliendo de una estación cercana de metro.

Me distraje un momento hasta que escuché un ruido que me hizo girar sobre los talones y encontrarme con Keyla.

Llevaba un abrigo largo que hizo que mi imaginación volara. Tal vez solo era porque ese día hacía más frío de lo habitual.

Mis ojos se encontraron con los de ella y nos quedamos mirando durante unos instantes hasta que la vi tragar saliva.

El movimiento me hizo fijarme en sus labios finos y ligeramente rojizos.

Ella seguía siendo tan hermosa...



Keyla
BAKER

Capítulo 24

Estaba con las piernas temblando y el corazón a punto de salirse por la boca.

Con un pie dentro de la habitación y el otro en el pasillo, aún me preguntaba si no debería salir corriendo y cambiar de idea.

Odio tanto a Jonas...

Él me había ilusionado, robado el corazón y, en el momento en que más lo necesitaba, me abandonó. Debería haber alguna especie de castigo por lo que me hizo pasar, pero en lugar de eso, él sería premiado con otra noche conmigo.

Las situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas...

Estaba realmente desesperada. Me había convencido de que haría todo por salvar a Mía, y mantendría esa promesa.

—Entra —dijo, señalando la puerta y haciendo un gesto para que me acercara.

—Está bien.

Lo seguí con la mirada y lo vi abrir el minibar y sacar una botella de agua.

—¿Quieres?

Mi garganta estaba seca por toda esa sensación incómoda que me atormentaba.

Sacudí la cabeza, asintiendo.

Se acercó y me entregó la botella.

La abrí y di algunos tragos. Aunque ayudó a calmar la sequedad de mi garganta, no fue suficiente para quitarme la molestia.

Observé mejor el ambiente. Era una habitación grande y cómoda, pero no había mucha diferencia con cualquier otro cuarto de hotel. Sábanas blancas, dos mesas de noche, una pequeña mesa redonda con un sobre marrón encima...

—Ese es... —Extendí la mano.

—El contrato —completó él—. Traje dos copias.

Abrí el sobre y revisé su contenido, como alguien que quiere asegurarse. Pasé los ojos rápidamente por el documento y verifiqué que estaba exactamente como lo había solicitado, pero aun así, me parecía un absurdo.

—No me importa si quieres echarte atrás —murmuró él, lo que me hizo pensar de nuevo, recordando los motivos por los cuales estaba ahí.

Inhalé profundamente y extendí la mano.

—¿Tienes un bolígrafo?

Él negó con la cabeza, mirando alrededor hasta que encontró una sobre un bloc de notas al lado del teléfono en la mesa de noche y me lo entregó.

Me incliné sobre la mesa y firmé las dos copias del contrato.

—Listo. —Le devolví el bolígrafo.

Jonas se detuvo a mi lado y también firmó el documento.

Sonrió de manera forzada y giró el bolígrafo entre los dedos antes de ponerlo de vuelta en su lugar.

—¿Quieres pedir algo al servicio de habitación?

Negué con la cabeza.

—¿Tomarte un baño?

—Ya me bañé.

—Está bien... —murmuró, incómodo.

Jonas podía ser un gran idiota, pero ni él pudo esconder que la situación estaba incómoda. Seguía siendo un hombre atractivo, a pesar de los signos de la edad. Solía ser mucho más fácil estar con él, sin embargo, veinte años y mucha amargura lo cambiaban todo.

Solo esta noche y después nunca más tendré que verlo, me prometí a mí misma, tratando de convencerme de que sería más sencillo de lo que parecía.

—Keyla...

—Terminemos esto ya, Jonas.

—Está bien... —Abrió los ojos azules, sorprendido por lo que acababa de decir.



Jonas BENNET

Capítulo 25

Cuando le pregunté si no quería rendirse, esperaba que la respuesta fuera sí. Allí, frente a ella, se hizo evidente que estábamos cometiendo un gran error.

Tal vez no era tan idiota como creía ser en los últimos años, porque me sentí como un tonto por haber dicho que tendría sexo con ella. Era mucho más sencillo hacer la inseminación artificial.

No es que no la deseara al mirarla. Keyla seguía siendo una de las mujeres más hermosas que conocí y aún tenía un aire desconfiado e inocente, pero el ambiente entre nosotros parecía pesado, extraño y errado.

Podría no admitirlo, pero ya había sido muy malvado con ella. Sin contar que, en medio de todo esto, estaba Mía...

—Keyla... —Estaba a punto de decir que podríamos hacerlo de otra forma, cuando ella se inclinó hacia adelante y se bajó la tanga, haciéndola deslizar por sus muslos torneados y perfectos.

Su cuerpo había sido muy favorecido por el tiempo, ganando curvas sinuosas que podrían dejar a cualquiera babeando.

—¿Qué es esto? —Reaccioné con más asombro del que debía.

—Hazlo de una vez.

—¿Qué tal si vamos con un poco más de calma?

—¿Calma? —Fue su turno de sorprenderse.

—De esta forma no lo vamos a lograr.

Al menos yo no puedo...

Saqué mi celular del bolsillo del saco colgado en la silla y puse música. Por un momento pareció ridículo, pero ayudó a quitar un poco la tensión.

Tomé la tanga de su mano y la puse sobre el asiento de la silla, antes de rodear su cintura y jalarla hacia mí.

—Jonas...

No terminó la frase porque mi lengua ya estaba dentro de su boca buscando la suya.

Las manos de ella se extendieron sobre mi pecho y pensé que me iba a empujar, sin embargo, sus dedos resbalaron y torció la tela de la camisa blanca.



Keyla
BAKER

Capítulo 26

El temblor en mis piernas se volvió aún mayor cuando Jonas comenzó a besarme. Era extraño, algo repulsivo e incluso abominable, al mismo tiempo que familiar y delicioso.

Me vi atrapada en medio de ese huracán de conflicto, que me dejó aún más desorientada. Mi conciencia se volvió más pesada que nunca, al darme cuenta de que mi cuerpo reaccionaba como si estuviera disfrutando y mi tensión se aliviaba con el avance del beso.

No podía ser correcto de esta forma...

Solté un suspiro profundo cuando su boca se deslizó de la mía y bajó hasta mi cuello, provocando escalofríos que partían desde la base de mi columna y se irradiaban por cada célula de mi cuerpo.

Fue como una visita extraña al pasado, cuando mi cuerpo vibraba y pulsaba ante el contacto con el suyo. El sabor dulce de su beso me provocaba aún más indignación. No debía saber igual, mucho menos provocarme los mismos efectos.

Al darme cuenta de que estaba deshaciendo el lazo de mi abrigo, pensé en empujarlo, pero el beso volvió a envolverme y me relajé. La prenda cayó al suelo y Jonas rodeó mi cintura, levantándome y sentándome en la mesa.

Empujé los papeles del contrato a un lado, antes de echar la cabeza hacia atrás mientras él volvía a raspar sus dientes contra la piel sensible de mi garganta, provocando sensaciones más deliciosas y tentadoras de lo que debía.

¡No puedo estar disfrutando de esto!

Mi protesta mental fue ahogada por el escalofrío provocado por sus dedos recorriendo mis hombros y empujando hacia abajo los tirantes de mi vestido. Sus besos se convirtieron en manos atrevidas, bajando hasta la curva de mis pechos, saliendo del sujetador de media copa.

Mis manos fueron a parar a su espalda, y Jonas las colocó sobre los botones de su camisa para que la desabrochara como ya había hecho tantas veces.

Después de que empujé la camisa al suelo, él abrió el cierre de mi vestido y levanté los brazos para que me lo quitara. Mi cuerpo se deslizó involuntariamente hacia el borde de la mesa, mientras sus dedos abrían mi sujetador y lo arrojaban al suelo.

Levanté la cabeza, encontrando sus ojos al escuchar cómo desabrochaba el cinturón.

Volví a cerrar los ojos y me estremecí, sintiendo su boca acercarse a mi cuello nuevamente.

No importaba lo que estuviera sintiendo, esto nunca más iba a repetirse.

¡La última vez!

Ahhhh...

Su lengua trazó el camino hacia mis pezones, mientras sus manos presionaban aún más mi cintura. La tentación era de moverme en la mesa, pero gracias a su agarre, parecía imposible.

De repente, todo el pavor, desconcierto y vergüenza se transformaron en algo diferente, una pulsación entre mis muslos que clamaba por más, por él...

Jonas agarró mi cabello y, en medio de un intercambio de miradas, sentí cómo me penetraba. Se deslizó hasta estar lo más encajado que la posición permitía.

Mis manos fueron a parar a sus hombros, subiendo por su cuello y rodeando su nuca cuando comenzó a moverse dentro de mí.

La mesa crujió, pero el sonido parecía distante y sin importancia.

Impulsé mi cuerpo aún más hacia adelante, sintiendo el placer que me inundaba con sus movimientos.

Jonas volvió a rodear mi cintura y me levantó, aún estando dentro de mí.

—¿Qué estás haciendo? —protesté, en voz baja.

—Evitando que volquemos la mesa. —Dejó escapar una risita mientras me llevaba al cuarto y me acostaba en la cama.

Mi cuerpo se arqueó, mis tetas se presionaron contra su pecho mientras él se movía más rápido y más profundo.

No es como si no me hubiera involucrado con otro hombre en los veinte años que pasaron, pero la sensación era exactamente esa.

Deslicé mis uñas por su espalda, sintiendo cómo mis células pulsaban con la presión que su cuerpo ejercía sobre el mío en cada embestida. Cualquier pensamiento racional estaba suprimido por una montaña de placer y mi cuerpo solo podía concentrarse en la necesidad animal de llegar al clímax.

—¡Ah! —Hice todo lo posible por suprimir el gemido, pero sonó aún más fuerte cuando finalmente escapó.

En un arranque desesperado, clavé mis uñas en su espalda y él dejó escapar un gruñido bajo.

Más, por favor...

Me sentía frente a un abismo, donde solo faltaba un pequeño empujón para caer…

Él siguió moviéndose y apreté mis muslos a los costados de su cintura, para aumentar las sensaciones y lidiar con la necesidad cada vez más latente, hasta que todo explotó y me derrumbé sobre la cama, jadeante.

Mi respiración seguía desordenada y mis ojos se revolvían, mientras Jonas continuaba moviéndose dentro de mí hasta que lo

sentí eyacular.



Jonas BENNET

Capítulo 27

La tensión, el miedo y la incomodidad se transformaron en una cascada de placer que recorría mi cuerpo, tan pronto como apoyé mi cabeza sobre las tetas oscilantes de Keyla.

No era el único que necesitaba algunos minutos para recuperar el control de la respiración. Además, parecía una excelente excusa para disimular lo inmóvil y sin reacción que me sentía.

Las prostitutas eran buenas, siempre elegí muy bien, pero eso era diferente a cualquier cosa que había experimentado en los últimos veinte años.

Sarah y yo estábamos muy lejos de ser la pareja perfecta. Ella era una esposa rica y yo, el tipo perfecto para las fotos. Aunque era muy celosa, siempre fue consciente de que eso no era amor.

Amor...

¿Por qué pensar en esa palabra justo ahora?

Antes de que pudiera sumergirme en esos pensamientos, Keyla se volteó y me hizo caer de cara sobre el colchón.

Comenzó a recoger sus ropas y se fue al baño.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté, sentándome en el borde de la cama, aún desnudo.

Tuve que esperar a que terminara en el baño para obtener una respuesta. En cuanto dejé de escuchar el ruido del grifo, Keyla salió.

—Me voy.

—¿Ya? ¿Por qué no te quedas un poco más?

Ella hizo una mueca que me hizo retroceder.

—No tengo nada más que hacer aquí. —Tomó su abrigo y el contrato sobre la mesa, saliendo antes de que pudiera decir algo.

Me tiré hacia atrás y me quedé acostado en la cama, mirando al techo. No sé cuánto tiempo estuve así, pero no había ningún estímulo que me hiciera levantarme.

Lo único en lo que podía pensar era si la volvería a ver alguna vez.

Creía que lo había arruinado todo en el pasado y en el presente.



Keyla
BAKER

Capítulo 28

Tener sexo con Jonas fue aún más incómodo de lo que esperaba, porque en lugar de ser solo terrible, me sentí bien y no dejaba de pensar en ello.

Necesitaba odiarlo después de todo lo que pasé. Mi rabia hacia él debía ser más grande que cualquier otro sentimiento en el mundo. Aun así, quería más...

Pero no iba a pasar. Esa era una promesa que no rompería.

Caminé por la calle y entré al metro. Pasaba por allí una línea que me llevaría hasta la estación cerca de mi edificio y, a esa hora, parecía la forma más rápida de llegar a casa.

Me sentía sucia. Aún estaba impregnada con la mezcla que su sudor hizo con el mío. Su olor estaba en mí y su semen aún goteaba en mi ropa interior.

Me bañaría en cuanto llegara a casa, solo había esperado porque quería darle más oportunidades de suceder a la fecundación.

Había estudiado la aplicación con mucha atención y ese era mi día más fértil del ciclo. Me iba a quedar embarazada, iba a ayudar a Mía y todo habría valido la pena.

Bajé del metro, escuchando a un tipo tocando saxofón en la estación, y saqué un billete de un dólar para dárselo. Luego subí las escaleras rápido y me encontré con el viento frío de la calle.

La sensación desagradable que me castigaba cuando fui a encontrarme con Jonas aún no había desaparecido, y tal vez nunca lo haría.

Afortunadamente, mi casa estaba vacía. Abrí la puerta del departamento y me tiré en el sofá.

Nolan había convencido a Mía de pasar la semana con él. Habían hecho planes y eso era bueno para ella, ver que la vida no se había acabado como solía repetir por todos lados.

Estábamos ahí por ella y siempre lo estaríamos.

Cuando finalmente pensé que ya era suficiente, fui al baño. Pensaba que al deshacerme de las pruebas físicas, de lo que había sucedido, me sentiría mejor.

Solo tenía que preocuparme por cuidar de Mía y de ese bebé que iba a nacer.

Lo bueno era que tendría la oportunidad de ser para él la madre que no fui para Mía y esperaba poder hacer lo mejor posible.

Sonriendo, toqué mi barriga, acariciándola, segura de que había valido la pena.



Jonas BENNET

Capítulo 29

Durante las dos semanas siguientes no supe nada de Keyla, no recibí ningún mensaje ni notificación.

Debería haber sido exactamente lo que esperaba, ¿verdad?

Ese contrato dejaba claro que no tenía ningún vínculo con ella ni con el bebé, lo que parecía significar que no necesitaba saber si todo había funcionado o no.

Pero, ¿qué es lo que realmente quería? No me había preocupado por Mía. Durante todos esos años de su vida, no estuve allí. La abandoné tanto que fue criada como hija de otro hombre. Ya era demasiado tarde para cambiar algo.

¿Quiero cambiar algo?

No conseguí una respuesta para mi pregunta, ya que un golpe en la puerta interrumpió mis pensamientos.

—¿Señor Bennet? —dijo mi secretaria, asomando la cabeza por la puerta.

—¿Sí?

—Se está olvidando de algo.

—¿De qué?

—Tiene una reunión con el equipo de ingeniería esta mañana sobre un proyecto en el Queens.

—Tienes razón. Diles que ya estoy yendo.

—Sí, señor. —Ella permaneció mirándome.

—¿Necesitas algo más?

—No.

—Entonces, puedes retirarte.

Asintió y cerró la puerta.

Mi cabeza estaba tan distraída que me había olvidado completamente de esa reunión importante.

Fue impactante darme cuenta de que, por primera vez en muchos años, mi cabeza estaba en otro lugar que no fuera el trabajo. Aunque no sabía si eso era algo bueno, especialmente después de haber acordado no involucrarme.

Tendría que dejar esos pensamientos para después.

Me levanté y fui a la sala de reuniones, donde todo el equipo ya me esperaba.

—Señor Bennet —saludó uno de los ingenieros.

—Buenos días. —Les sonreí discretamente—. Perdón por el retraso. Estaba resolviendo algunos asuntos urgentes —mentí, pero

sonaba mejor que admitir que estaba pensando en una mujer y en una hija que había abandonado hacía años.

—No hay problema, señor —dijo otro.

—Estoy listo para comenzar. —Tomé una silla en la cabecera de la mesa, me acomodé en ella y atraje la mirada de todos.

Asintieron y solo se voltearon cuando el ingeniero jefe se levantó para acercarse a la presentación multimedia que estaba proyectada en la pared.

Después de que heredé la constructora por la muerte de Sarah, concentré todos mis esfuerzos en esa empresa, y era mejor que siguiera siendo así.



Keyla
BAKER

Capítulo 30

Parte de convencer a Mía de que su vida podría continuar con algunos ajustes significaba tocar la mía también. Además, mis reservas estaban casi agotadas y necesitaba dinero.

Mientras Nolan se había metido en la política y Philip siguió medicina, fui la única que se aventuró en el negocio de mis padres. No sé si cuando era niña imaginaba que terminaría siendo agente inmobiliaria como ellos, pero con el tiempo, ahí estaba yo, vendiendo apartamentos y casas en la zona de Nueva York.

Al final, me acostumbré. Era algo con lo que podía lidiar, las comisiones eran buenas y no acabé atrapada en una oficina, como la mayoría de las personas. En lugar de eso, me movía de un lado a otro con personas esperanzadas, tratando de venderles la casa de sus sueños.

Detuve el coche frente a una casa que quedaba lejos del centro de Manhattan y de la ajetreada vida de la ciudad. Era un vecindario suburbano, con jardín, con espacio incluso para construir una casa en un árbol.

Perfecta para una pareja joven con ganas de expandir la familia.

Tomé la llave y, poco después, otro coche se detuvo detrás del mío. La pareja perfecta de clientes salió de él. Deberían estar en sus veintitantos y ella estaba embarazada.

—¡Hola! —Me acerqué y los saludé con una sonrisa—. ¡Bienvenidos!

—¡Gracias! —La mujer sonrió ampliamente mientras pasaba la mano sobre su barriga.

—Entonces, ¿esta es la casa? —El hombre se dio la vuelta hacia la propiedad.

—El futuro hogar de ustedes —dije, con entusiasmo.

—Veremos... —Él estaba un poco más desconfiado.

—Vamos a conocerla. —Indiqué el camino—. Verán que es la casa de sus sueños.

—Es linda por fuera —comentó la mujer.

—Les gustará aún más por dentro —aseguré.

Hice que me acompañaran hasta la entrada y les mostré la pequeña, pero acogedora, terraza en la entrada.

—Aquí pueden poner una silla mientras observan a los niños jugar en el jardín. —Me giré hacia la mujer que me miraba atentamente—. ¿Qué opinas de una hamaca ahí? —Señalé un espacio vacío en el césped.

—¡Va a ser perfecto!

—Yo también lo creo.

Abrí la casa y primero les mostré la sala, luego las tres habitaciones y, por último, la cocina con un pequeño jardín al fondo.

Me quedé parada observándolos cuando sentí algo caliente descender de mi entrepierna. No tenía ganas de orinar, pero entré en alerta.

—¿Me dan un minuto, por favor? —les dije—. Pueden seguir mirando, ya vuelvo.

Asintieron y salí lo más rápido posible hacia el baño. Me cerré dentro y me quité los pantalones, mirando mi ropa interior.

Debería haberlo anticipado, pero no lo esperaba...

Tragué saliva, pero no pude evitar que una o dos lágrimas cayeran por mi rostro.

Sabía lo que significaba esa sangre, por más que no quisiera creerlo.

—No estoy embarazada...

—¿Señorita Baker? —me llamó la mujer.

—Ya voy —traté de recomponerme, me puse una toalla sanitaria que tenía en la bolsa y salí del baño, forzando una sonrisa para la joven pareja feliz.

—¿Está todo bien? —La mujer entrecerró los ojos al notarme.

—Claro. —Mentí—. Entonces, ¿qué les pareció la casa? —cambié de tema.

—Es perfecta —suspiró.

—Necesito saber el precio para ver si tenemos crédito en el banco.

—Les enviaré una propuesta formal por correo electrónico hoy mismo.

—Estará genial. —Ella estaba completamente encantada—. Imagínate, amor, un árbol de Navidad ahí —Señaló.

—Sí.

Los acompañé hasta la puerta y esperé a que entraran al coche antes de cerrar la casa y marcharme.

Dentro del coche, las lágrimas que había estado reprimiendo cayeron de golpe. Una avalancha de decepción y dolor invadió mi pecho, dejándome completamente devastada.

Creía haber hecho todo bien, pero no funcionó. No estaba embarazada y Mía tendría que seguir esperando por un donante en la fila, con tal vez, miles de otras personas en la misma situación.

Había estado esperanzada la semana pasada, creyendo que en unos días tendría buenas noticias para darles a todos. Pero mi menstruación ni siquiera se dignó a retrasarse, alejando por completo cualquier vestigio de esperanza.

Estaba llegando a casa cuando mi celular sonó y vi la foto de Mía en la pantalla, en una videollamada.

Respiré profundamente y saqué un pañuelo de la guantera, tratando de recomponerme un poco antes de contestar.

—¡Hola, mamá!

—¡Cariño!

—¿Estás bien? —Se inclinó hacia su teléfono para observarme detenidamente.

—Estoy excelente, ¿y tú?

—Un poco con falta de aire, pero los médicos dicen que es normal.

—No te esfuerces mucho.

—Lo sé...

—Es mejor.

—No te llamé para que me regañaras, ¿eh?

—Ah, entonces ¿qué pasa?

—Mañana es el cumpleaños de papá, entonces habrá fiesta en la oficina y otras cosas. Pensé que podríamos hacer algo solo entre nosotras hoy. También porque mañana no podré andar libremente entre todos. —Hizo una mueca.

—Mejor que te cuides.

—Mira, estoy siendo una buena chica.

—Siempre. —Reí—. ¿Qué vamos a comer?

—¿Pizza? —Se encogió de hombros.

—¿Qué pasa con el tema de los carbohidratos bajos y el gluten?

—Olvídalo. Solo vivimos una vez.

—Después te vas a arrepentir.

—Déjalo para después. Entonces, ¿vienes?

—Solo tengo que regresar a casa, enviar una propuesta a la pareja feliz y ya voy.

—Te espero aquí. ¡Besos!

—¡Besos! —Terminó la llamada y volví a suspirar.

Sería difícil esconderle a ella y, sobre todo a mi hermano, que mi plan no había funcionado, pero tendría que lidiar con ello.



Jonas BENNET

Capítulo 31

Después del trabajo, me senté en mi sillón de siempre. Acepté el té que Greta me ofreció esta vez, y estuvo bien, porque me ayudó a calmarme después de la terrible derrota que los Knicks tuvieron contra los Chicago Bulls.

Parece que los jugadores estaban dormidos en ese partido, lo que me dejó aún más irritado.

Al final, solo quería encontrar algo efectivo que me distrajera de Keyla, Mía y del otro bebé que probablemente tendría en poco tiempo.

No sería mío, no tendría que lidiar con él, ni siquiera conocerlo. Eso era perfecto y lo que cualquier hombre desearía. Aún así, ¿por qué me molestaba tanto?

—¿Quiere un poco más de té, señor? —preguntó Greta, al acercarse para recoger mi taza vacía.

—No hace falta.

—Tal vez un poco de agua o una cerveza...

—Estoy bien, Greta.

—¿Está seguro, señor? Yo...

—Estoy seguro —la interrumpí de nuevo.

El ama de llaves finalmente asintió con un gesto de cabeza y se alejó.

Seguí mirando la televisión por un rato hasta que me di cuenta de que mi celular estaba entre mis dedos y estaba escribiendo un mensaje que envié sin pensarlo dos veces.

Jonas:

¿Ya te hiciste una prueba de embarazo?

Ella vio el mensaje, pero no respondió, y supuse que ni siquiera lo haría. Había una vocecita en el fondo de mi cabeza diciéndome que no era asunto mío, pero ya no había tiempo para borrar el mensaje.

Tenía que dejarlo ir, como lo hice la primera vez. Pensaba que sería bueno despreocuparme y que debía seguir así.

Dejé el celular sobre una pequeña mesa redonda al lado del sillón y solté un profundo suspiro. Necesitaba algo para llenar mi cabeza si no quería enloquecer con ese tema.

El celular vibró, y la ansiedad me hizo tomarlo de inmediato, pero no era un mensaje de Keyla, solo una notificación de la operadora diciendo que mi paquete había sido renovado.

No era lo que quería, pero tuve que lidiar con eso.



Keyla
BAKER

Capítulo 32

La mansión del gobernador no estaba cerca, de hecho, quedaba bastante lejos, pero sería bueno celebrar el cumpleaños de Nolan solo entre nosotros, aunque fuera un poquito adelantado.

Eso haría feliz a Mía y me ayudaría a olvidar el fracaso.

Recordé las palabras de la médica diciéndome que una pareja saludable podía tardar hasta un año en concebir, pero aún así, tenía esperanzas de lograrlo a la primera. Tantas personas que ni siquiera planeaban tener hijos terminaban embarazadas, ¿por qué no yo?

Lo peor de todo era que Jonas y yo no encajábamos como una pareja común, en realidad, no éramos pareja en absoluto y no habíamos planeado repetir el sexo.

Estaba pasando por la seguridad en la mansión del gobernador cuando leí el mensaje de él, era casi como si hubiera adivinado que no había salido bien.

Pensé qué decir, pero no llegué a ninguna conclusión aceptable, así que ignoré el mensaje, dejándolo sin respuesta.

Estaba triste y Jonas era la última persona del mundo que me haría sentir mejor.

Estacioné mi coche y, en cuanto me dirigí a la entrada, un guardia de seguridad me paró. Era un fastidio, pero ya debería haberme acostumbrado a pasar por esto cada vez que visitaba a Nolan.

—¿Podemos revisar esto? —Dijo el tipo señalando mi bolso y un pequeño paquete de regalo.

—Si lo abren, tendrán que dejarlo igual.

—No lo voy a abrir. —Pasó un escáner por fuera y una franja para detectar residuos de pólvora antes de devolvérmelo—. Puede entrar.

—Gracias.

Caminé por el enorme lugar hasta empezar a escuchar la voz de mi familia. La primera persona que vi fue a Brian, corriendo de una manera que casi me atropella.

—¡Ey, pequeño! —Lo levanté en brazos.

—¡Tía Keyla!

—Estás hecho un demonio.

—Ja ja ja.

—¿Dónde está Amber?

—¡Está allí! —Señaló.

—¿Por qué no la llamas para jugar?

—¡Sí! —Se balanceó en mis brazos hasta que lo dejé en el suelo.

Tan pronto como lo solté, Brian corrió hacia la prima, que hizo una mueca. La hija de Philip no parecía tan emocionada de jugar con él.

—¡Vamos, Amber!

—No.

—¿Por qué?

—Porque eres un niño. —Se dio vuelta para seguir jugando con la muñeca.

—¿Así era yo? —Mía se acercó un poco más.

—Un poco peor. —Hice una mueca.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—No. Era la única niña en la familia y te consentían mucho.

—Ah, podrías fingir que era un encanto.

—Pero ahora eres mi encanto.

—¡Oh! —Sonrió ampliamente y me dio un abrazo.

—Te tardaste en llegar. —Nolan se acercó a nosotros.

—Lo importante es que llegué. —Me encogí de hombros—. Estaba enviando una propuesta comercial.

—¿Lograste venderla?

—Espero que sí. Realmente necesito la comisión.

—Si el problema es el dinero...

—Todavía tengo mis ahorros —lo interrumpí antes de que ofreciera.

—Está bien.

—Esto es para ti. —Le entregué el paquete—. Tal vez me haya tardado un poco en elegir algo bueno.

—No era necesario.

—Claro que sí.

Abrió el paquete e hizo una mueca al ver lo que había dentro.

—¿Una corbata dorada?

—Para que la uses el día que asumas la presidencia del país.

—Ojalá. —Nolan rió.

—Es un gran regalo —comentó Mía.

—Sin duda —dijo Nolan, con aire desenfrenado.

—Vamos a sentarnos a comer. —Mía me tomó de la mano y me arrastró hasta la mesa donde el resto de la familia estaba reunida.

—Esa de tocino está deliciosa.

—Pásame un pedazo.

Nilzi sonrió al cortar y extenderme el plato.

Estar con mi familia, viendo a Mía sonreír, estuvo bueno y me ayudó a olvidar lo disgustada que estaba por no poder quedarme embarazada.



Jonas BENNET

Capítulo 33

No me contestó...

Estaba con los ojos abiertos a las cinco de la mañana, mirando la pantalla de la aplicación de mensajes.

Debería estar durmiendo, pero no podía. Había dado vueltas en la cama después de intentar dormir de un lado para el otro sin poder cerrar los ojos.

¿Culpa? ¿Remordimiento?

No sabía exactamente cómo describir lo que sentía, pero estaba demasiado molesto para ignorarlo.

Irritado, dejé el celular a un lado, deslizándolo por la cama y me levanté, empujando el cabello hacia atrás mientras sentía el sudor frío recorriéndome por las sienes.

Sin importarme estar solo en calzoncillos, me acerqué a la ventana y me quedé mirando al vacío, observando el cielo con pocas estrellas y muchas luces de la ciudad, aunque estuviera algo alejado del centro de Manhattan. No es que me importara vivir en el campo; la tranquilidad de la mansión ya era suficiente para mí.

En los últimos tres años, estaba bien con la vida que llevaba. Sobre todo después de la muerte de Sarah, no había nadie de quien

preocuparme o con quien lidiar en cuanto a opiniones o temperamentos.

Hasta que apareció Keyla…

Hace veinte años, esa chica bonita y encantadora era difícil de resistir, pero para mí era solo un momento. Nunca tomé ese romance en serio y mucho menos esperé que volviera para atormentarme tanto tiempo después.

Siempre fui el tipo de hombre que no se preocupaba por nadie más que por mí mismo. Huérfano, desde niño aprendí que yo era el único que iba a cuidar de mí, porque nunca tendría a alguien que lo hiciera.

Aunque estuve casado con Sarah durante diecisiete años, eso no cambió. Era un esposo bonito y obediente para mostrar, pero personalmente, ella nunca se preocupó por mí, solo por lo que los demás pensaban de nosotros. Al final, era un intercambio justo, porque yo la trataba exactamente de la misma manera. Era amable frente a la gente y distante y frío cuando estábamos a solas. Mientras no la engañara, no le importaba. El tiempo que pasé con Nolan Baker y otros políticos me hizo muy bien para disimular.

Hasta ese momento, no había absolutamente nada malo en mi vida, hasta que Keyla apareció ese día.

Ella no estaba haciendo todo eso por ella, sino por alguien más, una hija por la que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa,

incluso acostarse conmigo y tener otro hijo con el que tampoco me importaría.

Yo no tenía padres, no sabía cómo ser padre y, con Sarah, sabía que no sería necesario aprender. Mi vida siempre había sido solitaria y egoísta, no había nada de malo en eso.

¿O si lo había?

Bufé, soltando el aire de mis pulmones con fuerza, y apoyé mi frente contra el cristal frío de la ventana.

En menos de dos horas tendría que estar de pie para ir a trabajar, pero ya había desistido de dormir. Aun así, regresé a la cama y me tiré en ella, hundiendo mi cara en el colchón.

No tienes que preocuparte por nada, me dije a mí mismo, pero aún así, estaba preocupado.

Palpando la cama a mi lado, encontré mi celular y lo tomé. Giré en la cama, quedándome boca arriba, y busqué el nombre de Keyla en mi lista de contactos.

Las cinco y media de la mañana, me iba a matar, pero, aún así, marqué.



Keyla
BAKER

Capítulo 34

Siempre he tenido el sueño ligero y, desde que supe de la enfermedad de Mía, mis noches han sido aún más pésimamente dormidas.

Después de la breve celebración en familia por el cumpleaños de Nolan, Mía se quedó en la mansión y yo regresé a mi departamento. Había pasado tanto tiempo con ella en los últimos meses que se me hacía extraño dormir sola.

No sé exactamente qué hora era, pero el sol aún no había salido cuando mi celular comenzó a sonar y no dudé ni un segundo en contestar.

—¡Mía! —dije, preocupada, sintiendo que mi corazón se aceleraba al pensar que algo le podría haber pasado.

Las buenas noticias no aparecieron en esa madrugada.

—Keyla... —La voz masculina al otro lado de la línea no pertenecía a Nolan, ni a Philip, ni a mi padre, ni a ningún miembro de mi familia.

—¿Jonas?

—¿Estabas despierta?

—Ahora sí —respondí con un tono seco, sin entender por qué me llamaba a esa hora—. ¿Por qué me llamas, Jonas? Imagino que no estás muerto, porque estás hablando conmigo. Aun si lo estuvieras, no somos lo suficientemente cercanos como para que me avisen de madrugada.

—Estoy bien.

—Entonces, ¿cuál es la emergencia para llamarme… —aparté el celular de mi oído para ver la hora en la pantalla— a las cinco y media de la mañana?

Lo escuché tomar aire profundo, y se tomó unos segundos para hablar.

—No respondiste mi mensaje.

—¿Me estás llamando por eso a las cinco de la mañana? —levanté la voz, molesta.

—No presté atención al horario —dijo, pero sonaba a mentira. No tenía forma de saberlo.

—Es de noche, eso debería ser suficiente para no llamarme.

—Perdóname...

—Buenas noches, Jonas...

—¡Espera! —Me detuvo, antes de que pudiera colgar.

—¿Qué pasa? —gruñí.

—¿Cómo está Mía?

—¿Por qué preguntas?

—Solo quiero saber... —murmuró.

—¿Por qué finges que te importa? —Mi tono se hizo más brusco. Después de todos esos años, escucharlo actuar así me enfurecía.

—Tal vez no sea fingimiento.

—¿A quién estás tratando de convencer? ¿A mí o a tu conciencia por habernos abandonado?

—No estoy tratando de convencer a nadie.

Resoplé, sin creerle.

—Solo quiero saber cómo está —insistió.

—Podría estar mejor. Necesita evitar aglomeraciones para no contagiarse, y debe hacerse transfusiones de sangre con frecuencia y tomar anticuerpos. Para una mujer en la plenitud de su vida, definitivamente no es algo por lo que le gustaría estar pasando.

—Lo siento mucho... —Su tono bajo y doloroso habría logrado convencerme de que le importaba si no fuera porque llevaba una carga de rechazo tan grande—. Pero podrá recuperar su vida después del trasplante, ¿no?

—Estamos esperando eso.

—Entonces, ¿estás embarazada?

Tragué en seco, y la llamada quedó en silencio.

Intenté aguantar lo más que pude, pero las lágrimas empezaron a acumularse en mis ojos al recordarlo.

—Keyla... —insistió, cuando se dio cuenta de que no iba a decir nada más—. ¿Keyla?

—¡¿Por qué no me dejas en paz?! —exploté, llena de rabia y decepción.

—¿Qué pasó? —Pareció sorprendido por mi reacción.

—¡Veinte años, Jonas! ¡Veinte años! —repetí, con énfasis—. Eso es lo que pasó.

—Lo sé...

—Entonces debería ser suficiente para que sigas desaparecido.

—Fuiste tú quien vino a buscarme —me recordó.

—Un gran error...

—Keyla, confieso que no tengo derecho a decir ni preguntar nada.

—Entonces, deberías recordarlo.

—Solo quería saber si ya tienes algún resultado...

—¡No! —solté, sorprendida por el alivio que sentí al confesarlo.

—No, no tienes un resultado, o sí...

—No... —Sujeté la respiración y la solté despacio—. No estoy embarazada.

Bajé la cabeza, triste, con las lágrimas acumulándose aún más en mis ojos, hasta el punto de que, aunque fuera por teléfono, sería imposible esconder que estaba llorando.

—¿Estás segura?

—¡Lo estoy!

—Lo siento mucho, Keyla...

—Claro que lo sientes... —dije, sarcástica.

—Es cierto.

—¿Sabes qué? ¡No me importa! Solo déjame en paz.

—No salió bien esta vez, pero eso no significa que no lo logramos en otra ocasión, ¿verdad?

—¿Qué? —No entendí a dónde quería llegar con eso.

—Vamos a intentarlo de nuevo.

—¿De qué hablas?

—Si el bebé es la forma de salvar a Mía, vamos a seguir intentándolo hasta conseguirlo.

—¡Eso no es una lotería, Jonas! —Estaba aún más indignada con él.

—En cierto modo, sí lo es.

—No sabes por lo que estoy pasando —dije, furiosa. Sentía que, después de todo, él seguía tratando de sacar provecho de mí.

—Tienes razón. —Hizo una pausa breve para respirar antes de seguir—. No lo sé. Solo quiero ayudar.

—¿Ayudar? —repetí, entre una risa incrédula. Era tan ridículo que me provocó una crisis de risa. —¿Crees que soy idiota?

—No.

—Pues eso es lo que parece.

—Sé que tienes muchas razones para dudar de mí.

—Parece que no.

—Hice la prueba de compatibilidad.

—Porque te obligué.

—Aún así, pude no haber ido.

—¿Crees que eso es suficiente para exonerarte de todo?

—No estoy diciendo eso.

—Entonces, ¿a dónde quieres llegar con todo esto?

—Creo que ni yo lo sé... —Tuve la sensación de que era lo más honesto que había dicho desde que comenzamos esa conversación.

—Deberías quedarte lejos hasta descubrirlo.

Esa conversación me dejaba cada vez más incómoda, y no sabía cómo manejarlo.

Durante mucho tiempo, cuando aún era joven y esperanzada, deseaba que él se diera cuenta de que cometió un error y regresara pidiendo perdón, pero con el tiempo me di cuenta de que eso no iba a pasar y, si lo hacía, ya sería demasiado tarde.

—Solo quiero ayudar con Mía... —dijo, después de un largo silencio, como si los dos estuviéramos luchando contra nuestros demonios.

—Después de firmar un contrato que te exime de cualquier responsabilidad con el hijo que se geste, es fácil decir eso.

—Fuiste tú quien sugirió el contrato.

—¿Ahora la culpa es mía?

—No... No es lo que dije. —Se enredó con sus palabras.

—Solo déjame dormir, Jonas.

—Está bien. —Finalmente cedió—. Llámame si cambias de idea sobre intentar de nuevo.

No dije nada más, solo apreté el botón rojo y colgué, furiosa.

¿Cómo tenía la audacia de actuar como si fuera algo sin importancia? Pensarlo solo me irritaba más. No es como si fuéramos a hacer algo simple juntos, algo que no requiriera contacto físico. No... Intentar de nuevo significaba tener sexo con él una vez más.

Estaba segura de que se estaba divirtiendo con la situación, aprovechándose de mí.

No lo voy a hacer de nuevo...

¡Ni pensarlo!

Parecía fácil decidirme al respecto, pero solo pensar en Mía hacía que todo cambiara.

Apreté la almohada contra mi rostro, ahogando el grito de angustia que me dio.

Cómo me gustaría poder hacer todo eso sin involucrar a Jonas.



Jonas BENNET

Capítulo 35

Tomar las decisiones que parecían ser las correctas era más difícil de lo que parecía.

Me di cuenta de que pensar solo en mí mismo estaba lejos de ser un desafío. De hecho, me eximió de lidiar con los demás y de esperar sus opiniones.

La de Keyla, sobre todo...

Era imposible saber si ella había logrado dormir, pero yo no lo había hecho. Ni siquiera me atreví a volver a cerrar los ojos. Me levanté de la cama, me dí una ducha fría y luego me preparé para ir a la constructora.

Bajé las escaleras poniéndome los gemelos de oro cuando me crucé con Greta, que estaba despertando.

—Buenos días, señor. Ya voy a preparar su desayuno.

—No es necesario.

—Pero...

—Comeré algo en la constructora o pararé en una cafetería en el camino.

—Señor...

—Buenos días, Greta.

—Buenos días. —Terminó por rendirse y seguí hacia el garaje.

Abrí la puerta del coche y me dejé caer sobre el asiento del conductor. Permanecí un rato con el cuerpo inclinado sobre el volante hasta que moví la cabeza hacia atrás al sacar el celular del bolsillo.

Keyla no me había enviado ni un mensaje ni me había llamado. Dudaba que lo fuera a hacer, sin embargo, me encontraba esperando.

No sabía exactamente qué camino había tomado para llegar a esa situación, pero parecía demasiado tarde para dar marcha atrás. Estaba demasiado involucrado.

Inhalé profundamente, encendí el coche y conduje hacia la constructora.

Quién sabe, tal vez un día lleno de ajetreo logre mantener la cabeza lo suficientemente ocupada para no pensar.



Keyla
BAKER

Capítulo 36

Afortunadamente, logré vender la casa al joven matrimonio. De hecho, era el lugar perfecto para esa nueva familia, y muchos sueños podrían ser construidos allí.

Estaba especialmente más emotiva esos días al darme cuenta de que no podría ayudar a Mía, como había planeado. Para empeorar las cosas, la voz de Jonas en mi cabeza, diciéndome que podía llamarlo si cambiaba de idea, me perseguía. ¿Cómo ese imbécil podía pensar que todo sería tan fácil?

Para él, seguramente era un juego, y jugar conmigo formaba parte de eso, pero solo estaba sirviendo para aumentar aún más mi sufrimiento.

Escuché el sonido del timbre y salí de la cocina, donde estaba preparando la cena, para atender la puerta y sonreí ampliamente cuando vi a Mía.

—¡Llegué!

—¡Ey, entra! —dije, abriendo más la puerta para que pudiera pasar—. ¿Nolan te trajo?

—Por supuesto que no, él estaba ocupado y mandó a un chofer, pero ya estoy acostumbrada. ¿Y tú qué tal?

—Tuve un buen día. Logré cerrar la venta y estoy hablando con compradores para otro departamento.

—¡Eso está genial!

—Sí.

—¿Qué pasó? —Entrecerró los ojos y pareció darse cuenta de que algo no estaba bien conmigo.

—Nada —mentí.

—Mamá...

—Solo estaba pensando en ti, pero luego llegaste y te ves genial —cambié de tema.

—Eso es porque no me viste más temprano, antes de la transfusión.

—¿Estabas mal?

—Exhausta —confesó, exhalando con fuerza—. A veces siento que corrí una maratón, pero lo único que hice fue levantarme de la cama.

—Te vas a sentir mejor.

—¿Cuándo? —Frunció los labios.

—Solo ten un poco de fe.

—Eso no ha sido mi fuerte últimamente.

—Entonces, mejor cambia eso.

—¿Qué tenemos para cenar? —Fue el turno de Mía de cambiar de tema, escapando hacia la cocina.

—Sopa.

—Estás bromeando...

—Necesitas una alimentación saludable.

—Solo me hace sentir aún más enferma.

—No es exactamente así.

—Sí, es exactamente así.

—¡Ok! Podemos... —Antes de que pudiera terminar la frase, escuchamos el sonido del timbre.

—¿Esperas a alguien más? —me preguntó Mía.

Hice un gesto negativo con la cabeza.

Sin preguntarme nada, Mía fue hacia la puerta y la abrió antes de que pudiera detenerla.

—¿Mía…? —Escuché una voz del otro lado que me hizo estremecer.

—Sí. —Pareció sorprendida, a pesar de que, gracias a Nolan, todos la conocían—. ¿Y tú quién eres?

—Tu padre.

Me quedé paralizada al escuchar esas palabras. Fue como si el suelo se hubiera abierto bajo mis pies y todo se derrumbara por

dentro.

—¿Qué? Mi padre es Nolan Baker.

Di algunos pasos hacia un lado hasta que lo miré a través del arco de la puerta. Su cabello rubio estaba algo desordenado, como si hubiera corrido, pero su traje negro aún lucía impecable.

—Jonas, ¿qué haces aquí? —Finalmente logré sacar las palabras, aunque me pareció que tardaron una eternidad en salir.

—Vine a verte, y qué bien poder encontrar a Mía también.

—No deberías estar aquí —susurré, aún letárgica por la sorpresa.

—Yo... —comenzó a hablar, pero Mía lo interrumpió.

—Escuchaste a mi mamá. ¡Vete!

—Sé que cometí un error contigo, con ustedes...

—¿Ah sí? ¿Ya lo sabes? —Mía puso las manos en las caderas, inflando el pecho—. ¿Sabes realmente? Porque yo creo que no.

—Nunca tuve la oportunidad...

—Porque tú lo quisiste así.

No necesité decir nada más, Mía parecía lo suficientemente fuerte para enfrentarlo. Sin embargo, no sabía si esa era la mejor solución.

—Fue un error.

Me sorprendió escucharlo admitir, pues ya me había jurado cientos de veces que eso nunca sucedería.

—Ya es tarde —respondió Mía—. Ya soy lo suficientemente grande y no te necesito.

—Tal vez lo necesites. Sé que la enfermedad...

—¿Cuántas veces me enfermé? ¿Alguna vez me internaron? ¿Y las madrugadas con fiebre que pasé hasta hoy?

Jonas respiró profundamente y tomó aire antes de responder.

—No lo sé —terminó admitiendo.

—Mi padre lo sabe.

—No puedo cambiar lo que pasó...

—No, no puedes.

Los dos se quedaron mirándose hasta que finalmente hablé.

—Vete, Jonas.

Él me devolvió la mirada y me observó por algunos segundos hasta que finalmente asintió.

—Perdón por molestar. —Bajó la cabeza y se dirigió hacia el ascensor, entrando y desapareciendo de nuestra vista.

—¿Cómo tiene el descaro de aparecer aquí? —Me miró con indignación.

—No lo sé...

—¿Mamá? —Entrecerró los ojos, fijándose más en mí—. ¿Qué pasa? ¿Qué está pasando que no sé?

—Nada.

—¿Estás segura?

Asentí.

Aunque me sentía mal por mentirle, contarle que había intentado tener otro hijo con Jonas no serviría de nada, ya que ni siquiera lo había logrado.

—¿Podemos pedir comida? —Sonrió, dejándome más tranquila.

—¿No quieres mi sopa?

—¡Ni por casualidad! —Hizo una mueca y yo me eché a reír.



Jonas BENNET

Capítulo 37

¿Qué esperaba yo al tocar su puerta?

Era una pregunta para la que no tenía una buena respuesta y solo sirvió para hacerme sentir aún peor. No servía para eso, no estaba capacitado para ser padre y seguramente no podría ayudar a Mía.

Entré al coche exhalando frustración, con los hombros pesados y una molestia insoportable en el pecho.

La soledad era mucho más fácil que hacer una diferencia en la vida de alguien. Con las manos apretando el volante y el corazón aún estrujado, me preguntaba cómo habría sido si hubiera tomado una decisión diferente hace veinte años. No sería un hombre tan rico, viviría en una casa con jardín y no en una gran mansión que a veces parecía estar embrujada por Sarah y sus antepasados. Solo imaginaba que no estaría sintiendo toda esa culpa.

Nunca me había arrepentido de las decisiones que tomé hasta ese momento. Podría no haber formado parte de la vida de Mía, pero ese era un precio bajo a pagar por haberla abandonado.

Sabía como nadie lo que era ser un niño abandonado, sin nadie que se preocupara por él. Por suerte, para Mía no fue así, porque creció con el apoyo total de la familia de su madre.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que encendí el coche y manejé de vuelta a casa. Estaba consciente de que enfrentaría otra noche en vela. Mientras mi mente siguiera siendo devorada por la culpa, no debía esperar nada diferente.

Dejé el coche en el garaje y subí a mi cuarto. Greta y los demás empleados ya dormían y traté de hacer el menor ruido posible. No había cenado, pero no tenía hambre. Pensar en comida era casi imposible con el estómago revuelto de esa forma.

Después de una ducha, me metí en la cama. Tenía que admitirlo, no había nada que pudiera hacer, e insistir solo lograría que se alejaran cada vez más. Sin embargo, seguía buscando una manera de revertir la situación.

Escuché mi celular vibrar y me sorprendió ver algunos mensajes de Keyla.

Keyla:

No debiste haber venido hasta aquí.

Jonas:

Necesitaba hablar contigo.

Keyla:

Ya no hay nada más que hablar.

Jonas:

Sabes que no es así.

Keyla:

¿Crees que tienes derecho a exigir algo ahora?

Jonas:

Derecho no, pero tal vez pueda arreglar las cosas.

Keyla:

Rompe un plato, luego intenta pegarlo de nuevo.

Jonas:

No se puede.

Keyla:

Exactamente, así pasó con lo nuestro.

Jonas:

Las relaciones no son como los platos.

Keyla:

¿Y qué sabes tú de relaciones?

Jonas:

Tal vez no lo suficiente.

Keyla:

Apostaría a que no sabes nada.

Jonas:

Pensé que Mía estaría feliz de conocerme.

Keyla:

Otro error para tu colección.

Jonas:

Eso es lo que parece.

Me quedé sosteniendo el celular, esperando mientras el reloj avanzaba, hasta que me di cuenta de que no enviaría más mensajes. Sin embargo, no estaba dispuesto a dar el tema por cerrado. A pesar de arriesgarme a hundirme aún más en un mar de errores, decidí insistir.

Jonas:

¿Vas a rendirte de ayudarla?

Keyla:

Nunca.

Jonas:

Entonces, vamos a intentarlo de nuevo.

Keyla:

¿Solo para aprovecharte de mí una vez más?

Jonas:

No quiero aprovecharme de ti.

Keyla:

¿Cómo tienes el valor de mentir de esa manera?

Jonas:

No estoy mintiendo.

Ya no soy el mismo hombre de hace veinte años.

Keyla:

No me vengas con esa historia de que, de repente, te convertiste en un hombre mejor.

Jonas:

Mejor no, solo diferente. Aún no sé exactamente qué significa eso.

Keyla:

¿Quieres que lo descubra?

Jonas:

Solo estoy pensando en Mía.

Keyla:

Solo piensas en ti mismo.

Jonas:

Créeme, era mucho más fácil así.

Keyla:

Yo ya creí demasiado en ti, pero tampoco soy la misma chica.

Jonas:

Te has vuelto más linda, más fuerte y decidida.

Keyla:

Puedes dejar de decir eso. Lo que sea que estés haciendo, no me vas a convencer.

Jonas:

No quiero aprovecharme de ti, es la verdad. Hagamos como sugeriste antes, inseminación artificial.

Pasó un tiempo hasta que ella respondió de nuevo y no sabía si eso era bueno o malo.

Aún angustiado, me di cuenta del poder que la ansiedad tiene para devorarnos por dentro. No tener el control de la situación era aterrador.

Mucho después, el celular vibró de nuevo entre mis dedos resbalosos por el sudor frío.

Keyla:

¿Estás realmente dispuesto?

Jonas:

Sí.

Keyla:

Okay.

Hablaré con mi médica.

Jonas:

Está bien.

Keyla:

Buenas noches.

Jonas:

Buenas noches.

Ella no envió más mensajes y yo tampoco insistí.

Era mucho más complicado lidiar con esa situación de lo que hubiera querido, pero nadie era más culpable que yo.



Keyla
BAKER

Capítulo 38

No importaba cuántas veces jurara que mi camino no volvería a cruzarse con el de Jonas, ya no era tan sencillo. Si no fuera por la enfermedad de Mía y si no estuviera tan desesperada, quizás aún podría cumplir esa promesa que me había hecho a mí misma hace tantos años.

Era evidente que, cuanto más tiempo pasara con Jonas, peor se pondría la situación. Sin embargo, tener otro hijo seguía siendo la mejor opción para Mía. A pesar del alto precio emocional que estaba pagando, seguía dispuesta a hacer lo que fuera para salvarla.

Después de hablar con la médica, ella intentó tranquilizarme, diciendo que era normal que no me quedara embarazada a la primera. Además, no era tan joven ni tan fértil como una mujer de dieciocho años. Debía seguir intentándolo y estar más tranquila.

¡La calma es algo imposible!

Aproveché para hablar con ella sobre los costos de una inseminación artificial. Ella no trabajaba con eso, pero me dijo que los costos podrían comenzar en diez mil dólares.

El problema era que no tenía todo ese dinero disponible. Pedirle a Nolan era una opción, pero no sabía si tendría el valor.

O tal vez puedo tener sexo con Jonas otra vez...

No quería pasar por eso de nuevo, pero parecía la opción más fácil y barata.

Dentro del auto, después de salir de la clínica, seguía sosteniendo el celular con la aplicación abierta en la conversación con él, intentando reunir valor para abordar el tema.

Podría ser más barato financieramente, pero complicaría la situación entre nosotros y le mostraría que estaba retrocediendo.

Keyla:

Reserva un hotel para el próximo miércoles.

Pensé que tardaría en responder, pero el mensaje llegó casi de inmediato.

Jonas:

¿Para qué?

Inhalé y exhalé tres veces antes de responder.

Keyla:

Vamos a hacerlo de la manera tradicional.

Jonas:

¿Cambiaste de idea?

Keyla:

No puedo hacer frente a los costos de la inseminación artificial.

Jonas:

¿Es muy caro?

Keyla:

Más de lo que tengo ahora.

Tardó más de diez minutos en responder, y hasta pensé que no me diría nada más, hasta que llegó un mensaje increíble.

Jonas:

¿Cuánto? Yo tengo dinero.

Keyla:

¿Estás dispuesto a pagar?

Jonas:

Primero quiero saber el monto.

Keyla:

Diez mil o más.

Jonas:

Es mucho dinero.

Keyla:

Sí, lamentablemente.

Jonas:

Podemos hacer otro acuerdo. Si esta vez no funciona, yo pago la inseminación.

Keyla:

¿De verdad vas a pagar?

Jonas:

Sí.

Keyla:

Está bien.

Jonas:

Con suerte, no será necesario.

Keyla:

Ya no soy tan joven, ni tú tampoco.

Jonas:

Pero todavía somos saludables.

Keyla:

Espero la dirección.

Jonas:

¿En el mismo hotel a las 9 de la noche?

Keyla:

De acuerdo.

Jonas:

Nos vemos.

Mi conciencia me decía que no hiciera eso. Acostarme con Jonas era un error. Decir que podía mantener mis sentimientos fuera de la ecuación era una mentira que ni yo misma podía creer.

Después de odiarlo tanto tiempo, compartir mi cuerpo con el suyo parecía el peor error del mundo. De hecho, lo era. Aún así, no tenía opciones.

Para salvar a nuestra primera hija, necesitábamos otro bebé...

Ahí, sentada en mi coche, observando a una pareja de la mano caminando por la acera, mientras el sol se ocultaba detrás de los altos edificios, me di cuenta de que mi mayor miedo no era que

Jonas siguiera siendo el mismo hijo de puta de antes, sino que yo fuera tan tonta como para pensar que alguna vez podría cambiar y convertirse en un hombre mejor.



Jonas BENNET

Capítulo 39

Lo correcto parecía ser pagar por la inseminación artificial y no involucrarme más con Keyla. Pero yo no era el tipo de hombre que hace lo más adecuado, y tampoco solía exigirme mucho por eso.

La verdad era que deseaba acostarme con Keyla, aunque fuera una última vez. Sentir su cuerpo suave contra el mío, embriagarme con su aroma delicado y disfrutar de la sensación de su piel rozando la mía. Debería sentirme un canalla por eso.

Lo soy...

Siempre lo fui.

No estaba frente a los amigos de Sarah, para quienes debía fingir un matrimonio perfecto. Entonces, ¿por qué preocuparme por parecer decente?

Me preocupo por Keyla.

Me recosté en la silla del cuarto de hotel, resoplando al darme cuenta de que mi cuerpo parecía pesar una tonelada mientras permanecía estirado allí.

El mismo cuarto.

La misma suite...

Permanecí inmóvil con la esperanza de encontrar a la misma mujer a la que ya había engañado y abandonado. Keyla me odiaba y tenía todas las razones del mundo para hacerlo. En su lugar, yo tampoco confiaría en mí. A pesar de que siempre estaba de mi lado, sentía que ni yo mismo era capaz de confiar.

Estaba en un momento de mi vida en el que creía haberlo conseguido todo, pero en ese instante me di cuenta de que no me había alejado de mi punto de partida. El huérfano solitario se había convertido en hombre, pero seguía sin nadie.

Durante mucho tiempo creí que tener dinero era todo lo que necesitábamos, y por eso valía la pena cualquier riesgo. Casarme con una mujer que nunca amaría nunca me pareció un problema, hasta que me di cuenta de lo que había sacrificado.

Moví los ojos hacia la puerta cuando escuché el sonido de la manija girando. Keyla entró con pasos cautelosos y una mirada asustada. Aún quedaba algo de la niña inocente dentro de ella.

—¿Llegué tarde? —preguntó.

Hice un gesto negativo con la cabeza.

—Llegué antes.

—¡Ah! —balbuceó, incómoda.

—Pedí la cena —dije, señalando la mesa puesta frente a mí.

—No tengo hambre.

—Quizás te convenga comer algo.

Se acercó a la mesa, pero lo único que hizo fue tomar un vaso de agua, bebiéndolo en un par de tragos.

—Estoy bien así.

—Como quieras.

—No vine aquí para hablar, ni para cenar.

—Estás tensa —comenté, poniéndome de pie y tirando la silla frente a mí para que se sentara.

—¿Quién no estaría así en mi lugar? —Hizo una mueca.

—Siéntate.

—Jonas...

—Por favor.

Me miró durante unos instantes antes de finalmente ceder y sentarse.

Me moví alrededor de ella, quedando detrás de su silla, y tomé su cabello, apartándolo hacia adelante, dejando al descubierto sus hombros, que se asomaban por fuera de la blusa de tirantes finos. Mis dedos tocaron su espalda y subieron lentamente hasta llegar a su cuello, haciendo que se moviera incómoda.

—¿Qué es esto?

—Un masaje.

—¿Por qué?

—Relájate un poco.



Keyla
BAKER

Capítulo 40

¿Relajarme? Solo podía estar bromeando, ¿cómo quería que me relajara sabiendo que terminaría desnuda en sus brazos de nuevo? Era una pesadilla, pero muy en el fondo tenía un sabor agradable.

Me irritaba aún más darme cuenta de que mis pensamientos y reacciones estaban traicionando lo que creía que era lo más prudente. Arriesgarme y llegar demasiado lejos con Jonas podría destruirme. Ya había sido lo suficientemente fuerte para lidiar con su rechazo antes y no podría pasar por eso otra vez.

Pero, ¿cómo fingir que no sentía nada mientras sus dedos recorrían mi espalda con una presión relajante que me hizo suspirar?

Qué bien se siente...

Cerré los ojos y, poco a poco, la tensión de mi cuerpo fue reemplazada por una sensación de bienestar. No sabía cómo había aprendido eso, pero los masajes eran muy buenos.

Estaba completamente envuelta cuando los dedos en mi cuello fueron reemplazados por labios suaves. El beso en la base de mi garganta me hizo estirarme, abriendo los ojos nuevamente.

—¡Jonas!

—Mantente tranquila.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Dejándote entrar en ambiente.

Volví a cerrar los ojos y apreté los labios para no soltar un gemido cuando su lengua se retorció en la base de mi cuello, haciendo que mi cuerpo entero vibrara. Mis piernas se aflojaron por completo, pero por suerte estaba sentada.

Con la boca aún en mi cuello, sentí dos manos tocar mi cintura y subir por dentro de mi blusa hasta palpar mis tetas. No parecía correcto, pero era delicioso.

Incliné la cabeza hacia un lado, permitiendo que me besara más, mientras sus dedos recorrían el contorno de mi sostén hasta abrir el broche.

Cuando me di cuenta, ya estaba desnuda de la cintura para arriba, con él torciendo las puntas de mis pezones de una manera que me dejaba muy excitada. Si mi plan era escapar de ahí, ya no sería posible.

Jonas tomó mi mano y me hizo levantar, luego me sostuvo por la cintura y me condujo por el cuarto hasta llegar a la cama grande y cómoda.

Mis ojos se encontraron con los suyos y un temblor recorrió mi interior. No era confiable, tenía todos los motivos para tener

miedo, pero aún me sentía excitada como la primera vez.

Me habría aterrorizado si la imagen de Jonas quitándose la camiseta no me hubiera cautivado.

Tan pronto como la pieza tocó el suelo, se arrodilló a los pies de la cama y me tiró hacia él, llevándome hasta el borde. Solo escuché el sonido del cierre de mis jeans antes de que él los bajara por mis piernas.

Sin duda ya era demasiado tarde para salir corriendo.

Clavé las uñas en la sábana cuando su barba sin afeitar rozó el interior de mi muslo y su boca subió lentamente hasta mi ingle.

Esto no estaba en los planes, mucho menos era necesario, pero gemí y cerré los ojos, arqueando mi cuerpo cuando sus labios me besaron y su lengua descendió por mi clítoris.

—¡Jonas!

Él no dijo nada, solo agarró mis nalgas para detener mi movimiento mientras su lengua exploraba sin temor la parte más íntima de mi cuerpo. Ni siquiera se me pasó por la cabeza que pudiera comenzar con sexo oral, quizás la sorpresa lo hizo aún más excitante.

Intentaba moverme, pero sus manos firmes me mantenían al alcance de su boca. Su aliento, sus labios, su lengua, e incluso sus dientes me volvieron loca.

Había olvidado lo bueno que era en esto, o quizás nunca había pensado en comparar.

Mis ojos giraban en las órbitas, haciendo que el cuarto pareciera un remolino hasta que todo explotó en chispas hormigueantes que me dieron la sensación de que mi cuerpo se estaba incendiando.

Mi cuerpo cedió en la cama mientras mi pecho subía y bajaba rápidamente, movido por la respiración descontrolada. Sentía como si todo el aire se hubiera escapado de mis pulmones.

Su ropa terminó de caer y ni siquiera me había recuperado completamente cuando Jonas se acostó sobre mí y sentí su penetración.

Dejé escapar un gemido y, por reflejo, mis piernas rodearon su cintura. Jonas apoyó las dos manos en la cama y fue imposible no mirarlo, perdiéndome en sus ojos, como si ambos nos meciéramos sobre las olas del mar.

Eso era lo que tanto temía. Enredarme demasiado. Que me gustara demasiado...

Mis manos subieron por su espalda y mis dedos apretaron sus hombros, cuando él bajó todo su peso sobre mí, presionando mis tetas.

En medio del placer del sexo, dejé de lado todas las razones que tenía para no estar allí, porque fue imposible no dejarme llevar.

Jonas me giró en la cama y mi rostro fue presionado contra el colchón mientras volvía a penetrarme. Sus embestidas le hacían dar palmadas contra mi culo y sus manos tomaron las mías, dejándome aún más atada contra la cama.

Con cada contracción de mi interior, sentía que estaba más cerca de llegar al clímax otra vez.

—¡Ah! —Mi gemido salió apagado contra la sábana, mientras él aumentaba el ritmo.

Sus dedos apretaron los míos y su cuerpo se tensó cuando me di cuenta de que estaba eyaculando.

Me froté contra él hasta recibir todo su semen, mi orgasmo estaba tan cerca que no podía detenerse ahí.

Ojalá fuera posible no sentir nada.



Jonas BENNET

Capítulo 41

Ella seguía debajo de mí, con ese culo perfecto encajado en mi cuerpo mientras ambos nos recuperábamos del orgasmo. Había sido incluso mejor que la vez anterior, probablemente porque ella terminó relajándose más, y yo también.

Me reí para mí mismo al pensar que este método era mucho mejor que una inseminación artificial. Ni siquiera me refería a los costos, claro.

Keyla empezó a moverse, como si quisiera que me apartara de encima de ella.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Tengo que irme —dijo.

—Sabes que no tienes que irte así —respondí.

—Sí, sí tengo —insistió.

—Nuestro cena sigue esperando, aunque ya debe estar fría —dije, tratando de hacerla quedarse.

—No tengo hambre. —Su estómago rugió justo después, delatándola—. Tal vez solo un poco —admitió.

—Quédate y come, por favor. No querrás que tiren la comida —le sugerí.

—Está bien… —respondió ella.

—¡Genial! —dije, con una sonrisa, contento por haberla convencido.

—Primero déjame ir al baño —me pidió. Me empujó y terminé cayendo al otro lado de la cama. Antes de que pudiera girarme para mirarla, Keyla ya se había encerrado en el baño.

Yo también me levanté y me puse de nuevo mi bóxer gris.

Pasaron casi treinta minutos hasta que ella salió envuelta en una de las batas del hotel, con las mejillas sonrojadas.

—¿Qué hay para cenar? —preguntó.

—Comida árabe

—Menos mal —dijo ella, aliviada.

—¿Por qué?

—El tabulé no necesita estar caliente —me explicó.

—Tienes razón. —Sonreí.

Esperé a que se sentara antes de acomodarme en la otra silla.

—¿Cómo está Mía? —inicié la conversación, pero la expresión que Keyla puso me indicó que tal vez hubiera sido mejor quedarme callado.

—Igual

—Eso es bueno

—¿Por qué lo sería? —Su tono se volvió más áspero.

—Significa que no está empeorando, lo cual también puede considerarse una buena noticia

—Pensando desde ese punto de vista… —respondió, suavizando un poco su tono.

—En un año estará bien —dije, con seguridad, aunque no podía hacer promesas.

—Eso es lo que más quiero —admitió ella.

Me incliné sobre la mesa y tomé su mano, lo que hizo que Keyla abriera los ojos, sorprendida. No esperaba mi contacto, pero no retiró la mano tan rápido como imaginé.

—Va a salir bien. Pronto estarás embarazada —le dije, tratando de darle un poco de esperanza.

—Como si te importara. —Retiró su mano con fuerza.

—Antes no me importaba, pero ahora… —respondí, con la mirada fija en ella.

—Solo falta que digas que un rayo te cayó en la cabeza y te hizo cambiar de idea —dijo, con sarcasmo.

—Puede ser…

—Solo come, Jonas —me pidió, dejando el tema de lado.

Corté un trozo de pan árabe y lo abrí para llenarlo con tabulé y crema agria.

Después de todo lo que Keyla había pasado, no parecía dispuesta a dar marcha atrás, pero tenía que admitir que era lo mínimo que merecía. No había sido un simple error, mi equivocación con ella era irreparable.

Ni intenté convencerla de que se quedara el resto de la noche, pero le ofrecí llevarla a su casa, lo cual rechazó. Dijo que su coche no estaba muy lejos. Lo único que conseguí fue acompañarla hasta su vehículo.

Luego volví solo al mío y también me dirigí a casa.



Keyla
BAKER

Capítulo 42

Las dos semanas siguientes a mi segundo intento de quedar embarazada fueron aún más angustiosas que la primera vez. Quería que funcionara y no tener que intentarlo de nuevo, aunque Jonas había dicho que pagaría la inseminación artificial. Sabía que no debía confiar en él y no estaba convencida de que él no quisiera solo aprovecharse de mí.

Recibí algunos mensajes de él durante ese tiempo, pero respondí de manera vaga o ni siquiera respondí. Dejar que se convirtiera en un hábito parecía algo que solo me haría daño.

Jonas ya me había ilusionado una vez y no iba a caer en la misma trampa.

Esa mañana, desperté mirando la aplicación de control menstrual. Era el día previsto para que me bajara y sentía que mi corazón estaba a punto de salir por mi boca. Veía la situación como un vaso medio vacío y, ante cada mínimo malestar, pensaba que era ella.

Fui al baño a prepararme para el día. El apartamento estaba en silencio, señal de que Mía aún no se había despertado. Le había prometido que iríamos a caminar por Central Park. El lugar abierto y fresco le haría bien para su salud.

Sentada en el inodoro, me quedé mirando el forro de mi ropa interior. Estaba seca, sin ningún signo rojo. Era una buena noticia, pero aún tenía todo el día por delante. Al final, me puse una toalla íntima, me cepillé los dientes, me puse protector solar y me cambié de ropa.

Cuando salí del cuarto, me sorprendió ver a Mía sentada en el sofá, mirando su celular.

—¿Ya estás despierta?

—Hace un rato

—¿Qué estás haciendo? —dije, mientras daba la vuelta a la mesa de centro y me sentaba junto a ella.

—Viendo unas fotos. —Se encogió de hombros.

—¿De quién?

—De la gente de la universidad. De una fiesta que hubo ayer. —Noté su tono molesto al hablar, aunque intentaba disimularlo.

Mía ya no era una niña y había superado la etapa en que llorar resolvía sus problemas.

—Cuando te cures, podrás volver a las fiestas

—Sí…

—¡Ey! —La tomé del brazo y la hice mirarme—. No va a tardar mucho.

—Con suerte, en unos años —dijo, con sarcasmo.

—No es tan así...

—¿Qué sabes tú que yo no sé, mamá? —Me miró fijamente.

—Nada.

—A veces no es lo que parece.

—Solo intento ser optimista.

—Hummm...

—Vamos a comer y luego vamos al parque.

—Quiero fresas.

—Creo que aún quedan algunas en la nevera —comenté, mientras iba detrás de ella.

—Sí.

Después del desayuno, tardó casi una hora en arreglarse para que pudiéramos salir. Aunque estaba enferma, no dejaba de maquillarse ni de intentar sentirse bonita. Yo no tenía tanta vanidad, pero sin duda fue algo que aprendió de Nolan.



Jonas BENNET

Capítulo 43

—Señor Bennet... ¡Bennet!

—Ah, ¡hola! —dije, parpadeando al voltear hacia la dirección de la voz. Me tomó unos instantes darme cuenta de dónde estaba. No era la habitación de hotel donde me había encontrado con Keyla la última vez y no veía ninguna señal de ella en los rostros de los hombres de traje que me miraban como si hubiera algo raro en mí.

—Preguntaron por el presupuesto —murmuró mi secretaria a mi lado.

—Aún lo estoy analizando —dije, sin recordar siquiera si había abierto el archivo.

—Ya hace una semana que lo envié —rezongó el encargado de los planes.

—El presupuesto es algo que debo revisar con mucha atención.

—Tiene razón. —Asintió al final.

Admito que estaba muy distraído esos días, no podía dejar de pensar en Keyla y en la posibilidad de que estuviera embarazada, además de cómo estaba Mía. Nunca me había obsesionado tanto con reportajes de sitios de chismes, pero la oficina de Nolan estaba

haciendo un buen trabajo manteniéndola protegida de las habladurías.

Yo enviaba mensajes a Keyla, que respondía con una o dos palabras, si es que respondía.

Quería más que eso y no poder exigirlo era una mierda.

—Entonces, el proyecto del edificio en Brooklyn... —volvió a decir el ingeniero, exigiendo mi atención.

—¿Cuál es el cronograma de inicio de las obras? —pregunté, sin pensarlo.

—En cuanto se apruebe el presupuesto, la previsión para la llegada de la primera carga de materiales es en un mes. Luego, comenzaremos la construcción.

—¡Perfecto! Tendrán mi aprobación del presupuesto antes de que termine la tarde para que sigan adelante.

—Perfecto, señor Bennet.

Confieso que estaba lejos de ser el mejor jefe y el más comprometido, pero no podía concentrarme en nada que no fuera la situación con Keyla y Mía.

No me enorgullecía de eso, pero me estaba convirtiendo en un fantasma vagando por la empresa.

—Señor, ¿está todo bien? —preguntó mi secretaria, mientras caminaba a mi lado cuando terminó la reunión.

—¿Por qué no iba a estarlo? —respondí, desentendiéndome.

—Nunca lo vi tan distraído.

—Debe ser solo tu impresión.

—Sí, debe ser —respondió, sabiendo que no era así.

—Ayúdame a encontrar ese presupuesto, no sé dónde lo dejé.

—Había dejado una copia impresa en su mesa, pero puedo hacer otra.

—Entonces, hazlo.

—Sí, señor.

Volví a mi oficina, hundiéndome en la silla. Inspiré profundamente mientras apoyaba mis manos sobre el escritorio de madera.

Miraba hacia atrás, intentando encontrar el camino de regreso al hombre frío y centrado solo en los negocios que solía ser, pero parecía imposible encontrarlo.

Estoy perdido...

Ya no sabía cómo ser el hombre que era, lo peor era que, aunque intentaba ser diferente, sentía que estaba haciendo todo mal.

Ya había superado situaciones difíciles, especialmente cuando salí del orfanato y tuve que valerme solo en las calles del Queens,

pero en ese entonces solo pensaba en mí.

Era mucho más fácil cuando la opinión de los demás no importaba y mis propios intereses estaban por encima de todo. No tenía que lidiar con el hecho de querer acercarme a alguien y que esa persona se alejara.

—Firmaste un contrato —dije, en voz alta, recordando que había puesto por escrito que no me importaría Keyla ni el hijo que tendríamos.

—¿Qué contrato, señor? —murmuró mi secretaria, al entrar en mi oficina con los documentos impresos que había solicitado.

—No, nada... —Desvié la conversación.

—¿Necesita algo más?

—No, puedes irte.

Asintió, dejándome solo nuevamente.

Saqué los documentos, esforzándome por concentrarme, porque era importante.



Keyla
BAKER

Capítulo 44

—¡Espera! —dijo Mía, levantando la mano y dando algunos pasos hacia un lado, acomodándose en uno de los bancos de hierro del parque.

—¿Qué pasa? —Me detuve frente a ella, analizándola con cuidado, buscando qué podría estar mal.

—Estoy cansada. —Se inclinó hacia adelante, apoyando las manos en las rodillas mientras respiraba profundamente.

—Vamos a esperar aquí. —Me senté a su lado.

—Odio sentirme como una vieja.

—No eres una vieja.

—Pero me estoy comportando como una —bufó, molesta—. No puedo ni caminar unos minutos sin sentirme agotada.

—Te vas a recuperar.

—Sí...

—¡Ey! —Coloqué mi mano sobre la suya—. En serio.

—¡¿Qué pasa, mamá?! —Me miró, con sus ojos llenos de interrogante—. Ni tú te lo crees.

—Sí, lo creo. Todo va a estar bien.

—¿Qué sabes tú que yo no sé? —Me buscó con la mirada, una gran interrogación llenaba sus ojos.

—Nada.

Mía se recostó en el banco y volvió a mirar al vacío. Tal vez observando los patos nadando en el lago.

Había muchos otros jóvenes en el Central Park en ese momento, corriendo, paseando perros o simplemente conversando con amigos. Eran alegres, llenos de vida, exactamente lo que yo deseaba que Mía volviera a ser.

—¡Vámonos! —Se levantó.

—¿Ya?

—Tengo hambre, y apuesto a que el médico no aprobaría un pretzel o un hot dog.

—Podemos comprar un vaso de ensalada de frutas.

—No. —Hizo una mueca.

—Está bien, volvamos a casa. —Puse mi mano en su espalda y la conduje hasta donde había estacionado mi coche.

Cuando llegamos, Mía se tiró en el sofá y yo fui a preparar algo para comer.

Durante todo el día me había distraído por completo y se me olvidó la posibilidad de que podría estar menstruando. Solo lo recordé cuando me metí a la ducha y vi el pañal higiénico seco.

¡Nada! Ni el más mínimo signo de sangre.

Mi corazón se aceleró, y mi mente me dijo que podría ser por estrés o ansiedad. Probablemente una combinación de las dos.

O quizás por...

Existía la posibilidad de que estuviera embarazada, y eso hizo que mi pulso se acelerara aún más.

Me duché rápidamente, me cambié y encontré a Mía cambiando de canal en la televisión.

—¿Puedes quedarte aquí sola unos minutos?

—¿A dónde vas? —Se giró hacia mí, levantando las cejas.

—A la farmacia. Necesito un analgésico, me está matando la cabeza —mentí.

—No voy a ir a ningún lado. —Sacudió el control remoto.

Tomé las llaves y mi cartera antes de caminar hasta la farmacia más cercana, que estaba a dos cuadras de mi departamento.

Había una gran variedad de pruebas de embarazo, con diferentes marcas y modelos. Elegí dos, una electrónica y otra convencional. Además, tomé un analgésico cualquiera para usarlo como coartada si Mía me preguntaba.

Volví al departamento y ella estaba somnolienta en el sofá. Se levantó para irse a dormir cuando me vio.

—Ya llegaste. ¡Qué bueno! Buenas noches, mamá.

—Buenas noches, querida.

Cuando se fue a su cuarto, volví a encerrarme en el baño. Dejé las cajas sobre la mesa del lavabo y leí las instrucciones de la primera.

Decía que funcionaba en cualquier momento del día, desde el primer día de atraso. Solo bastaba con colocarla bajo el chorro de orina y esperar.

Juro que me quedé sin respirar durante uno o dos minutos mientras la ampolla giraba en la pantalla electrónica.

Cuando la palabra "embarazada" apareció en la pantalla del test, grité.

Instantes después, Mía tocó la puerta del baño.

—Mamá, ¿qué pasó?

—Me asustó una araña —dije la primera mentira que se me ocurrió.

—¿Todo bien?

—Sí. No pasa nada, es inofensiva.

—Está bien.

Volví mi atención al test cuando escuché que los pasos de Mía indicaban que se alejaba de la puerta.

Mis manos temblaban, mis piernas también, no podía creer que realmente hubiera quedado embarazada.

Abrí el segundo test y lo hice, obteniendo una segunda línea rosa que me dejó en éxtasis.

Puse las manos sobre mi barriga y una enorme sonrisa se dibujó en mi rostro. Hace veinte años, cuando quedé embarazada de Mía, todo lo que sentía era desesperación y abandono, pero este segundo embarazo era completamente diferente y me hacía querer salir corriendo a saltar.

En menos de un año, ese bebé nacería para devolverle a Mía todas las razones para vivir. Además, tendría la oportunidad de ser la madre que no fui para ella.

Ese bebé era la mejor noticia que podía recibir y solo quería celebrarlo. Sin embargo, después de que pasó el éxtasis, comencé a calmarme y me di cuenta de que lo mejor sería ir con tranquilidad. Antes de darle la noticia a Mía, debía estar segura de que realmente estaba embarazada. Levantar falsas esperanzas y luego arrebatarle eso sería terrible.

Ese test positivo ya era la señal de que buenas noticias llegarían pronto.



Jonas BENNET

Capítulo 45

Con mi cabeza muy lejos de los negocios, estaba saliendo de la constructora mucho más tarde de lo habitual, ya que mi ritmo había disminuido y me esforzaba para poder con todo.

Pensar en ir detrás de Keyla tampoco ayudaba. Quería ir a verla, saber cómo estaba, porque todo lo que recibía de ella eran emoticones y frases vacías.

Si no hubiéramos firmado ese contrato...

¿A quién intentaba engañar? No había otra razón por la que ella aceptara más que por el contrato.

Debería alejarme, esperar a que ella viniera hacia mí si queríamos intentarlo de nuevo.

Sabía que dejarlo ir significaba que realmente no formaría parte de la vida de ese niño, al igual que no lo hice con Mía.

Me giré en la cama al recordar la expresión en el rostro de mi hija cuando me vio el día que fui al apartamento de Keyla. Ella tenía todos los motivos del mundo para odiarme, sin embargo, darme cuenta de eso me molestó aún más.

Me senté en el colchón y tomé el celular. Diez de la noche. ¿Por qué demonios pensé que podría dormir más temprano y dejar

de pensar? Fue una tontería, y no funcionó.

Antes de convencerme de no hacerlo, ya le había enviado un mensaje a Keyla.

Jonas:

¿Está todo bien?

Keyla:

Sí.

Ya debería haberme acostumbrado a las palabras simples y cortas que ella me daba, pero aún guardaba la esperanza de que la situación cambiara y ella empezara a abrirse más conmigo.

Jonas:

¿Ya estás dormida?

Keyla:

Si lo estuviera, no te habría respondido.

Jonas:

Perdón. Fue una pregunta tonta.

Keyla:

Menos mal que lo admites.

Jonas:

Estoy aprendiendo a reconocerlo.

Keyla:

Más vale tarde que nunca.

Jonas:

Sé que cometí muchos errores contigo.

Keyla:

Menos mal que lo reconoces.

Jonas:

Es algo que quiero dejar en el pasado.

Keyla:

¿Por qué te importa?

Jonas:

Porque eres importante para mí.

Keyla:

Parece que no.

Jonas:

Sé que no tienes razones para creerme, pero las cosas han cambiado.

Keyla:

Tienes toda la razón. No tengo razones y ni siquiera quiero creer en ti.

Jonas:

Lo imaginé.

Keyla:

Entonces, recuérdalo. No necesitamos vernos ni hablar más.

Me quedé mirando ese mensaje y, aunque Keyla me detestara, ella había venido detrás de mí por alguna razón.

Jonas:

¿Quieres decir que estás embarazada?

Me quedé mirando el celular, revolviéndome impaciente hasta que no pude esperar más. Llamé, esperando que me atendiera, pero la llamada fue directo a buzón de voz.

—Keyla, contéstame —murmuré, en tono suplicante, dejando ese mensaje que sonaba más a un grito desesperado.

¿A qué punto había llegado?

Jonas:

Por favor, atiende.

Keyla:

No puedo hablar contigo ahora.

Jonas:

¿Por qué no?

Keyla:

Mía puede escuchar y no sabe que estamos hablando.

Jonas:

Entiendo.

Entonces, respóndeme, ¿estás embarazada?

No envió otro mensaje de inmediato, pero recibí uno justo cuando estaba por llamar de nuevo.

Keyla:

El test de farmacia dio positivo, pero igualmente me voy a hacer un análisis de sangre para confirmar.

Jonas:

¡Qué maravilla!

Me sorprendí al darme cuenta de que realmente me había alegrado por la noticia. Fue genial saber que había funcionado, que Mía tendría una oportunidad de recuperación muy pronto. El problema era que Keyla ya no tenía razones para quedarse cerca de mí y yo me sentía aún más atrapado por la angustia.

Jonas:

Todavía sabemos cómo hacerlo. Jajaja.

Keyla:

Parece que sí.

Afortunadamente no tenemos que vernos más.

Jonas:

¿Y si quiero verte?

Keyla:

Después de todos estos años, seguiste con tu vida muy bien sin volver a aparecer. Estoy segura de que regresarás

fácilmente a donde estabas antes.

Jonas:

Ya te dije que no soy el mismo hombre.

Keyla:

No me importa.

Si esperas que te agradezca por haberme ayudado, gracias, pero eso es todo. Quédate con tu vida que yo seguiré con la mía.

Jonas:

Puedo ayudarte.

Keyla:

No sé en qué y no quiero averiguarlo.

Eso es todo, Jonas.

Jonas:

¡Espera!

Keyla:

Buenas noches.

No quería hablar conmigo y seguir insistiendo no parecía la mejor opción en ese momento, pero estaba seguro de que no podría

dormir esa noche, pensando en cómo podría acercarme a ella nuevamente.

Aunque quería hacer las cosas diferentes, tenía que admitir que los errores que había cometido con ella podían ser imperdonables. Aun así, estaba dispuesto a seguir intentándolo hasta descubrir qué precio tenía que pagar para tenerla de vuelta.

Fue como si un rayo hubiera caído sobre mi cabeza cuando me di cuenta de lo que realmente deseaba: *tener a Keyla de vuelta.*



Keyla
BAKER

Capítulo 46

Mientras Mía estaba en el hospital, haciéndose un seguimiento de su estado, aproveché para escaparme al laboratorio y hacerme un examen de sangre. Aunque las pruebas de farmacia eran confiables, quería estar completamente segura de que realmente estaba embarazada antes de decírselo a Mía.

Estaba en el pasillo, sentada en una de las sillas de espera, cuando una enfermera se acercó. Me llamó por mi nombre, me llevó a una sala de extracción y me sacó un poco de sangre.

—Señorita Baker, en unas horas el resultado debería estar disponible en el sitio web del hospital.

—Gracias.

—De nada.

Ella siguió en una dirección, pasando por una puerta de acceso restringido, y yo me dirigí hacia otra, tomando el ascensor para regresar a la planta donde estaba Mía.

—¿A dónde fuiste? —Me miró con una expresión seria.

—Fui para abajo, a preguntar una cosa.

—¿Qué cosa?

—Fui a reservar una consulta médica para mí —intenté disimular, pero ya estaba metiendo la pata y Mía era muy lista.

—¿Consulta médica? —Frunció el ceño, desconfiada.

—¿Ya terminaste aquí?

—Ya. Vamos.

Asentí, siguiéndola hasta el ascensor.

Presionamos el botón, y tan pronto como esperábamos que llegara, ella volvió a mirarme.

—¿Hay algo mal contigo?

—No...

—¿Cómo no? —Se enojó—. Ayer saliste a comprar un analgésico y ahora estás pidiendo consulta con un médico. Nadie que esté bien actúa así.

—No tienes que preocuparte —dije, mientras entrábamos al ascensor.

—No soy una niña. Puedes contarme la verdad.

—Solo es un dolor de cabeza.

—El tío Philip entiende de cabezas, deberíamos llamarlo.

—No es necesario.

—Mamá... —entrecerró los ojos, con una expresión seria.

—Ok. Hablaremos con él más tarde —cedí. Para entonces tendría el resultado de la prueba y podría decirle la verdad.

—Perfecto.

De regreso a casa, paramos en un restaurante para almorzar, pero no fue una buena idea, porque había algunos fotógrafos que no paraban de intentar sacar fotos de Mía. Aunque la oficina de prensa de Nolan estaba haciendo un buen trabajo, no pudieron protegerla para siempre, y la noticia de su enfermedad ya había comenzado a filtrarse. Los medios eran unos verdaderos buitres que no supieron respetar un momento tan delicado.

Afortunadamente, aún no sabían que ella era mi hija y no la de Nolan. Eso sería un escándalo enorme para la carrera de mi hermano, sin contar la exposición aún mayor que le daría a Mía. Él fue quien la crió, él era su padre, independientemente de lo que dijera el ADN.

Volvimos a mi apartamento y ella se desplomó en el sofá, exhausta.

—Por eso amo California —dijo, dejando escapar un suspiro.

—¿A qué te refieres? —Levanté las cejas, sin entender.

—Allí soy solo Mía, no la hija del gobernador.

—Antes te gustaba ser famosa.

—Hay momentos en que es un asco. —Tomó una almohada y la abrazó.

—Me imagino.

Nos quedamos mirándonos hasta que recordé el examen y la curiosidad me devoró.

—Voy a ver algo en mi computadora —dije, yendo a mi habitación por el portátil.

Entré al cuarto y abrí la computadora sobre la cama, entrando al sitio del hospital y buscando la sección de resultados de exámenes.

Mi corazón se detuvo cuando vi el examen de sangre con un texto verde que decía: resultado publicado.

Positivo, por favor...

Hice clic en él y esperé a que se abriera. Pareció una eternidad hasta que apareció el resultado en la pantalla.

POSITIVO

Estaba embarazada, ya no era solo una posibilidad.

—¿Qué es esto? —Mía apareció detrás de mí y me asustó tanto que casi golpeo la cabeza en el techo.

—Mía...

—¿Qué examen es ese?

—Hija... —Me giré para mirarla.

Mía cruzó los brazos y me lanzó una mirada exigente, como si no estuviera dispuesta a aceptar menos que la verdad.

—¿Qué examen es ese? —repitió.

—Una prueba de embarazo.

—¿Tuya?

Asentí.

—¿De cuando estabas embarazada de mí?

—No. De ahora...

—¿Estás embarazada? —Se quedó boquiabierta.

Sonreí.

—No sabía que estabas saliendo con alguien. ¿Quién es el padre? —Ella empezó a procesar la información—. Oh, no, mamá... —Negó con la cabeza.

—Tu hermano te va a curar, Mía.

—¿Te acostaste con ese hijo de puta? —Me miró con indignación, como si yo fuera la joven inexperta en todo esto.

—Fue por una buena razón.

—Mamá... —Dio unos pasos hasta sentarse junto a mí en la cama—. No tenías que haber hecho eso.

—Necesitas el trasplante, Mía.

—Pero tener otro hijo con el mismo idiota que te abandonó...

—Un hermano biológico es tu mejor oportunidad para recuperarte...

—¡Ah, mamá! —Sus ojos se llenaron de lágrimas y me abrazó.

—Todo va a estar bien, Mía. —Devolví su abrazo y nos quedamos así un buen rato hasta que ella se apartó.

—¿Y ahora?

—Vamos a esperar a que nazca el bebé, y el cordón umbilical servirá para tu trasplante.

—No hablo de eso. ¿Y Jonas?

—No tienes que preocuparte por él.

—¿Cómo que no? No va a formar parte de la vida de mi hermano o hermana.

—No.

—¿Por qué no quiere?

—Solo necesitaba salvarte, Mía. Firmamos un contrato en el que él no tendría que asumir ninguna responsabilidad.

—¿Contrato? ¡Qué absurdo! Es peor de lo que imaginaba.

—Solo fue un acuerdo para salvarte, hija.

—Pero hay un bebé involucrado. No puede ser que sea tan imbécil.

—Deja eso atrás.

—¿Y tú cómo puedes dejar eso atrás?

—Pensando en ti.

—Ay, mamá… —suspiró, llevándose las manos al rostro—. Yo tuve a Nolan como mi padre, pero… ¿qué va a pasar con mi hermanito? ¿Quién va a estar para él en el rol de padre?

—Nos tendrá a nosotros. —Inflé el pecho, esforzándome por parecer lo más confiada posible—. Lo mínimo que puedes hacer por él es darle mucho amor.

—Puedes contar conmigo.

La atraje hacia mí, le di un beso en la mejilla y la abracé fuertemente.

—¡Ay, mamá!

Reí, aflojando los brazos.



Jonas BENNET

Capítulo 47

Llegué a la constructora por la mañana, bostezando y frotándome los ojos. Estaba muerto de sueño, pero no lograba dormir. Las noches en vela, dando vueltas de un lado a otro en la cama, eran las peores que había enfrentado en mucho tiempo. Lo peor de todo es que no sabía qué hacer.

—Buenos días, señor Bennet —me saludó mi secretaria, cuando pasé frente a su escritorio.

—Buenos días. —Bostecé.

—¿Necesita café?

—Negro y fuerte.

—Le haré traer uno.

—¡Perfecto!

Di algunos pasos más y, cuando tomé la puerta de mi oficina, ella volvió a llamarme.

—Señor.

—¿Qué pasa?

—¿Está todo bien? Se lo ve extraño, disperso y cansado. No recuerdo haberlo visto así ni siquiera cuando la señora Bennet falleció.

—Tengo algunos asuntos personales que resolver.

—¿Puedo hacer algo para ayudar?

—No.

—Si puedo...

—Te agradezco —interrumpí, seco—. Revisa mis compromisos para el día y agenda una reunión con el equipo financiero.

—Sí, señor.

Abrí la puerta y entré en la oficina.

Siempre había sido un hombre enfocado en los negocios, que no dejaba que su vida personal me interfiriera. No quería que esa imagen cambiara, pero la situación parecía estar fuera de control.

—Estoy perdido —admití, mientras me sentaba frente a mi computadora y la encendía para comenzar el día.

No podía negar que la culpa de todo lo que estaba pasando era completamente mía. Si no hubiera dejado a Keyla en el pasado, no estaríamos en esta situación. Sin embargo, en ese entonces, era un hombre muy diferente; no pensaba que mi corazón fuera algo importante. Tuve que darme cuenta de que el dinero sin las personas es un vacío.

—¡Voy a entrar! —Escuché un grito desde el pasillo.

—Señorita, no puede pasar así. —Mi secretaria intentó detenerla, pero de inmediato la puerta de mi oficina se abrió de

golpe.

—¡¿Mía?! —Me levanté sobresaltado al ver a la chica.

Llevaba el pelo rubio revoltoso y sus ojos claros parecían azules o verdes, según la luz.

¡Mierda, se parece tanto a mí!

—Señor Bennet... —Sin saber qué hacer, mi secretaria apareció detrás de ella—. Perdón, no pude impedir que entrara.

—Está bien, Maristela.

—Pero...

—Déjanos a solas. —Hice un gesto para que saliera.

Sin entender nada, mi secretaria retrocedió, cerrando la puerta y dejándonos a mi hija y a mí a solas en la oficina.

Mía bufó y me di cuenta de que su respiración estaba descompasada.

—¿Estás bien?

—He estado mejor.

—Lo siento mucho por lo que estás pasando...

—¡No sientas nada! —explotó, sorprendiéndome.

—Mía...

—No eres más que un cretino egoísta. Menos mal que no eres mi padre.

—El Nolan que yo recuerdo no era un ejemplo de altruismo —dije, sabiendo que quizás era un error, pero las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas.

Mia apretó los dientes, señal de que la había enfadado aún más.

—Al menos él no me abandonó.

—Sin duda eso lo hace un hombre mejor que yo... —Tuve que admitirlo.

—No creas que vas a hacer eso de nuevo.

—¿De nuevo? —Fruncí el ceño, sin entender lo que estaba diciendo.

—Lo de abandonar a mi madre embarazada.

—No estoy abandonando a nadie.

—Eres un hijo de puta —bufó.

—Ella solo quería al bebé para salvarte.

—¿Crees que este niño no va a necesitar un padre? ¿No estuviste ahí para mí y ahora vas a desaparecer también?

—Firmamos un contrato.

—Bonita forma de lavarte las manos. —Cruzó los brazos.

—No estoy haciendo eso, hi... muchacha —corregí rápidamente, antes de soltar la palabra "hija", que solo la pondría más furiosa.

—¿Ah, no? ¿Qué crees que estás haciendo entonces? ¿Solo dejándola ahí?

—Tu madre no quiere que me involucre.

—Es fácil echarle la culpa a ella después de todo.

—¡No le estoy echando la culpa! —Fue mi turno de levantar la voz.

—Entonces, ¿qué estás haciendo?

—No sé... —admití, bajando la mirada—. Realmente no sé.

—¿Cómo que no sabes?

Dije la respuesta equivocada, porque solo la hizo enojarse más.

—He hecho todo mal con tu madre desde el momento en que empecé a involucrarme con ella. Ahora, aunque intente corregirlo, parece que solo empeoro las cosas.

—¿Intentas corregirlo? —Casi se rió—. ¡Habla en serio!

—Lo digo en serio.

Sacudió la cabeza, evidenciando que no me creía.

—Eres un pésimo mentiroso, Jonas.

—Puedes no creerme, Mía, pero sé que he fallado contigo. No estuve en tu vida y mi ausencia será irreparable. Ya entendí que no hay nada que pueda hacer, así que tendré que vivir con eso.

—Claro que sí hay algo que puedes hacer. A no ser que todo esto sea solo para salir del paso, como siempre.

—Estoy diciendo la verdad —reafirmé—. ¿Qué quieres que haga para cambiar las cosas?

—Puedes empezar siendo un padre.

—Sé que tú...

—¡No mi padre, idiota! —Me interrumpió con firmeza. La personalidad de ella era más parecida a la de Keyla de lo que hubiera imaginado.

¿Idiota?

Me molesté y me sentí algo ofendido, pero no tenía ningún derecho a corregirla.

—Tienes que ser el padre del bebé.

—Pero Keyla dijo que no me quiere cerca.

—Está enojada, como cualquier mujer del universo estaría. Fuiste un imbécil con ella y parece que sigues siéndolo.

—¿Viniste aquí solo para insultarme? —Fue mi turno de mostrar mi enojo.

—Puedo insultarte con todas las palabrotas que conozco y aún me quedaría corta.

—Mía...

—Si realmente quieres hacer las cosas de otra forma, será mejor que empieces a actuar, en lugar de quedarte aquí sentado en esta oficina elegante esperando que mi madre te perdone.

—¿Crees que hay alguna posibilidad de que me perdone?

—Yo no te perdonaría. —Se encogió de hombros.

—Entonces, ¿por qué crees que puedo hacer algo?

—Mi hermano o hermana aún no ha nacido. Lo que significa que, en algún lugar de este mundo, alguien aún puede no verte como un completo imbécil.

—Parece que has aprendido mucho de Nolan.

Mía era buena con los argumentos y sabía cómo convencer a la gente, como solo el gobernador lograba. No fue casualidad que Nolan se destacara tanto en la política.

—No tienes idea de cuánto. —Sonrió satisfecha.

—Veré qué puedo hacer.

—No veas, ¡hazlo! —gruñó.

Su celular empezó a sonar y lo sacó de su bolso, respondiendo rápidamente.

—Hola, Nilzi... —Hizo una mueca, demostrando que no era la mayor fan de la joven esposa de Nolan—. Estoy bien... Sí, tranquila... Sé que ya era hora de llegar, solo le pedí al chofer que hiciera un pequeño desvío. Sí, ya voy. —Colgó y volvió a mirarme.

—¿No le avisaste a nadie que vendrías aquí?

—No lo aprobarían, pero tú tenías que escuchar algunas verdades.

—Tienes razón, voy a ser para tu hermano el padre que no fui para ti.

—Puede que sea una hermana.

—No importa el sexo.

—Espero que no estés hablando solo por hablar, señor Bennet.

—Sé que no tienes razones para creer en mí, pero quiero hacer las cosas de otra forma esta vez.

—¡Entonces empieza a actuar!

Asentí con la cabeza.

Se dio la vuelta, sin preocuparse por despedirse adecuadamente de mí.

—Nos vemos, Mía —murmuré, sin recibir respuesta.

Admito que me sentí horrible por la forma en que me trató, la manera en que habló y actuó. Sin embargo, ¿qué esperaba? Después de abandonarla y ser un extraño por veinte años, dejándola ser criada por otro hombre, no tenía derecho a exigir nada.

Pero puedo ser el padre de ese bebé...

Mi relación con Mía era irreparable, lo que ella había construido con Nolan siempre sería más grande que cualquier cosa que pudiéramos tener, pero podría estar allí desde el principio con el otro hijo que Keyla y yo tendríamos.

Mía tenía razón, si quería cambiar la situación, tenía que demostrar que realmente estaba dispuesto. Y Keyla era la persona a la que tenía que convencer.



Keyla
BAKER

Capítulo 48

Mía se fue a la casa del gobernador para estar con Nilzi y Brian, y yo aproveché el día mostrando casas y apartamentos a casi diez parejas. Esperaba cerrar al menos dos ventas, porque pronto tendría que empezar a comprar ropita para bebé.

Todavía era increíble pensar que estaba embarazada. Después de lo que había pasado con Mía, no planeaba tener otro hijo, no me parecía justo para ella. La había dejado que otras personas la criaran y, ¿cómo iba a tener otro niño sin fingir que eso no importaba?

Estaba segura de que sería un peso y una culpa que cargaría por el resto de mi vida. No significaba que lo hubiera superado, pero con Mía sabiendo la verdad y ese bebé viniendo para salvarla, la situación cambiaba de rumbo.

Mía recuperaría su vida, disfrutaría de toda la vida de una joven adulta y yo podría criar a mi bebé, viviendo cada fase que solo había podido observar desde lejos sin intervenir. Amelia se había asegurado de que no cambiara de idea y después de que ella murió, ya era demasiado tarde.

Estaba regresando a mi apartamento, relativamente distraída, cuando giré el auto para entrar al garaje y Jonas se cruzó en mi camino.

Pisé el freno y toqué la bocina.

—¡¿Estás loco?! —grité, mientras me recuperaba del susto.

—Keyla. —Recorrió el capó de mi auto con la mano y se acercó a mi ventana.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo?

—Necesito hablar contigo.

—No tengo nada que hablar contigo.

—Por favor...

—Si te pones enfrente de mi auto otra vez, te atropellaré y luego alegaré legítima defensa —amenacé.

Dio la vuelta y golpeó la puerta del copiloto.

—Déjame entrar.

—No.

—Solo quiero hablar contigo.

Lo miré fijamente hasta que desbloqueé la puerta y dejé que entrara, aunque estaba segura de que luego me iba a arrepentir.

Jonas se acomodó en el asiento del copiloto y yo conduje hasta mi lugar en el garaje.

—¿Cómo te sientes?

—Recuperándome del susto de casi atropellarte.

—Perdón. No contestas mis llamadas y pensé que no me dejarías subir a tu apartamento.

—¿Por eso se te ocurrió la brillante idea de suicidarte?

—Admito que no fue mi mejor plan, pero funcionó, aquí estamos, conversando.

—No entiendo por qué querrías eso. —Apagué el auto y me giré hacia él—. Ya estoy embarazada, puedes desaparecer y hacer lo que quieras con tu vida.

—Es justamente sobre eso de lo que quiero hablar.

—No necesitas avisarme que te vas a ir, solo vete —gruñí, molesta. Tener a ese hombre frente a mí desestabilizaba todo mi equilibrio y desalineaba todos mis chakras—. Si no fueras la mejor opción para ayudar a Mía, nunca te habría buscado.

Suspiró profundamente y estiró la mano para tocar la mía.

—Menos mal que me buscaste.

—Ya no hace falta. —Retiré mi mano con un movimiento rápido.

—¿Qué?

—No es necesario venir con esa historia de que ahora te importa.

—Sí me importa.

—¡Mentiroso! —exploté, furiosa.

Una cosa era que dijera eso por mensajes, pero en persona tenía un impacto mucho más grande y probablemente ese cabrón lo sabía.

Jonas ya me había lastimado demasiado como para permitirle acercarse tanto a mi corazón otra vez.

Metió la mano en el bolsillo y sacó un papel doblado.

—¿Qué es eso? —Apreté los ojos, poniéndome aún más desconfiada.

—El contrato. —Lo levantó a la altura de mis ojos y lo rompió por la mitad, luego en dos más, hasta que el documento quedó hecho pedazos.

—¡Te has vuelto loco!

—Firmar eso fue un error —murmuró.

—Sabes que todavía tengo mi copia, ¿verdad?

—También deberías deshacerte de la tuya. —La forma en que me miró me hizo pensar que quizás estaba diciendo la verdad.

—¡No!

—Keyla... —Intentó tomar mi mano de nuevo, pero me aparté antes de que pudiera. Su contacto aún provocaba efectos en mí que no sabía cómo manejar.

—No me toques.

—Sé que tienes todos los motivos del mundo para odiarme.

—Pues parece que no. Si fuera así, jamás te habría aparecido.

—Si me fuera, estaría repitiendo el mismo error.

—Como si te importara. —Desvié el rostro.

—Sí me importa. —Jonas me sujetó del mentón y me obligó a mirarlo.

—¡Mentiroso! —Apreté los dientes.

—No fui un padre para Mía, pero tengo la oportunidad de serlo para este bebé. —Extendió la mano y tocó mi panza y no tuve espacio para escapar de él.

Mis ojos se llenaron de lágrimas y no pude controlarme, comenzando a llorar desconsoladamente.

—¡Keyla!

—¡La culpa es tuya! ¡Es toda tuya! —grité, sin pensar en nada más, dejando salir todo el dolor que se acumulaba en mi pecho.

—Lo sé...

—¡No sabes nada! Si no confío en ti, si en realidad nunca he confiado en nadie a lo largo de mi vida, fue por tu culpa. Nunca más volví a tener pareja porque me prometí a mí misma que no pasaría por lo que me hiciste pasar.

Guardó silencio mientras mi llanto se intensificaba, desesperado.

—¡En el momento en que más necesitaba tu cariño, tu cuidado, me abandonaste!

—Fui un idiota.

—Creo que estás muy lejos de describir lo que fuiste para mí. Si tu culpa hoy es real, aún está muy lejos de todo lo que ya sufrí por tu idiotez.

—Keyla...

—Haz un favor para los dos, desaparece de mi vida y jura nunca más mirar mi cara.

—No puedo.

—No solo puedes, ya lo hiciste.

—Ese hombre que era, ya quedó atrás —insistió, con algo de esperanza de convencerme.

—La tonta, ingenua e inmadura también. —Abrí la puerta del auto y salí, dejándolo allí dentro, con la esperanza de acabar con ese tema, pero Jonas vino tras de mí.

—Cometí muchos errores contigo. —Agarró mi muñeca, obligándome a volver a mirarlo.

—Entonces recuerda eso y déjame en paz.

—Es solo otro motivo para no repetir la historia.

—No soy tonta, solo lo dices para que yo te crea.

—Keyla —sujetó mi rostro con sus manos, impidiéndome escapar de su mirada penetrante, esos ojos claros—, podría irme y nunca más aparecer, ese contrato era suficiente para librarme de cualquier cosa, pero aquí estoy.

—¿Para pisotearme?

—¡No! —Jonas acercó mi rostro al suyo y, cuando me di cuenta, su boca estaba sobre la mía y el beso me envolvió más rápido de lo que pude apartarme. Su saliva se mezcló con mis lágrimas y el sabor amargo del dolor se volvía dulce.

Era más fácil mentirme a mí misma que admitir que, a pesar de todo el daño que ese hombre aún me había causado, sus besos me envolvían y dejaban mis piernas débiles.

Mi mente gritaba desesperada, diciéndome que apenas había pegado mis pedazos y él estaba ahí para romperme de nuevo. Creer que podría ser diferente era el mayor error que podría cometer.

Por otro lado, había un corazón lleno de esperanza, esperando encontrar un final diferente con el hombre que nunca logré olvidar, tener un hijo con él y vivir la familia feliz que siempre soñé.

¡Despierta, Keyla! El grito racional me hizo empujarlo lejos. Corrí, entré al edificio y cerré la puerta de seguridad, huyendo sin mirar atrás.

—¡Keyla! —Escuché a Jonas gritar.

—¡Déjame en paz!

Trataba de ser firme, de luchar contra el sentimiento, pero estaba sangrando por dentro. Sería una mentira decir que lo que siempre había soñado era escuchar esas palabras. Aún soñaba...

Subí los seis pisos de escaleras hasta mi apartamento. Abrí la puerta a toda prisa y me encerré adentro.

Me recosté en la madera, sintiendo mi pecho apretado y las lágrimas seguir cayendo. *¿Cómo podía hacerme esto?*



Jonas BENNET

Capítulo 49

Subí corriendo las escaleras tras ella, pero antes de alcanzarla, Keyla llegó a la puerta de su apartamento y se encerró dentro.

—¡Keyla! —Golpeé la puerta.

Ella no respondió, pero pude escuchar los sollozos de su llanto.

—¡Keyla!

—¡Vete! —gruñó.

—¿Podemos hablar?

—¡No!

—Te lastimé, pero puede ser diferente... —Estaba apoyado en la puerta del lado de afuera, con las manos planas sobre la madera y la cabeza baja, tratando de escuchar los sonidos que venían desde adentro—. Abre la puerta.

Ella no me respondió.

Debería estar preparado para eso, recuperar su confianza podría ser imposible, pero tenía que seguir intentando por el bebé que íbamos a tener, por nosotros.

Los vecinos que pasaban se quedaban mirándome. La vergüenza y el malestar en sus rostros eran mi menor preocupación en ese momento.

Estaba sufriendo y sabía que las cosas empeorarían si no lograba arreglar mi error. Sentí que mis propias lágrimas caían por mi barba de unos días.

—¡Keyla! —Golpeé nuevamente de afuera.

Mi deseo era derribar esa puerta, pero hacerlo solo empeoraría las cosas. Necesitaba que ella confiara en mí hasta el punto de dejarme entrar.

—¿Qué está pasando aquí? —Un vecino de mirada dura se acercó, mirándome con aire desconfiado y de pocos amigos.

—Nada —respondí, cambiando de tema.

—Estás molestando al condominio.

—Mira, amigo...

—Si no te largas, yo mismo te acompaño hasta la puerta. —Su tono dejaba claro que estaba dispuesto a cumplir su amenaza.

—Yo...

—¡Lárgate!

Bufé, golpeando la puerta una última vez, pero Keyla no apareció. No tuve más opción que salir del edificio antes de que el

tipo, que parecía tener la mitad de mi edad pero el doble de mi tamaño, me echara a la fuerza.

Iba a hacer que ella volviera a mí, aunque fuera lo último que hiciera en este mundo.



Keyla
BAKER

Capítulo 50

Mi celular vibró en la bolsa y lo saqué, viendo un mensaje.

Jonas:

Keyla, necesitamos hablar.

Desde que él se tiró frente a mi coche, insistía en este tema, aunque yo había jurado varias veces que nuestra historia no tenía arreglo.

Simplemente borré el mensaje sin responder y guardé el teléfono.

—¿Quién era? —preguntó Mía, sentada a mi lado.

—Solo un mensaje de la operadora —mentí, esforzándome por parecer confiada, porque ella era muy astuta y no quería hablar de eso—. ¿Emocionada por acompañarme a la primera ecografía? —cambié de tema.

—¡Súper!

—Qué bueno tenerte conmigo.

—Tenía que estar aquí. Después de todo, es mi hermanito o hermanita.

—¿Podemos irnos? —preguntó el conductor de Nolan, que estaba a cargo de Mía y nos llevaría ese día.

—Sí.

Tuve algo de mareo por la mañana y acepté cuando me lo ofreció. No podía correr el riesgo de sentirme mal al volante y causar un accidente.

—¿Me prometes algo? —Me miró con los ojos brillantes y supe que algo grande estaba por venir.

—¿Qué?

—¿Podré elegir el nombre?

—¡Ey!

—Me lo merezco.

—No sé si es para tanto.

—Piénsalo bien. —Hizo puchero.

—Primero veremos las opciones que tienes en mente, antes de que pueda tomar una decisión.

—A lo mejor tengo opciones geniales.

—Espero que sí.

Ella se rió.

A pesar de toda la situación y de que Mía seguía enferma, saber que un hermano llegaría para curarla la había hecho sentir mejor, esperanzada de una forma que también me animó. Ella había comenzado a hacer planes nuevamente, incluyendo el regreso a la universidad y un intercambio de vacaciones para un curso de francés en París. Me moría de ganas de que ella recuperara la vitalidad.

Yo también tenía planes, como incluir una cuna en mi cuarto, comprar ropita y otras cosas mientras esperaba que el bebé llegara. Esperaba que eso fuera suficiente para ayudarme con la ansiedad.

Sabía que ser madre soltera tendría enormes desafíos, pero tenía muchas más posibilidades y apoyo para lograrlo a los treinta y seis años que cuando tenía dieciséis. Era mi oportunidad de hacerlo bien y tenía que aprovecharla.

El conductor nos dejó en la puerta del hospital y Mía entró conmigo, tomamos un ticket y nos dirigimos a la sala de espera, donde había muchas embarazadas, la mayoría con la barriga ya bastante grande.

—¿Será que ya se puede saber el sexo? —Mía se acomodó a mi lado.

—Creo que aún es muy pronto. —Puse la mano sobre mi barriga, que aún no mostraba ningún signo de crecimiento.

—Estaría bien que fuera una niña.

—¿Por qué?

—Sería como una muñequita.

—¡No vas a jugar a las muñecas con tu hermana!

—No es jugar. —Se encogió de hombros.

Nos estábamos riendo hasta que oímos mi nombre.

—¡Keyla!

Me giré hacia el pasillo y mis ojos se abrieron al ver a Jonas de pie.

—¿Qué haces aquí? —gruñí.

—Vine a acompañarte a la ecografía.

—¿Cómo lo sabías? —Me quedé boquiabierta.

—Se lo dije. —La voz de Mía me hizo mirarla.

—¿Qué?

—Pensé que tenía que venir —dijo, como si no fuera nada importante.

—¡Mía!

Estaba sin palabras, completamente sorprendida por la actitud de mi hija. *¿Y ahora Mía?*

—¿Señorita Baker? —La puerta de la sala de ecografías se abrió y una chica apareció llamándome—. ¿Vamos?

Asentí con la cabeza y me levanté, Mía vino conmigo y Jonas también.

—Tú no —gruñí hacia él.

—Keyla, por favor, déjame entrar.

—Déjalo ir, mamá —intervino Mía por él.

—¿De qué lado estás? —Apreté los dientes, irritada.

—Del de mi hermanito o hermanita. —Se encogió de hombros.

Estaba indignada con su reacción, esperaba que estuviera de mi lado y no que llamara a Jonas para un momento tan importante como mi primera ecografía.

—¿Entonces? —La mujer esperaba mi respuesta.

—Vamos a entrar —terminé aceptando.

—Ahí está el baño. Puedes cambiarte y ponerte la bata del hospital con la abertura hacia el frente. Los acompañantes esperarán en la sala de examen.

Asentí con la cabeza y me dirigí al baño.

Puse mi bolso en un soporte y me quité la ropa. Estar sola unos minutos me hizo pensar. Lo correcto parecía ser no querer que Jonas estuviera ahí, pero en el fondo, más allá de lo que era capaz de admitir, me gustaba la idea de tenerlo cerca.

Para ser honesta, a pesar de toda la ira y el resentimiento, lo que realmente me impulsaba a alejarlo era el miedo a ser abandonada una segunda vez. La posibilidad de creer en él, abrir mi corazón de nuevo y arriesgarme solo para acabar siendo abandonada otra vez me destrozaba el alma... *No...*

Ya había sufrido demasiado como para repetir la misma historia. Jonas era bueno con las palabras, y si no me mantenía fuerte, podría terminar siendo engañada. Sin embargo, lo que más me sorprendía era que Mía lo hubiera llamado. Ella. Pensaba que mi hija sería incapaz de perdonar al hombre que nos abandonó, y me seguía cuestionando cuál había sido el momento en que ella cambió de opinión y yo no me di cuenta.

El problema era que solo con su presencia y la posibilidad de un nuevo comienzo, parecía algo tentador que no quería permitir que siguiera persiguiéndome.

—¿Señorita Baker? —La asistente tocó la puerta—. ¿Está todo bien?

—Sí, ya estoy saliendo. —Respire profundamente y abrí la puerta, envuelta en la bata del hospital.

Detrás de una cortina verde, había una camilla, el aparato de ecografías y dos sillas, donde Mía y Jonas se acomodaron.

—Señorita Baker, soy el doctor Smith —se presentó el médico encargado del examen.

Era relativamente bajo y tenía el cabello blanco, lo que indicaba que probablemente ya había superado los cincuenta.

—Hola...

—Puede acostarse en la camilla, por favor. —Me ayudó a recostarme y cubrió mis piernas con una sábana—. ¿Es su primer bebé?

—Tuve una niña hace veinte años.

Mía no dijo nada, era mejor así. Cuantas menos personas lo supieran, menor sería el riesgo de que se convirtiera en un escándalo debido a la visibilidad de Nolan. Ella ya había tenido toda una vida como hija de mi hermano, y cambiar eso tendría implicaciones irreversibles.

—Una gran distancia.

—Sí...

—¿Está emocionada?

—¡Demasiado! —Dejé escapar una sonrisa. A pesar de todas las circunstancias, estaba muy feliz por tener otra oportunidad de ser madre y, esta vez, poder cuidar de mi bebé.

—Eso es genial. —Se giró hacia Jonas—. ¿Eres el padre?

—Sí.

—Felicidades.

—Gracias.

—¿Podemos comenzar el examen? —El médico volvió a centrarse en mí.

Asentí con la cabeza.

Posicionó el aparato, lo que me causó algo de incomodidad, pero lo ignoré cuando la imagen apareció en la pantalla. Parecía tan pequeño, como las imágenes en los libros de ciencias, pero ya podía ver claramente la cabeza, los bracitos y las piernas.

—Aquí está su bebé —anunció el médico, provocando que las lágrimas brotaran de mis ojos.

Fue la mezcla de felicidad y tristeza más intensa que jamás había sentido.

Felicidad por saber que era real, que tenía un bebé creciendo dentro de mí y que sería madre nuevamente, además de la cura para la enfermedad de Mía. Tristeza porque la primera vez que estuve embarazada, solo pude sentir pánico y no pude disfrutar de las buenas sensaciones.

Era como si estuviera en deuda con Mía, aunque racionalmente sabía que nada era tan blanco o negro.

—¿Está todo bien? —Jonas se levantó y me sorprendió cuando tomó mi mano.

Solo moví la cabeza, indicando que sí.

Quería que se apartara, al mismo tiempo que su contacto era agradable y provocaba un calor en mi pecho.

—¿Cómo está el bebé, doctor? —preguntó Jonas.

—Creciendo bien para esta edad gestacional. Este es el sonido de los latidos del corazón. —Una imagen de onda apareció en la pantalla y el sonido llenó la pequeña sala de examen.

Mis manos comenzaron a temblar un poco y mi alegría creció aún más.

—¿Es niño o niña, doctor? —preguntó Mía.

—Aún es muy pronto para saberlo por ecografía, pero hay un examen que analiza el ADN del bebé, que ya se puede hacer.

—¿No es peligroso? —preguntó, algo preocupada.

—No, en realidad es bastante sencillo. Se toma una muestra de sangre de la madre y se recoge el ADN del bebé que ya está circulando.

—¿Podemos hacerlo después? —preguntó Mía.

—Sí.

Me ayudaron a levantarme de la camilla y volví al baño para ponerme mi ropa.



Jonas BENNET

Capítulo 51

Cuando Mía me llamó para hablar sobre la ecografía de Keyla, supe que no sería bien recibido al aparecer, aún así, estaba seguro de que necesitaba estar allí. Ese era el mínimo que podía hacer para comenzar a demostrar que realmente quería ser parte de esto.

Después de diecisiete años de un matrimonio vacío, mi vida estaba cambiando ante la posibilidad de tener una familia real. Lo que tuve con Sarah estuvo basado exclusivamente en interés mutuo, pero con Keyla...

Amar a alguien nunca estuvo entre mis prioridades, pensaba que los sentimientos eran tontos y vacíos. No eran más que algo que el comercio usaba para lucrar, pero estaba equivocado. Cuando Keyla apareció exigiendo que hiciera el trasplante para Mía, me di cuenta de que había una parte enorme de mi vida que había descuidado completamente. Tal vez por eso me sentía tan vacío cuando ponía la cabeza en la almohada todas las noches.

Me sentí un poco idiota cuando me di cuenta de que el dinero realmente no era suficiente para garantizar una vida feliz.

—¿Quieren que las lleve a casa? —ofrecí, mientras caminaba detrás de ellas hacia la salida del hospital.

—¡No! —Keyla no dudó ni un segundo al responderme.

—¿Estás segura? —Me giré hacia mi hija, que extrañamente era lo más cercano a una aliada en ese momento.

Keyla casi rugió hacia ella antes de que Mía pudiera responder.

—El chofer de mi papá nos está esperando.

Mi papá...

La sangre no importaba. Nolan la había criado y ese era un espacio que yo nunca iba a poder arrebatarle. Podría arrepentirme, pero veinte años era demasiado tiempo para intentar corregir con algunas palabras y disculpas.

Si quería ser padre de verdad, tendría que esforzarme por hacerlo con el bebé que venía en camino y sería lo más cercano a una hoja en blanco. Un espacio en el que no debía replicar los mismos errores cometidos con Mía.

—Si necesitan algo de mí...

—¡Te llamaremos! —Mía tiró de Keyla de la mano y se dirigieron hacia la salida del hospital, donde estaba un coche negro.

Me quedé observando a lo lejos, parado como una estatua, mientras el chofer abría la puerta trasera del coche para que se acomodaran. Solo unos segundos bastaron para que se fueran, dejándome con la sensación de que tal vez ni siquiera habían estado allí.

—¡Permiso! —dijo una enfermera, al pasar por mi lado con una camilla.

—Perdón. —Me moví a un lado, algo aturdido.

Sabía que tenía que hacer todo de manera diferente y que sería un largo camino hasta conseguir el perdón de Keyla, pero admitir que ni siquiera sabía por dónde empezar me resultaba angustiante.



Keyla
BAKER

Capítulo 52

—¿Dónde tenías la cabeza? —Me giré hacia Mía, furiosa, en cuanto cerré la puerta de mi departamento.

Había intentado controlarme, permaneciendo en silencio durante todo el trayecto de vuelta, pero en cuanto nos quedamos solas, exploté.

—Ah, mamá...

—¡Nada de eso! Llamar a Jonas fue, como mínimo, un error, por no decir algo peor.

—No exageres.

—¿Exagero? —Mi grito llenó el departamento, como si fueran ecos en una cueva cerrada.

Estaba tan enojada y no entendía por qué ella había hecho eso. Justo Mía...

—Cálmate, mamá. No puedes descontrolarte, estás embarazada.

—Ahora quieres que me calme. —Crucé los brazos, apretando los dientes—. No esperaba algo así de ti, traicionarme...

—¿Ves? Estás exagerando, no fue una traición, solo llamé al tipo para acompañarte a la ecografía. No es el fin del mundo.

—Sabes que no lo quería allí. —Respiré profundamente y di algunos pasos hasta sentarme en el sofá cuando sentí mi corazón acelerarse.

—¿De verdad no lo querías o estás tan enojada que no puedes admitir lo contrario?

Guardé silencio por unos momentos, sorprendida por su pregunta, porque en el fondo, era como si mi hija pudiera leer mi alma, mucho más allá de lo que parecía correcto confesar.

—No deberías defenderlo... —Después de un rato reflexionando y buscando las palabras correctas, eso fue todo lo que pude decir.

—¡No lo estoy defendiendo, mamá! —Se tiró en el sofá a mi lado.

—¿Cómo no? —Me giré para mirarla, con una expresión de interrogante en el rostro.

—Ya te dije, estoy del lado del bebé.

—Honestamente, no entiendo cómo olvidar la ausencia que Jonas tuvo contigo puede ser lo mejor para tu hermano.

—Él no fue mi padre, pero eso no significa que no pueda ser el padre del bebé.

—¿Y por qué crees que él lo haría diferente?

Todavía estaba dudosa. Había sufrido demasiado para dejar eso de lado y darle una segunda oportunidad al hombre que ya había destrozado mi corazón de la peor manera posible.

—Si él no lo hace, el que pierde es él. —Mía se encogió de hombros, como si fuera mucho más simple de lo que yo podía imaginar—. Si no es un buen padre para mi hermano o hermana, la culpa será toda de él, porque tú no impediste que lo intentara.

Respiré profundamente. Aunque el argumento de Mía tenía mucha lógica, los sentimientos no eran tan simples y bajar la guardia para esperar lo que podría pasar no me parecía una buena idea.

—Pero, ¿y si...?

—Solo lo sabrás si lo intentas. —Se encogió de hombros.

—Ya he sufrido mucho —admití, con un peso enorme en el pecho y en los hombros.

—Lo sé.

—¿Cómo puedo ignorar todo esto?

—No te estoy pidiendo que ignores, solo que le des una oportunidad a mi hermanito de tener un padre.

—Jonas está muy lejos de ser la mejor persona del mundo.

—Nolan tampoco lo era. —Se rió.

—Mi hermano tiene sus defectos, pero intentó ser un buen padre.

—Dejó a Nilzi sola hasta que la bomba realmente explotó y todos se enteraron. Y Brian es realmente su hijo.

—Nolan es un idiota.

Mía soltó una carcajada.

—No tienes que perdonarlo. Yo no lo haría, pero tal vez él pueda ser un padre decente, como no lo fue para mí.

—No lo sé... —Aún estaba llena de dudas.

—Tienen algunos meses para descubrirlo.

—Puede ser... —Dejé escapar un largo suspiro.

Mía parecía más confiada de lo que yo o al menos se esforzaba por demostrar, pero yo ya no podía pensar de la misma manera. Mi corazón lleno de dolor me pedía cautela y no lanzarme de cabeza, porque podría terminar lastimada.



Jonas BENNET

Capítulo 53

Coloqué los papeles sobre mi escritorio después de terminar mi breve análisis de los informes entregados por los ingenieros sobre la construcción de un puente en Queens. Era un gran proyecto que habíamos conseguido junto con la alcaldía de Nueva York y teníamos que asegurar la mejor ejecución posible para que nos aprobaran en futuras licitaciones.

—Ahorrar en concreto puede generar riesgos de caída a largo plazo —advirtió Henry Carter, uno de los ingenieros del equipo.

—Vamos a hacer las pruebas para asegurarnos de que el material utilizado sea el adecuado. No queremos ser responsables de un accidente.

—Sí, señor.

—Quiero los resultados de durabilidad y resistencia de los materiales utilizados antes de que empecemos con la obra. Proporciónalos lo antes posible.

—Puede contar con eso. —Asintió, con un movimiento de cabeza—. ¿Necesita algo más?

—No, puedes irte.

—Que tenga un buen día, señor Bennet.

—Igualmente.

En cuanto el hombre salió de mi oficina y cerró la puerta detrás de él, dejé escapar un suspiro y me recosté en el respaldo de mi silla de cuero.

Trabajar en la empresa era todo lo que tenía, cerrar proyectos, ganar dinero y acumular más riquezas. Sin embargo, en los últimos días sentía como si ir a la empresa ya no fuera lo que realmente necesitaba hacer. Mis esfuerzos parecían requerirse en otro lugar y sentía que estaba perdiendo el tiempo...

Era una estupidez, porque no tenía otro lugar a donde ir que no fuera allí. La empresa era el único ambiente en el que era bienvenido. Sin familia, tampoco me había preocupado por hacer amistades, como si tener a otras personas alrededor solo fuera una distracción.

Aunque me había jurado a mí mismo que eso nunca sucedería, en ese momento me sentía un idiota...

Abrí el cajón de mi escritorio y saqué mi celular. Revisé la aplicación de mensajes y no había nada de Keyla.

Ya había pasado una semana desde la ecografía y todos los días le enviaba un mensaje preguntando cómo estaba y si necesitaba algo, pero no obtenía respuesta, ni siquiera un emoji.

Me lo merecía. Después de todo lo que le había hecho, parecía como si nada de lo que hiciera fuera suficiente para recibir

algo de su parte. Aun así, me sentía horrible con cada día sin respuesta, con miedo de que algo le hubiera sucedido. Ella estaba embarazada y quería ayudar, pero de repente, me parecía muy injusto que me tratara así.

Al menos debería darme noticias sobre el embarazo. *¿No debería?*

Recordé el estúpido contrato que había firmado. Otro error más en una larga lista de los que ya había cometido. Sentía que para conseguir su perdón solo había una alternativa: nacer de nuevo.

¿Exagerado?

Con la situación que vivía, era lo único que podía ver.

¿De qué servía que Mía dijera que debía ser un mejor padre para el bebé si Keyla era incapaz de perdonarme y permitirme regresar a su vida?

Había arruinado todo de una manera irreversible.

Jonas:
¿Cómo están tú y el bebé?

Otra vez, mensaje visto y no respondido. Tal vez la única forma de recibir noticias era a través de Mía, pero no sabía hasta qué punto ella estaría dispuesta a ayudarme.

Antes, en un pasado no tan lejano, simplemente habría dejado pasar las cosas, asegurándome a mí mismo que si no me decían nada, era porque todo estaba bien. Después de todo, las malas noticias corren rápido. Sin embargo, ya no quería esperar una catástrofe para ver a Keyla de nuevo.

Había llegado al punto en que no importarme ya no era una opción. Sin embargo, eso solo sirvió para mostrarme que mi corazón también era capaz de sufrir.

Una parte de mí quería huir lo más lejos posible de ese sentimiento angustiante, pero mi conciencia no me dejaba engañarme con la ilusión de que todo eso no era más que un agujero que yo mismo había cavado.

Si no la hubiera dejado...

Era demasiado tarde para pensar en el pasado.

Volví a mirar la pantalla de mi computadora y revisé los correos buscando algo que me distrajera, pero en cuanto mi celular vibró sobre la mesa, mi corazón dejó de latir.

—Keyla... —murmuré, esperanzado.

Aunque deseaba que fuera ella, me encontré con un mensaje de la operadora, lo que fue como un balde de agua fría para mis esperanzas sentimentales.

Después de todos esos días sin respuesta, era una tontería de mi parte creer que ella cambiaría de opinión.

No merezco el perdón de Keyla...

A la hora del almuerzo, salí a comer a un restaurante cercano, comiendo solo como de costumbre. La soledad no solía molestarme, sin embargo, me sentía como un hombre diferente respecto a todo.

Tomé la cuchara al lado del plato y miré mi reflejo en la superficie plateada.

—¿Hasta qué punto hemos llegado? —me pregunté a mí mismo.

Había llegado a un estado decadente de ansiedad y culpa, donde la tristeza dominaba mi corazón de una forma con la que no sabía lidiar. Estaba siendo consumido desde adentro y sentía que iba a enloquecer.

Levanté la mano para que un camarero se acercara.

—¿Necesita algo más, señor?

Negué con la cabeza.

—Traiga la cuenta.

—Enseguida.

Se alejó de mí y tomé el celular, deslizándome sin foco por una página de noticias, vagando sin rumbo hasta que vibró entre

mis dedos. Me sorprendí al ver que la notificación mostraba el nombre de Keyla.

Contuve la respiración por unos segundos y necesité procesarlo para darme cuenta de que no era solo cosa de mi cabeza.

No había nada escrito, solo un archivo de una receta con la solicitud de algunas vitaminas y suplementos.

Jonas:

¿Qué es esto?

Parecía no ser la respuesta más adecuada, pero estaba confundido. Pensé en llamarla, pero no quería parecer desesperado.

Keyla:

Fui al médico hoy para llevar los resultados de la ecografía. Me pidió algunos exámenes y me recetó estas vitaminas.

Jonas:

¿Quieres que te las compre?

Keyla:

Sí.

Me sorprendí y me sentí contento por esa pequeña señal de que estaba dispuesta a dejarme participar.

Jonas:

Te las llevo esta noche.

Keyla:

Está bien.

No envió ningún otro mensaje, pero preferí no insistir. Era mejor una pequeña apertura que ninguna.

—Su cuenta, señor.

—Gracias. —Saqué un billete de cien dólares de la cartera y lo puse dentro de la carpeta negra que me había entregado—. Puede quedarse con el cambio.

Sonrió ampliamente y salí del restaurante, parando en la farmacia que estaba en el camino a la constructora para comprar lo que Keyla me había pedido.

Fue muy difícil controlar la ansiedad y trabajar el resto de la tarde, pero la mejor idea parecía ser darle el espacio que necesitaba

para que, al menos, me diera una oportunidad de ser parte de su vida.



Keyla
BAKER

Capítulo 54

Mía tuvo un empeoramiento considerable de su estado, obligándome a correr con ella al hospital a media tarde.

A veces cometíamos el error de olvidar que ella estaba enferma, y de repente una vuelta de tuerca nos golpeaba, dejándonos desesperados. No veía la hora de que todo eso terminara y tuviéramos de vuelta a la Mía alegre, llena de vida y saludable de siempre.

—Ella va a estar bien —dijo el médico, antes de salir de la habitación—. Le administramos antibiótico intravenoso para combatir la infección, pero tendrá que estar al menos veinticuatro horas en observación para asegurar que mejore.

Asentí con un gesto y él desapareció de mi vista.

Caminé hasta la cama y tomé la mano de mi hija, que estaba dormida. Estaba haciendo lo que podía, aunque no parecía ser suficiente.

Me distraje mirándola hasta que mi celular comenzó a vibrar en el bolsillo.

Me sorprendió ver el nombre de Jonas en el identificador de llamadas. Me había olvidado completamente de mandarle la receta después de la consulta.

Después de mi conversación con Mía, poco más de una semana atrás, no dejaba de pensar en lo que estaba haciendo y en el verdadero peso de haberlo excluido de la vida de mi bebé. En el fondo, aún temía que toda mi desconfianza se confirmara, y él no fuera más que el mismo tipo de hace veinte años. Sin embargo, tampoco quería ser responsable si me decía que había intentado y yo no lo permití.

Reconocer que tenía mucho más miedo por mí que por el bebé me parecía egoísta, pero era solo una forma de protegerme. Mi mente no podía ignorar todo eso y comenzar nuestra relación con una página en blanco.

Tenía más miedo a lastimarme de nuevo, pero, ¿quién podría juzgarme por eso?

Mía se movió en la cama y terminé atendiendo la llamada antes de que el sonido la despertara.

—Keyla... —Su voz resonó al otro lado de la línea, haciendo que mi corazón se acelerara.

—¿Hola, Jonas?

—Estoy aquí en la puerta de tu departamento, pero no me contestan. ¿A dónde fuiste?

—No estoy en casa.

—¿Por qué? Pensé que habíamos quedado en...

—Mía se sintió mal.

—¿Cuándo? —Su tono pasó de estar levemente irritado a preocupado.

—Poco después del almuerzo.

—¿Dónde están?

—En el hospital...

—Ya voy para allá.

Antes de que tuviera tiempo de decirle que no era necesario o que no quería que estuviera allí, Jonas colgó la llamada y me quedé mirando el celular en silencio.

A veces, una voz en el fondo de mis pensamientos me decía que dejara de estar a la defensiva y me abriera a la posibilidad de que él realmente estuviera dispuesto a ser un mejor padre y hombre. Pero enseguida la apagaba.

No cometas el mismo error de confiar en ese hombre, decía mi sentido común.

El tráfico seguramente estaba mal a esa hora, pero no pasó ni una hora cuando Jonas tocó la puerta de la habitación. Aunque habíamos hablado no hacía mucho, me sorprendió verlo.

—Viniste…

—Te dije que vendría. —Pasó por mi lado, dando unos pasos hacia el interior de la habitación y acercándose a la cama donde

estaba Mía—. ¿Qué le pasó?

—Tuvo una infección.

—¿La enfermedad no está en la sangre? —Parecía un poco confundido.

—Justamente por eso. Ella no produce células de defensa como una persona sana, lo que la hace más susceptible a infecciones.

—Entiendo...

Había investigado más sobre esa enfermedad que sobre cualquier otra. Una vez me encontré con una madre en los pasillos que dijo que nos volvíamos expertos en las enfermedades de nuestros hijos, y era cierto. Queríamos entender todo y encontrar alguna forma de ayudarlos.

—¿Ella va a estar bien? —Jonas continuaba observándola.

—El médico dijo que sí. Le dieron antibiótico y va a estar en observación por veinticuatro horas.

—¿Y tú te vas a quedar aquí?

—¿Dónde más podría estar? —Crucé los brazos.

—Estás embarazada.

—Sí, pero Mía me necesita.

—Ve a casa y descansa. —Me entregó una bolsa que supuse contenía las vitaminas de mi receta.

—¿Qué? ¡No! —Apreté los dientes, gruñendo para él—. Necesito quedarme aquí con Mía.

—Yo me quedaré con ella.

Negué con la cabeza, creyendo que era una locura siquiera considerar esa posibilidad.

—Si ella necesita algo...

—Estaré aquí.

—Tú no...

—Keyla —Jonas puso su mano sobre mi hombro y me obligó a mirarlo—, soy perfectamente capaz de quedarme al cuidado de ella. Además, estamos en un hospital, rodeados de profesionales de la salud. Si pasa algo, puedo pedir ayuda.

—Ella no...

—Si te necesito, te llamo.

Seguí negando con la cabeza. Parecía una mala idea aceptar eso, y Mía podría enojarse al despertar y ver a Jonas en lugar de a mí.

—Es mi oportunidad de hacer algo por nuestra hija. —Usó un buen argumento—. Nada puede arreglar la falta que hice, pero eso no significa que deba quedarme sin hacer nada.

—Ella no va a estar contenta.

—Los dos nos entenderemos —prometió, como si fuera mucho más simple de lo que en realidad parecía.

—Jonas...

—Necesitas descansar, probablemente tú estás en la fase de las náuseas. Recuerda, para ayudar a Mía, tú y el bebé deben estar bien.

No entendía por qué se comportaba de esa manera, pero estaba siendo bastante convincente.

—Cuando Mía despierte...

—Le digo que te he mandado a casa. —No me dejaba terminar una frase sin tener un buen argumento para convencerme.

—Está bien. —Terminé cediendo.

Tenía algo de dolor de cabeza y un malestar incómodo, pero había ignorado todo eso con la preocupación de que el estado de Mía empeorara.

—Descansa... —Jonas acarició mi rostro con cariño, sorprendiéndome, y de repente todo mi cuerpo se detuvo. Mi respiración quedó suspendida por unos momentos hasta que recobré el aliento con fuerza y casi me atraganté.

—Gra... Gracias.

—Buenas noches, Keyla.

—Hasta pronto.

Estar frente a él, con esas emociones y contacto, me hizo sentir tan incómoda que lo único que pude hacer fue alejarme de su alcance lo más rápido posible, aunque eso significara dejar a Mía con él.

Solo esperaba que mi hija me perdonara por eso.



Jonas BENNET

Capítulo 55

Me quedé sentado en el sillón junto a la cama de Mía, observándola acostada de espaldas. De vez en cuando, prestaba atención a su respiración ligera solo para asegurarme de que todo estuviera bien. Tenía miedo de que algo sucediera, y además, estando solo con ella, nada podía escaparse de mi control.

Se movió en la cama y tardó unos minutos en abrir los ojos, mirándome con sorpresa.

—¿Qué haces aquí? —dijo, sentándose rápidamente y apoyándose en el cabecero de la cama.

—Haciéndote compañía.

—¿Dónde está mi mamá?

—Se fue a su casa.

—¿Por qué?

—Yo se lo pedí.

—Ella no me dejaría sola contigo.

—Pensé que nos estábamos llevando mejor después de que me avisaste de la ecografía.

—Eso no significa que seamos amigos. —Apretó los dientes.

—Creo que tomará tiempo, pero deberías estar de acuerdo conmigo en que tu mamá necesita descansar un poco, y este no es el mejor ambiente para una mujer embarazada. Aunque ese sofá parece bastante cómodo—. Señalé.

—¿Ella está mal?

—Creo que solo estaba un poco mareada.

—¿Por qué haces esto?

—¿Qué cosa? —Fruncí el ceño, sin comprender completamente su pregunta.

—Estar aquí conmigo, mandarla a casa a descansar.

—¿No fuiste tú quien me dijo que tenía que cambiar las cosas?

—Era respecto al bebé.

—Tú también fuiste un bebé, Mía.

—Ya no lo soy hace muchos años. Además, si piensas que voy a empezar a llamarte papá, estás muy equivocado.

—No espero que me llames papá. No estuve aquí cuando necesitabas a un padre.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Hacer lo mínimo que puedo ahora.

—¿Crees que eso será suficiente? —Mantuvo la expresión seria, mostrando que, aunque físicamente se pareciera a mí, su personalidad era mucho más parecida a la de su madre.

—Estoy seguro de que nunca lo será —confesé, sintiendo un nudo en el pecho, pero era la verdad. Algunas cosas en la vida son irremediables.

—Es bueno que lo sepas. —Retrocedió.

Solo asentí con la cabeza.

—Ya que estás aquí, ¿por qué no compras un pastel para mí en la cafetería del hospital? Hay uno con cobertura de coco que se veía buenísimo cuando pasé frente a la vitrina camino al laboratorio para unos exámenes.

—¿Puedes comer dulces?

—No eres médico. —Se encogió de hombros.

—Podemos esperar a que uno aparezca y preguntarle a él.

—¡Ay, por favor! —resopló, molesta.

Me reí. Por su reacción, parecía que todo estaba bien, y eso me aliviaba.

—Deberías esforzarte por ser más amable.

—Los padres también dicen que no.

—Llegaste tarde para eso.

—Nunca es demasiado tarde.

—Ya veremos... —Rodó los ojos.

—Solo quiero que te recuperes, Mía. —Acaricié el dorso de su mano, haciendo que levantara las cejas y me mirara sorprendida.

—¿Desde cuándo te importa? —En un movimiento rápido, retiró la mano, dejando que su resentimiento se hiciera evidente.

—Desde que me di cuenta de mis errores con tu mamá.

—Es tarde.

—Para algunas cosas sí, pero para otras tal vez aún pueda esforzarme lo suficiente como para hacer alguna diferencia, aunque sea mínima.

—¿Crees que estar aquí conmigo en el hospital significa algo?

—Espero que sí —confesé—. Puede que no me perdones, pero espero poder demostrar que estaré a tu lado para lo que necesites.

—¿Hasta cuándo? Pasará una semana hasta que cambies de opinión y olvide todo esto. Ya soy mayor de edad, además, no voy a tocar mis documentos, lo que te deja libre de cualquier responsabilidad conmigo.

—Ya he estado demasiado libre de responsabilidades.

—¿Y vas a seguir insistiendo con esto?

—Siempre —respondí, con firmeza.

Ella no dijo nada, pero tuve la sensación de que no confiaba en mí. Era de esperarse que reaccionara de esa manera; había merecido estar en esa posición, y recuperar su confianza sería, sin duda, el trabajo más difícil de mi vida.



Keyla
BAKER

Capítulo 56

Me acosté en la cama, girando de un lado a otro, ansiosa e inquieta. No sé qué parte de mí pensó que sería una buena idea regresar a casa, pero esa parte fue rápidamente silenciada por un abismo de preocupación y culpa.

—Mía me va a matar... —dije, sentándome en la cama y echándome el cabello hacia atrás, sintiendo mis sienes empapadas de sudor.

Todavía me sentía algo mareada, a pesar de haber tomado el medicamento, no me había mejorado. Mi médica me había dicho que esos síntomas iniciales de embarazo podrían durar algunos meses más. También sentía algo de dolor de cabeza, tal vez por la preocupación, aunque era difícil saberlo.

Había pasado tanto tiempo desde mi primer embarazo que no recordaba bien cómo había sido. Y además, en ese entonces había muchos otros factores que influían en mi vida: el pánico, el miedo a que mi familia lo descubriera, la presión de Amelia...

Esta vez era diferente. Quería al bebé y sabía todo lo que implicaba cuidar de un niño, pero eso no significaba que no hubiera desafíos. El regreso de Jonas a mi vida ya era un problemón.

Tomé un poco de agua que estaba al lado de la mesa de noche y revisé la hora en mi celular. Ya pasaban de las diez de la noche, pero aún así decidí arriesgarme a mandar un mensaje a Mía para saber cómo estaba. Pensé que era mejor que hablar con Jonas.

Sería una gran mentira si dijera que ya había superado todos los sentimientos que tenía hacia él.

Veinte años parecían tiempo suficiente, pero tal vez ni veinte siglos serían suficientes para olvidarlo.

Keyla:

¿Estás despierta?

Mía:

Sí.

Keyla:

No debí haber dejado a Jonas ahí contigo. Si quieres, puedo regresar ahora mismo y quedarme yo.

Mía:

Mamá, tranquila, estoy bien.

Keyla:

¿Segura?

Mía:

Sí. Solo no sé si va a sobrevivir si sigue negándome el pastel de coco.

Keyla:

No puedes alimentarte a base de dulces.

Mía:

¿Y eso? ¿Un complot contra mí?

Keyla:

Claro que no.

Mía:

Entonces, ¿podrías ayudarme a convencerlo?

Keyla:

No voy a desobedecer las órdenes del médico.

Mía:

Es solo una pequeña porción... Por favor...

Keyla:

Ten un poco más de paciencia. En unos meses tendrás toda tu vida de vuelta.

Mía:

Eso espero.

Keyla:

¡Eh! ¿Qué pesimismo es ese?

Mía:

Todavía hay una posibilidad de que el bebé no sea compatible.

Keyla:

¡Lo será! Pensamiento positivo, ¿está bien?

Mía:

Está bien.

Keyla:

Te amo, hija. Todo va a salir bien.

Mía:

Yo también te amo, mamá.

¡Ay, Dios! ¡Él trajo una baraja de naipes!

Keyla:

Diviértete.

Mía:

Parece una noche con la abuela. ¡Socorro!

Keyla:

Dale una oportunidad, tal vez te diviertas.

Mía:

Lo veo difícil.

Keyla:

Si las cosas se ponen feas, me llamas.

Mía:

Ok. ¡Buenas noches, mamá!

Puse el celular de nuevo en la mesa de noche y me acomodé en la cama para dormir un poco. De hecho, estaba muy cansada, porque me quedé dormida casi de inmediato. Creí que Mía estaba segura con Jonas y que todo iría bien. Solo esperaba no arrepentirme.



Jonas BENNET

Capítulo 57

—¡Gané! —Exclamó Mía, mientras tiraba las cartas sobre la mesa del comedor de su cuarto, que estábamos usando para apoyar los naipes, mientras yo me sentaba en el borde de su cama.

—¡Eh! Creo que alguien aquí está haciendo trampa.

—No me vengas con eso. Acepta que perdiste.

—Fue suerte de principiante —dije, tratando de justificar mi situación.

—¿Por cuarta vez seguida? —Sacudió la cabeza en señal de desaprobación—. ¿Por qué no admites que eres malo?

—Tuve mala suerte —respondí, cambiando de tema.

—Puedes pagarme. —Extendió la mano hacia mí.

—¿Pagar qué?

—¡Cien dólares!

—¿Desde cuándo estábamos apostando? —Fruncí el ceño, confundido.

—Desde que yo decidí. —Se encogió de hombros.

—Eso no es justo, yo no lo sabía.

—Ahora lo sabes. —Siguió moviendo la mano, esperando que le entregara el dinero.

—Eres una trampa andante —murmuré, mientras me movía para sacar la billetera, pero antes de que pudiera tomar el dinero, escuché una voz detrás de mí.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Nolan... —Giré el cuerpo y lo miré fijamente.

El gobernador entró en el cuarto con una expresión seria, y yo me levanté rápidamente, casi tirando la baraja y haciendo que los naipes volaran por toda la habitación.

—¿Dónde está mi hermana? —Su expresión seguía seria mientras hacía otra pregunta.

—Se fue a casa a descansar —respondí.

—¿Te quedaste solo con Mía?

—Estamos bien aquí.

—Esa no fue mi pregunta —gruñó, sonando aún más molesto —. ¿Crees que puedes llegar aquí y quedarte con mi hija como si nada?

—Solo pensé en la comodidad de Keyla.

—Mía es mi hija —dijo, entre dientes, como si lo que hubiera dicho sobre su hermana no importara.

—No estoy aquí para discutir eso, amigo.

—Mejor así. Porque eso no va a cambiar.

—¡Eh, papá, relájate! —Mía intentó calmar la situación que, de repente, había pasado de ser relajada y divertida a algo incómodo y tenso—. Jonas y yo solo estábamos jugando con los naipes y le acabo de ganar cien dólares.

—Odias jugar con los naipes.

—Bueno, él es menos malo que la abuela. —Sonrió tímidamente.

—¿Viniste para quedarte con ella? —pregunté, dirigiéndome nuevamente a Nolan.

—Mi esposa fue al baño y va a quedarse con Mía esta noche.

—¿Nilzi? ¿En serio? —Mía protestó, pero decidí no intervenir. Ya había molestado lo suficiente a Nolan por esta noche.

—Los dejo entonces. —Tomé mi saco que había dejado sobre el sillón—. Buenas noches, Mía.

—Hasta luego, Jonas. —Me saludó con la mano antes de que me fuera.

Aunque no quería irme de esa manera, sabía que nunca ganaría una pelea con Nolan por la atención de Mía. Siempre tendría que conformarme con las migajas que quedaran, pero la culpa de todo eso era completamente mía.

Si había algún villano en esta historia, era yo y nadie más.

Para ser un buen padre, no podía cometer los mismos errores con mi hijo que estaba por llegar, por eso necesitaba estar ahí para él y para Keyla.



Keyla
BAKER

Capítulo 58

Acababa de salir de la cama y estaba cepillándome los dientes cuando escuché el sonido del interfono. No esperaba a nadie, así que caminé con sueño hasta el aparato.

—¿Hola?

—¿Estabas durmiendo?

—¿Jonas? —Me froté los ojos, como si aún estuviera en medio de un sueño.

—¿Puedo subir?

Pensé que quizás me arrepentiría de eso, pero presioné el botón del interfono, abriendo el portón.

Solo unos momentos después, Jonas tocó la puerta.

Cuando lo vi en el pasillo, me sorprendió. Su traje y su cabello estaban demasiado bien arreglados para alguien que había pasado la noche en el hospital.

—¿Cómo está Mía?

—Supongo que bien.

—¿Supones? —reaccioné con rabia a su respuesta.

—Nolan fue con su esposa anoche y me pidieron que me fuera. Él la cuidaría bien.

—Sí, claro... —Ante su relato, no pude evitar retroceder. Parecía que Jonas no estaba muy contento de que mi hermano hubiera hecho eso, pero no me reclamó nada. Sabía que no tenía derecho—. ¿Qué haces aquí? —Cambié de tema.

—Vine a ver cómo estás.

—Bien.

En realidad, tuve náuseas como casi todos los días de ese mes, pero preferí no entrar en detalles.

—¿Todo bien con las vitaminas?

—Sí, gracias.

—De nada. —Me miró fijamente, luego hizo un gesto hacia el interior de la sala—. ¿Puedo entrar?

Vacilé un momento, pero al final asentí y él pasó, cerrando la puerta detrás de sí.

—Tengo que salir a trabajar. —Era una mentira, pero fue la primera excusa que se me ocurrió para que se fuera. Tenerlo allí me llenaba de sentimientos encontrados que no sabía si debía enfrentar, ni si estaba lista para ellos. Odiarlo siempre parecía lo más correcto, pero ya no era tan sencillo.

¿Por qué?

No parecía correcto que solo la rabia y el rencor dominaran mi corazón cada vez que pensaba en Jonas.

—Yo también tengo que ir a la constructora.

—¿Entonces qué haces aquí? —Mi voz sonó áspera, pero no me preocupé por corregir la mala impresión que pudiera haber causado.

Lo odiaba, *¿no?*

—Necesitaba ver cómo estás.

—Estoy bien.

—¿Necesitas algo más además de las vitaminas?

Negué con la cabeza.

—Keyla... —Estiró la mano para tocarme, pero antes de que pudiera, me aparté.

—Es mejor que te vayas, Jonas.

—Mira...

—Fue bonito que fueras a ofrecerte para quedarte con Mía —lo interrumpí—, pero hay cosas que no van a cambiar.

Me miró con los ojos fijos, con una expresión de perro abandonado que me hizo tragar en seco. ¿Por qué no se iba y hacía esto más fácil para los dos?

—Sí, tienes razón. —Bajó la cabeza con una expresión triste —. Lo que perdí no voy a recuperarlo. Especialmente mi relación paternal con Mía. Ese es el lugar de Nolan, y ni él me va a dejar reemplazarlo, lo dejó claro ayer. Aun así, tengo el deber de estar ahí por ella y hacer lo mínimo que debería haber hecho en los últimos veinte años.

—Eso es con ella. —Me encogí de hombros, tratando de evitarlo una vez más.

—No estoy aquí por Mía —dijo, en un tono firme.

—¿No? —Tragó saliva otra vez, dándome cuenta de que abrir una rendija era un error muy grande.

—Acepto que perdí la oportunidad de ser el padre que ella necesitaba, de ser parte de su vida y tener su amor, pero estoy aquí por ti...

—Jonas... —Me agarró de la muñeca, y mi corazón empezó a latir tan rápido que pensé que iba a salirse por la boca.

—Todavía podemos funcionar.

—Si no puedes recuperar a Mía, ¿qué te hace pensar que puede funcionar conmigo? —Tiré de mi brazo, haciendo que me soltara.

—Aún funcionamos juntos.

—Solo puedes estar delirando si crees eso. —Mientras las palabras salían de mi boca, ya no sabía si estaba tratando de convencerlo a él o a mí.

Veinte años parecían suficiente tiempo para enterrar ese pasado, pero los giros de los últimos meses trajeron dolores y sentimientos a la superficie que no quería volver a enfrentar.

Con él frente a mí, diciendo esas cosas, sentía mi garganta apretada, y la sensación de asfixia se extendió por mi pecho, volviéndolo aún más comprimido. Mi corazón lloraba y las lágrimas se desbordaban por mis ojos. Me sentí molesta y débil, porque quería tener el poder de borrarlo de mi mente y no sentir más nada.

—¡Eh! —Tocó mi rostro, limpiando una lágrima con la punta del pulgar—. ¿Qué pasa?

—¿En serio? —Empujé su mano lejos de mi rostro y caminé hasta la ventana, mirando los autos pasar por la avenida abajo.

Desviar mi mirada de él era una excusa para poder recuperarme, o al menos intentarlo.

—Me equivoqué contigo...

—¿Y qué quieres? —gruñí—. ¿Crees que podemos borrar los últimos veinte años y fingir que todo eso no pasó?

—Claro que no. —Respiró hondo, como si estuviera eligiendo bien las palabras—. Si hay un villano en nuestra historia,

definitivamente soy yo. Las decisiones que tomé en el pasado nos pusieron en esta posición y sé que soy culpable de todo esto.

—Entonces, deberías tener la decencia de irte y dejarme en paz.

—Reconozco que me equivoqué.

—Parece que no.

—Por eso estoy aquí. Quiero arreglar las cosas contigo y ser un mejor padre para el otro bebé que vamos a tener. Un verdadero padre.

—¿Crees que después de todo lo que hiciste voy a perdonarte? —Elevé la voz, molesta.

—Estoy aquí suplicando por una segunda oportunidad. —Su mirada desesperada casi me convenció, pero había una montaña de sufrimiento casi imposible de ignorar.

—¡No!

—Keyla...

Las lágrimas volvieron a mis ojos, pero con una intensidad aún mayor.

—Sé que te lastimé mucho.

—Si de verdad lo sabes, deberías tener la decencia de no estar diciendo eso. —Froté mis ojos con el dorso de las manos, apartando las lágrimas mientras trataba de tragar el llanto, pero

parecía imposible. Solo estaba dejando mis párpados aún más hinchados.

—Es por eso que estoy aquí.

—Ya te dije que es imposible reparar lo que ya se rompió.

—Pero puede transformarse en algo nuevo y hermoso también.

Negué con la cabeza, haciendo todo lo posible por alejarlo.

Estaba en guerra conmigo misma, donde una voz, intentando convencerme de escucharlo, parecía a punto de ganar la batalla.

—¡No! —grité con todo el dolor que aún tenía acumulado en el pecho—. ¡Vete! Basta de todo esto y déjame en paz.

—Todavía podemos funcionar juntos —insistió.

—Estás mintiendo.

—Lo que pasó en el hotel...

—¡Fue solo sexo! Teníamos un objetivo muy claro.

Inspiró profundamente y sus ojos claros buscaron los míos. Las sombras dentro del apartamento los hacían verse verdes y aún más profundos.

—No fue solo sexo para mí.

—¡Basta! —Levanté la mano en señal de pare. Cada palabra suya era como una flecha en mi corazón que lo hacía sangrar más—.

¿Qué ganas engañándome de nuevo?

—Exactamente me pregunto eso, ¿qué ganaría yo engañándote?

Cuando me di cuenta, él había acortado la distancia entre nosotros y uno de sus brazos ya me rodeaba la cintura, mientras con la otra mano tocaba mi rostro y me obligaba a levantar la mirada para encararlo.

—No gano nada engañándote.

Mis ojos seguían fijos en los suyos, cuando me esforcé por preguntar.

—¿Entonces qué estás haciendo?

—Luchando para formar parte de tu vida de nuevo.

—¿Por qué?

—Te amo como debí haberlo hecho hace veinte años.

—Jonas...

Antes de que pudiera rechazarlo o evitar su acercamiento, su lengua ya estaba entrelazándose con la mía. Tenía que reunir todas mis fuerzas para apartarlo, pero era como si cada parte de mí luchara por lo contrario.

No debía querer su beso ni sus caricias, pero quería...

Él ya había tirado mi amor y no había ninguna garantía de que realmente hubiera cambiado en ese aspecto. Me había costado mucho levantarme cuando él me hizo caer y no sabía si podría soportarlo una vez más. Sin embargo, sus besos parecían más intensos y deliciosos.

Me estremecí cuando su boca se deslizó de mis labios, bajando por mi cuello y provocando una ola de escalofríos.

¡Mándalo a la mierda!, gritaba mi cordura en un intento desesperado por hacerme escapar de esa ola de deseo, pero no había fuerza suficiente para superar el resto de mí que lo deseaba más que nada.

Era un error, sufriría aún más, pero no parecía tan mal aprovecharlo, aunque fuera una última vez.

Dejé escapar un gemido cuando su mano bajó de mi cintura y llegó a mi culo, con un agarre firme que encendió mi piel y provocó temblores entre mis muslos. Cualquier vestigio de cordura que pudiera haberme detenido fue completamente silenciado por un impulso que era más fuerte que yo.

Dí unos pasos hacia atrás hasta que choqué con el costado de la mesa del comedor. El mueble crujió cuando me apoyé en él y Jonas se inclinó sobre mí, dejando besos y mordiscos en mi cuello. Jadeé, rascando la superficie de madera al inclinar la cabeza hacia atrás, dándole más acceso.

Llevaba una camiseta blanca que fácilmente subió cuando sus dedos recorrieron la lateral de mi cuerpo. Había mucho calor en sus toques, en contraste con el frío de todos mis temores.

Fue como si estuviera al borde de un abismo y, cuando sus labios volvieron a los míos, en un beso aún más intenso, sentí como si me hubieran empujado sin derecho a regresar. Solo había un destino: destrozarme nuevamente.

Demasiado tarde...

Mis manos subieron por sus brazos, sintiendo el tejido de su saco, y mis dedos se deslizaron por su pecho, abriendo los botones y empujando la prenda al suelo.

Mi piel ardía de deseo y no podía pensar en nada más que besarle, como si mi cuerpo no aceptara lo que era más prudente. La forma en que Jonas me besaba y apretaba tampoco ayudaba.

Me estremecí cuando sus manos subieron por mi espalda y abrieron el cierre de mi sujetador. Nuestras lenguas volvieron a entrelazarse y mis pechos desnudos se presionaron contra el algodón de su camisa blanca. Estaban sensibles e hinchados por el embarazo, pero lo ignoré por completo, moviendo la cabeza para que mi boca encontrara mejor acomodo en la suya.

Jonas me levantó, haciendo que me sentara en el borde de la mesa. Me miró por unos segundos, avivando aún más el incendio que me consumía desde adentro. Volvió a inclinarse sobre mí y su

lengua recorrió mi garganta, descendiendo hacia el valle entre mis pechos y siguiendo hasta mi abdomen.

Se detuvo cerca de mi ombligo, provocándome cosquillas con su respiración, mientras bajaba la cremallera de mi pantalón y lo arrastraba hasta el suelo.

Ya no podía más...

Aunque pudiera, no quería.

Intenté apartarlo antes, pero de nada sirvió, porque acabé desnuda sobre la mesa con su cabeza entre mis piernas.

¡Ahhh!

Un gemido agudo escapó de mi garganta cuando su aliento tocó la parte más íntima de mi cuerpo. Clavé mis uñas en sus hombros cuando él agarró mis muslos y contuvo mi cadera. Su lengua tocó mis labios vaginales mayores y alcanzó mi clítoris, envolviéndome en una niebla de excitación y placer donde nada más importaba y podía ignorar lo que no parecía correcto.

Agarré su cabello rubio, empujando su cabeza hacia adelante y haciendo que hundiera más la lengua en mí, aumentando mi placer y las vibraciones que se desprendían de allí, pulsando por todo mi cuerpo.

Me chupó, lamió y sus dientes me hicieron arder aún más hasta que mis piernas comenzaron a temblar y un nudo apareció en

mi bajo vientre, como una bomba lista para explotar. Cuando la presión se hizo suficiente, la avalancha de éxtasis me dejó sin aliento.

Mientras me recuperaba del orgasmo, Jonas me levantó en brazos, encontrando el camino hacia mi cuarto y dejándome sobre la cama.

Mis dedos aún temblaban y mi boca estaba seca mientras lo ayudaba a desvestirse. Las prendas se amontonaron en el suelo y él acomodó el peso de su cuerpo sobre el mío.

—Solo quiero que seas feliz. —Me sorprendió al tomar mi rostro entre sus manos y susurrar.

—Entonces, no me abandones de nuevo. —Sentí que podría estar hablando en vano, porque aún no confiaba en él.

—Considéralo una promesa.

Las promesas pueden romperse, igual que mi corazón...



Jonas BENNET

Capítulo 59

Iba a llegar hasta el final para recuperar su confianza, aunque sabía que no sería una tarea fácil.

Mis labios volvieron a tomar los suyos, sintiendo el sabor dulce y suave de sus labios, mientras sujetaba sus muslos y los colocaba alrededor de mi cintura, deslizando mi verga dentro de ella. El beso se volvía más delicioso mientras mis movimientos sobre ella ganaban ritmo y el sonido de nuestros gemidos y respiraciones llenaba la habitación.

Sus piernas me abrazaron con más fuerza y yo gruñí bajo contra su oído debido al apretón provocado por su canal en mí. Sus uñas recorrieron mi espalda, provocando una leve sensación de dolor mientras aprovechaba al máximo la fricción maravillosa de nuestros cuerpos.

Podría haber pasado mucho tiempo, pero la química seguía siendo perfecta.

La giré en la cama, colocándola sobre mí, y sus palmas se apoyaron sobre mi pecho. Agarré su cadera, ayudándola a moverse sobre mí mientras observaba sus tetas, que parecían aún más redondas, balancearse con el movimiento de su cadera.

Metí los dedos en su culo mientras seguía moviéndola y me incliné hacia adelante, abrazando su cuello y jalándola para un beso, repitiendo con la lengua los movimientos que ocurrían en la unión de nuestros cuerpos.

Intenté controlarme, hacer que durara más, pero en cuanto su canal me apretó nuevamente, solté un rugido mientras la llenaba con mi semen, aún intentando besarla.

Keyla se dio cuenta de que yo había llegado al orgasmo, pero siguió moviéndose hasta que se unió a mí, dejándose caer sobre mi pecho, respirando con dificultad.

Pasé mi mano por su rostro, apartando un mechón de su cabello castaño que se había pegado a su piel cubierta de sudor.

—Esto es un error... —murmuró, acomodando su cabeza sobre mi pecho.

—Solo quiero demostrarte que no lo es.

—Espero no decepcionarme contigo otra vez.

Tomé su mentón y moví su cabeza para que me mirara, viendo la verdad en mis ojos.

—No lo harás.

Keyla respiró hondo, pero no volvió a decir nada.

Se quedó acomodada sobre mi pecho unos minutos más, hasta que se apartó de mis brazos y se levantó de la cama.

—Necesito tomar un baño.

—Me encantaría unirme a ti.

—¿No deberías ir al trabajo?

—Es mejor llegar allí sin sudor ni olor a sexo. —Tenía un buen argumento que la hizo pensarlo y retroceder.

—Mi ducha es pequeña.

—Mejor aún. —Mi sonrisa hizo que sus mejillas se sonrojaran, y me levanté para unirme a ella.



Keyla
BAKER

Capítulo 60

Semanas después...

—Me alegra que estén llevando bien las cosas —comentó Mía, mientras esperábamos a que Jonas llegara a la entrada de mi edificio.

—Bien no sería la palabra correcta.

—¿Todavía tienes miedo?

—¡Obvio!

—¿El pasado sigue persiguiéndote?

—¿Cómo no me perseguiría? —Desvié la mirada, acariciando mi barriga que ya había crecido lo suficiente para parecer una bola de boliche debajo de mi camiseta suelta.

Nos acercábamos al invierno y la temperatura bajaba cada vez más. Sobre mi bolso llevaba un pesado abrigo, temerosa de pasar frío, y la ansiedad me llevó a apretarlo contra mi cuerpo.

—Él parece estar haciéndolo bien.

—Ese es mi miedo.

—¿Cuál? —Frunció el ceño, confundida.

—Creer que estamos bien y acabar cayendo de nuevo.

—Tal vez te estés preocupando sin necesidad.

Me giré hacia ella y fue mi turno de mostrar una expresión de asombro.

—No quiero ser utilizada y luego ser desechada otra vez.

—Él no haría todo este esfuerzo para eso.

—¿Desde cuándo sabes tanto de hombres? —Me sorprendieron todas sus respuestas.

—Algunos años de observación...

—Ni siquiera tienes novio, Mía.

—Preferí no acabar en manos de un idiota.

—¡¿Ves?!

—Pero ya estás bien involucrada, mamá...

Tenía razón y no había nada que pudiera argumentar en contra.

—Todo saldrá bien —dijo, estirando la mano y riendo cuando su hermanito se movió dentro de mi barriga.

Mía no tenía el poder para afirmarlo, pero bastó para calmarme un poco.

Estaba embarazada de seis meses y la ansiedad por que mi hijo naciera aumentaba cada día más. Además de la expectativa de

tenerlo en mis brazos y mirar su carita, también quería el trasplante para recuperar la salud de Mía.

Aunque mi hija hacía lo posible por fingir que estaba bien, era fácil notar cómo se iba debilitando con el tiempo, y yo ya no sabía cuántos meses más podría seguir así.

El coche de Jonas se detuvo frente a la puerta y nos tocó la bocina.

Era un sábado a principios de diciembre y la ciudad se llenaba cada vez más con la llegada de los turistas para las festividades navideñas, una época en la que los precios también subían. Por mí, podríamos esperar hasta enero para comprar las cosas del bebé. Sin embargo, Jonas me aseguró que solo íbamos a mirar y, si me gustaba algo, él lo pagaría.

Aún quedaba algo de orgullo en mí, pero Mía me convenció de que él era el padre y no hacía daño usar su tarjeta de crédito. Según ella, la deuda de Jonas era bastante grande y, conociéndola a mi hija, sabía que encontraría la forma de cobrarle.

Fuimos hasta el coche y me acomodé en el asiento del copiloto, mientras mi hija se sentaba en el asiento trasero. Ella sacó el celular de su bolsillo y pareció abrir una aplicación. Yo había hecho una lista de tiendas que queríamos visitar y tomé otra con los artículos esenciales para el ajuar del bebé.

—¡Vaya! —Jonas pareció sorprendido.

—Aún no has visto nada.

Moví la cabeza y dejé escapar una risita.

—Ah, mientras vamos de una tienda a otra, podemos hablar sobre la lista que hice con las opciones de nombres para mi hermanito.

—¿Ella también va a elegir el nombre? —Jonas se giró hacia mí cuando nos detuvimos en un semáforo en rojo.

—Ella cree que sí. —Me encogí de hombros.

—Les dejaré elegir entre mis opciones.

—¿Tus opciones? —Jonas frunció el ceño.

—Exactamente.

—¿Será que él también será tan mandón? —Extendió la mano para acariciar mi barriga.

—Lo veremos.

—Estoy perdido —se quejó, haciendo que Mía se riera a carcajadas.

—Empezaremos por la tienda de bebés que está en la quinta avenida, luego seguimos hacia otra en Broadway...



Jonas BENNET

Capítulo 61

Cuando sugerí salir a comprar las cosas para el bebé, no imaginé que Mía se tomara tan en serio esa tarea. Además de hacer un ranking con las mejores opciones de tiendas de la ciudad, también había hecho una lista de artículos.

Keyla parecía estar disfrutando mucho con ella, mientras yo solo observaba todo desde lejos, dejándolas elegir a su antojo. Nunca fui la mejor compañía cuando se trataba de compras. Hace años, cuando estaba con Sarah, solo servía como cargador de bolsas.

—Tenemos estas opciones de cunas... —empezó la vendedora, distrayendo a Keyla, y aproveché la oportunidad para tomar a Mía de la mano.

—Necesito hablar contigo.

—Tal vez "River" no sea el mejor nombre para mi hermanito, pero podemos ver otros en la lista...

—No es sobre eso de lo que quiero hablar —la interrumpí.

—¿Qué quieres?

Saqué mi celular y le mostré la foto de un anillo de compromiso.

—¿Crees que a tu mamá le va a gustar?

—¿Vas a pedirle que se case contigo?

—¡Silencio! —recriminé, antes de que Keyla pudiera escuchar. No quería arruinar la sorpresa.

—¡Lo siento! —Mía sonrió nerviosamente—. Creo que es pequeño.

—Iba a confirmar contigo el tamaño de su dedo.

—¡No eso, tonto! Me refiero al diamante. Ella merece algo más grande.

—¿Más grande?

—Que se vea desde lejos.

—No creí que le gustaran las cosas extravagantes.

—Créeme, ella lo merece.

—Está bien, buscaré otro.

—¡Vengan aquí! —llamó Keyla—. Necesito ayuda para elegir la cuna.

Mía y yo nos acercamos y ella nos mostró los modelos.

—¿Cuál te gusta más? —le pregunté.

—Esa. —Indicó una en el rincón—. Pero parece demasiado grande para mi cuarto.

—Tal vez deberíamos poner la habitación del bebé en mi casa.

—Tiene que quedarse conmigo. —Keyla frunció el ceño.

—Esa realmente está hermosa, mamá. Encontraremos una manera de encajarla.

Mía sonrió y me guiñó un ojo. Su actitud me decía que aprobaba mi idea de pedirle matrimonio a Keyla, y eso ya era una buena señal.

Después de la muerte de Sarah, juré que nunca más me casaría. No quería volver a pasar por lo mismo, pensaba que ya había alcanzado lo que quería. Sin embargo, el verdadero significado del matrimonio era otro.

—¡Jonas! —Keyla me dio un codazo.

—Esta cuna es preciosa.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Entonces nos quedamos con esta. —Sonrió a la vendedora.

—¿Ya tienen algún set de cuna? —preguntó la mujer.

—Necesitamos todo —respondió Mía.

—Perfecto.



Keyla
BAKER

Capítulo 62

Estaba mirando la pila de cajas esparcidas por mi cuarto y sala, sin saber exactamente dónde colocarlas. Ya habían pasado algunos días desde que hicimos las compras, y me aseguraba de estar esperando el momento adecuado para organizar todo, pero no sabía ni por dónde empezar.

Estaba ansiosa por la llegada de mi bebé, pero al mismo tiempo me corroía el miedo sobre cómo mi vida había dado un giro tan drástico en los últimos meses.

En menos de un año, había ido tras el hombre que juré nunca perdonar y me involucré con él hasta el punto de quedar embarazada. Al principio había sido una medida desesperada, pero terminó acercándonos de nuevo.

No había superado el miedo como para simplemente relajarme y disfrutar del momento.

Jonas me había invitado a salir esa noche, y pasé casi dos horas eligiendo un vestido que me quedara bien. Había ganado algo de peso y necesitaba comprar ropa nueva. A pesar de eso, logré mirarme al espejo y sentirme bonita, radiante.

Mi barriga, cada vez más grande, era motivo de orgullo y me recordaba que tendría una segunda oportunidad para ser madre de

verdad. Solo había acompañado a Mía a distancia, y eso nunca sería suficiente.

Aún estaba en el cuarto, tratando de elegir entre dos tonos claros de labial, cuando escuché el sonido del interfono. Cuando llegué a la entrada del edificio, vi a Jonas esperando al lado del coche con un ramo de rosas rojas.

—¿Son para mí? —pregunté, algo avergonzada.

Jonas asintió con la cabeza y me las entregó.

Las llevé a mi nariz, sintiendo su suave perfume, y sonreí.

—Son hermosas, gracias.

—Hermosa eres tú. —Acarició mi rostro y me atrajo hacia él, rindiéndome en un beso que comenzó cariñoso hasta dejarme sin aliento.

Me aparté, algo incómoda, y él abrió la puerta del copiloto para mí.

—¿Cómo te sientes? —preguntó, después de dar la vuelta al coche y ponerse su propio cinturón.

—Bien, salvo por la acidez.

—¿No mejoró?

Negué con la cabeza.

—Debe haber algo que ayude.

—A veces galletas de agua y sal ayudan, además de agua con limón.

—Creo que podrían conseguirme algo de limón exprimido en el restaurante.

—Será genial.

Arrancó el coche y giró hacia la avenida.

Recorrimos la ciudad hasta llegar a un restaurante en Soho que parecía acogedor y romántico, con sus manteles rojos y decoraciones de velas. Fuimos recibidos por una mujer de largos cabellos rizados y una sonrisa amable que nos condujo hasta una mesa.

—¡Qué lugar tan bonito! —comenté.

—Me lo recomendaron bien. —Se encogió de hombros.

—¿Quién? ¿Mía?

Él solo sonrió.

Nuestra hija había aprendido a ser bastante controladora por la influencia de mi hermano, pero tenía buenas sugerencias.

Jonas llamó a un camarero y pidió agua con gas y unas rodajas de limón, lo cual me ayudó mucho con la acidez. No recordaba haberme sentido así con Mía, pero ya había pasado demasiado tiempo como para estar segura.

—¿Me trajiste aquí para hablar sobre el nombre del bebé?

—También.

—No trajiste la lista de Mía.

—No es tan importante.

—Tienes razón. —Me reí—. Me gusta Noah.

—Creo que suena demasiado parecido al nombre de tu hermano. —Hizo una mueca.

—¿Entonces cuál prefieres?

—¿Dominic?

—Mmm, es un buen nombre.

—Fue el que más me gustó de la lista.

—No se parece en nada al nombre de Mía.

—¿Tiene que parecerse? —Alzó las cejas.

—No...

—Menos mal.

Sonreí mientras tomaba un sorbo de mi bebida ácida, ayudando a calmar la molestia de mi estómago.

—Keyla. —Me sorprendí cuando se inclinó, tomando mi mano —. No fue exactamente por el nombre del bebé que te invité aquí.

—¿Fue también para disfrutar de mi compañía? —bromeé.

—Siempre. —Me devolvió la sonrisa.

—Entonces, ¿para qué me invitaste? —Noté que había una carga en el ambiente.

—Quiero que te cases conmigo.

Me atraganté con el agua.

—¿Casarme? —Tuve la sensación de estar en un sueño surreal.

—Sí. —Sacó una caja de terciopelo de su bolsillo con un diamante enorme.

—Jonas...

—Debería haberlo hecho hace veinte años, pero quiero dejar de lamentarme por el pasado y reescribir un futuro contigo.

Quedé completamente paralizada. Quería que me tomara en serio, pero no imaginaba que me pediría matrimonio.

Giré la cabeza, mirando de un lado a otro, y me di cuenta de que todos nos observaban, ansiosos por mi respuesta. Lo sensato habría sido no lanzarme sin cautela, pero lo sensato ya había quedado atrás, ante la posibilidad de ser feliz.

—Sí... —lo solté, como si me estuviera liberando de ataduras invisibles—. Quiero casarme contigo.

Se levantó y me atrajo hacia él para un beso, poniendo el anillo en mi dedo.

—Te amo, Keyla.

—Yo también te amo, Jonas.

Nos quedamos abrazados un buen rato hasta que empecé a sentirme avergonzada por la mirada de los demás.

—Sobre el nombre del bebé… —dijo.

—También me gusta Dominic.

—Perfecto.



Jonas BENNET

Capítulo 63

Estaba distraído con un informe sobre el avance de la obra del viaducto cuando mi celular vibró con un mensaje.

Mía:

¿Ya buscaste tu traje?

Jonas:

Buenos días también para ti, hija.

Mía:

¿No lo has buscado?

Jonas:

Voy a pasar por el sastre después del trabajo.

Mía:

No lo olvides.

Jonas:

Tranquila, no lo haré.

Mía:

Quiero que todo salga perfecto.

Jonas:

Yo también.

Mía:

Hasta mañana. No llegues tarde.

Jonas:

No te preocupes.

En cuanto le pedí matrimonio a Keyla, nuestra hija mayor se encargó de que todo sucediera de la mejor manera posible. Ella pensaba que su madre no merecía menos, y yo estaba de acuerdo. Mía asumió el papel de madrina y se esforzó por organizar la boda en poco más de un mes.

Keyla quería esperar al nacimiento del bebé, pero Mía, a pesar de la enfermedad que aún la hacía ir al hospital de vez en cuando, convenció a su madre de que no había razón para posponerlo. Además, Mía no sabía cuánto tiempo necesitaría para recuperarse después del trasplante.

Nolan y el médico fueron los únicos en estar en desacuerdo, pero la boda iba a suceder, y Mía incluso mandó hacer una máscara que combinara con el vestido para usarla entre los invitados.

Mi celular volvió a vibrar, y pensé que era Mía otra vez, pero me sorprendió ver el número de Keyla.

—Estoy ansioso por nuestro gran día de mañana —respondí, con una sonrisa.

—¡Jonas! —gritó al otro lado, y mi corazón se aceleró.

—¿Qué pasa?

—No me siento bien...

—¿Dónde estás?

—En casa.

—¡Voy para allá! —Me levanté rápidamente, preocupado.

Keyla no era el tipo de mujer que hacía drama sin razón.

—Señor... —comenzó mi secretaria cuando pasé por su escritorio.

—Ahora no —respondí sin detenerme, apretando el botón del elevador varias veces, esperando que llegara más rápido.

¡Vamos, rápido!

Estaba impaciente y cada vez más preocupado.



Keyla
BAKER

Capítulo 64

Acababa de completar treinta y cinco semanas de embarazo. Hasta ese momento, con algunos picos de presión que trataba de monitorear y mantener a los médicos informados, todo iba bien con el embarazo.

Según todo indicaba, mi embarazo llegaría tranquilamente hasta las cuarenta semanas, como se esperaba. Sin embargo, al despertar esa mañana, me sentía más extraña que nunca.

Me dolía la cabeza y mis manos estaban temblando mucho. Ese día, Mía había pasado la noche en la mansión del gobernador y vendría por la tarde para ayudarme con los últimos detalles de mi boda.

Pensé que las palpitaciones y todo el temblor eran por la ansiedad. En algunos momentos aún no podía creer que me casaría con Jonas. Era una locura, increíble, la peor y la mejor decisión de mi vida al mismo tiempo.

Todavía tenía miedo de que todo saliera mal, pero ya no podía detener el impulso de lanzarme a sus brazos. Solo quería que fuéramos muy felices y deseaba eso más que nada en el mundo.

Solo es la ansiedad…

Cuando me levanté para ir al baño, el suelo vaciló como si fuera una piscina y casi caí, hundiéndome como si hubiera pisado mal. Fue cuando me di cuenta de que realmente había algo extraño en mí y no era solo algo en mi cabeza.

En el armario del baño, tomé el tensiómetro y me arrastré, sujetándome de la pared hasta acomodarme en el sofá de la sala para medirme la presión. Me sorprendí aún más al ver que estaba más alta que nunca.

Tomé el teléfono fijo, que casi nunca usaba, pero era el más cercano, y llamé a Jonas. Me aseguró que venía, pero pareció tardar una eternidad en llegar y tocar la puerta. Fui hasta allí para abrirle con todo el cuidado del mundo. Mi panza parecía pesar más que nunca.

—¿Keyla?

En cuanto vi a Jonas del otro lado de la puerta, me lancé a sus brazos como si ya no pudiera soportar el peso de mis piernas.

—¿Qué pasó? —Se movió para tomarme en brazos.

—Llévame al hospital.

—¿Qué sientes?

—Mi presión está alta, mis piernas flacas y mi cabeza parece que va a explotar. —Me latían tanto las sienes que me costaba hablar.

—¡Vamos! —Me acomodó mejor en sus brazos y me llevó hasta el elevador, llevándome hasta su coche estacionado en la calle.

Me acomodó en el asiento del copiloto y puso su mano sobre mi panza.

—¿Puedes sentir al bebé?

—No lo sé... —Mi respiración estaba pesada y difícil—. ¡Vámonos ya!

Jonas cerró la puerta y dio la vuelta para acomodarse en el asiento del conductor.

El sudor que resbalaba por mi rostro parecía cada vez más intenso a medida que avanzaba el tiempo, mientras Jonas trataba de llegar lo más rápido posible al hospital.

Jonas paró el coche en la puerta y gritó para que alguien viniera a ayudarlo, y pronto un enfermero apareció empujando una camilla.

—¿Qué le pasa?

—Está embarazada de treinta y cinco semanas.

—Mi presión... —Apreté la mano de Jonas.

—Su presión está alta.

—La vamos a llevar a urgencias. —Salieron empujando mi camilla y Jonas vino corriendo a mi lado.

Nos detuvimos en lo que me pareció una sala de urgencias y una doctora se acercó colocando el estetoscopio sobre sus hombros.

—¿Qué está pasando?

—No se siente bien —respondió Jonas.

—¿Usted es…?

—Su prometido y padre del bebé.

La doctora entrecerró los ojos, fijándose en mi rostro.

—¿Usted es Keyla Baker? ¿La hermana del gobernador?

—¡Sí!

Colocó un aparato de presión en mí y auscultó mi corazón.

Vi cómo cambiaba los aparatos y aplicaba un poco de gel en mi panza para escuchar los latidos del bebé.

—¿Doctora? —llamó Jonas, preocupado.

—La presión está muy alta y hay indicios de sufrimiento fetal.

—¡Dios mío! ¿Puede ayudarnos?

—Vamos a hacer un parto de emergencia.

—¡¿Parto?! —reaccioné, sorprendida—. Pero aún no es el momento.

—Si esperamos, puede aumentar los riesgos para ti y para el bebé.

—Jonas, llama a Mía... —Me giré hacia él, con la mirada suplicante.

—Le avisaré. Vamos a preparar todo.

—Por favor...

—Todo va a estar bien. —Sujeto mi mano con fuerza y se inclinó para besar el dorso de mi mano.



Jonas BENNET

Capítulo 65

El equipo médico llevó a Keyla para prepararla para la cesárea de emergencia y me prometieron que alguien más vendría a buscarme cuando pudiera ir a la sala de cirugía.

Mientras esperaba en el pasillo del hospital, tomé el celular y llamé a Mía.

—No me digas que le pasó algo a tu traje. Solo tenías que preocuparte de eso y de firmar los cheques...

—Estoy en el hospital con tu mamá —la interrumpí.

—¿Qué pasó? —Su tono cambió completamente, de mandón a preocupado.

—No está bien, le harán una cesárea de emergencia.

—Oh, Dios mío...

—Llama a tu médico y avísale a Nolan, tu trasplante probablemente también tenga que hacerse hoy.

—Oh, cielos... Está bien. ¿Puedes avisarle a mi médico?

—Envíame el contacto.

—Ya te lo envié. —En cuanto me lo dijo, mi móvil vibró con un mensaje.

—Voy a llamar...

—¿Jonas? —llamó antes de que yo colgara—. ¿Todo va a estar bien, verdad?

—Sí, todo va a estar bien. —Ella necesitaba tener confianza.

Cuando ella colgó, marqué el número del médico, que no tardó mucho en atenderme. Le informé sobre la cesárea de emergencia de Keyla y él me dijo que se pondría en contacto con el obstetra y organizaría todo para el trasplante de Mía.

—¿Señor Bennet? —Una mujer apareció frente a mí.

—Sí.

—Puede cambiarse en ese baño. —Me entregó unas ropas con el logo del hospital—. Luego lo acompañaré hasta la sala de parto.

Asentí con la cabeza.

Después de vestirme, fuimos hasta el octavo piso, donde me pareció que estaban las salas de parto y los quirófanos.Cuando entré en una de las salas, vi a Keyla acostada en una camilla, con un paño cubriendo su abdomen y varios aparatos conectados a ella, así como una vía para fluidos.

Me acerqué a su cabeza y toqué su rostro.

—¿Cómo te sientes?

—Atontada.

—Todo va a estar bien. —Le acaricié las mejillas.

—Mía...

—Ya la llamé a ella y al hematólogo también. Él se encargará de todos los detalles con los otros médicos para su trasplante.

—Qué alivio... —Keyla pareció más tranquila.

Me incliné y deposité un beso en su frente.

—Voy a hacer la incisión —avisó la obstetra, antes de cortar debajo del abdomen de Keyla con un bisturí.

Todo sucedió muy rápido y, cuando me di cuenta, ya estaban sacando a mi hijo, quien pronto comenzó a llorar. Tenía una capa de cabello castaño cubriéndole la cabeza y parecía más pequeño que una muñeca. Estaba tan morado que me preocupó.

—¿Está todo bien con él, doctora?

—Sí, va a estar bien.

—¿El cordón? —balbuceó Keyla.

—Se enviará a hematología.

—Gracias. —Ella se relajó, mientras acomodaban a Dominic sobre su pecho, y yo también.



Keyla
BAKER

Capítulo 66

Después de que recuperé el movimiento de las piernas, me llevaron a una habitación en compañía de Jonas.

Me tomó un tiempo asimilar lo que había ocurrido, pero en cuanto la enfermera acomodó al pequeño Dominic en mis brazos para amamantarlo, finalmente caí en cuenta de todo.

—Hola, hijito... —Suspiré, mientras lo acariciaba.

—Es tan hermoso como tú —comentó Jonas, de pie junto a la cama.

—Nuestro bebé...

—Sí. —Me dio un beso corto.

Me quedé sintiendo el aroma de Dominic, completamente envuelta en el amor de tenerlo conmigo, hasta que mi mente me recordó la razón por la que había nacido.

—Mía...

—La están preparando para el trasplante.

—¿Dominic es compatible?

—Sí.

—Oh, gracias a Dios... —Mi suspiro de alivio fue largo y profundo.

—Ella estará bien, y ustedes dos también.

—Gracias.

—Todo esto es gracias a ti.

Asentí, volviendo a rodear a mi pequeño con los brazos.



Jonas BENNET

Capítulo 67

Cinco meses después...

Después de toda la prisa para que la boda se realizara antes del nacimiento de Dominic, la ceremonia y la fiesta tuvieron que ser pospuestas por el parto de emergencia de mi hijo y la cirugía de trasplante de médula a la que Mía fue sometida. Después de todo el estrés, me sentía aliviado y podía decir que, finalmente, todo estaba bien.

Mía recibió el alta del hospital aproximadamente un mes después del trasplante, aunque seguía bajo cuidados médicos. Lo que más queríamos era que se recuperara por completo. Y lo hizo. Ya estaba llena de planes otra vez, como regresar a la universidad en California al inicio del próximo semestre.

Por más que quería que la boda se llevara a cabo cuanto antes, Keyla y Dominic ya estaban viviendo conmigo, bajo el cuidado de Greta y el resto del personal de la mansión. Así que convencí a todos de esperar hasta que madre e hija estuvieran completamente recuperadas. Mientras tanto, mi hijo crecía cada vez más y estaba más rellenito. Sentía que esos cinco meses habían pasado en un abrir y cerrar de ojos; pronto comenzaría con la alimentación complementaria.

—Ella está llegando. —Mi mente volvió al presente cuando alguien hizo el anuncio.

La boda se celebraba en el jardín de mi mansión y, además de algunos conocidos del ámbito político, la lista de invitados era bastante íntima. No tenía familia ni amigos a quienes invitar, pero al fin había aprendido lo que significaba tener cerca a las personas que amaba.

Keyla pisó la alfombra roja con un vestido de encaje lleno de pequeñas piedras brillantes y perlas, que la hacían lucir como una princesa. No llegué a ver el primer vestido, ya que, al no estar embarazada, tuvo que elegir otro. No es que eso importara, porque estaba seguro de que se vería maravillosa con cualquier cosa.

Iba del brazo de Nolan, quien me miró con seriedad cuando se detuvieron frente a mí.

—Si no cuidas bien de mi hermana, te mato.

—Puedes estar tranquilo. —Le sonreí con cierta incomodidad.

Keyla soltó una risita.

Nolan me lanzó una última mirada fulminante antes de finalmente tomar la mano de Keyla y entregármela.

Ya había fallado demasiado con ella y, como mínimo, debía ser el esposo más decente posible.

Observamos a los invitados, sobre todo a Mía, que tenía a Dominic en brazos y le sostenía la manito para ayudarnos a saludar. Al fin se veía radiante y llena de vida, tal como siempre debió ser.

Nos giramos hacia el juez de paz, que estaba allí para oficiar la ceremonia, y él comenzó con los ritos iniciales del matrimonio.

Tomé la mano de Keyla y besé el dorso, haciendo que se diera vuelta y se me quedara mirando un momento. Mientras el juez hablaba con los invitados, le susurré algo.

—Puedo haber fallado contigo durante veinte años, pero prometo compensarlo en los próximos veinte.

—¿Solo veinte? —Soltó una risita.

—Cuarenta, cincuenta... cien... Los que nos queden de vida.

—Mucho mejor así.

Ni siquiera esperé a que me dieran permiso para besar a la novia antes de darle un beso corto.



Keyla
BAKER

Epílogo

Una semana después...

Deslicé la mano por el pecho desnudo de Jonas, y él se removió cuando toqué su miembro bajo la sábana.

—Buenos días. —Rodó sobre mí y empezó a besarme, recorriendo con sus manos los costados de mi cuerpo y calentándome desde temprano.

—¡Ey! —Me aparté de su boca para protestar.

—Fuiste tú quien empezó. —Mordió suavemente el lóbulo de mi oreja, encendiendo mi sangre.

—Prometí que almorzaríamos en casa de mi padre. No los he visto desde que volvimos de la luna de miel.

—Vamos a ir.

—Entonces…

—Pero más tarde. —Hundió los dientes en mi cuello y solté un gemido.

Mi piel ardió aún más cuando la sujetó con sus dedos y la presionó entre ellos. Su pecho rozando mis senos hinchados aumentó mi excitación.

—Más tarde —acepté, tirando de él para besarlo.

—Mmm… —Jonas lamió y mordisqueó mi labio inferior, y me rendí por completo.

El beso se volvió aún más intenso mientras guiaba mi cadera y se acomodaba entre mis muslos.

—Condón… —Extendí la mano para abrir el cajón de la mesita de noche—. No quiero quedar embarazada otra vez.

—¿Por qué? Quizás Dominic merece un hermanito o hermanita de una edad más cercana a la suya.

—Antes de pensar en eso, necesito recuperar las noches de sueño.

—Dijiste que podríamos contratar una niñera nocturna.

—Quiero hacerlo yo…

—Al igual que lo hiciste con Mía, lo sé… —Volvió a besarme y me quitó el condón de la mano, dando por terminado el tema.

Su lengua se enredó con la mía en un beso lento y delicioso, hasta que lo sentí penetrarme y todo se volvió más intenso poco a poco, como si nuestros cuerpos despertaran con más deseo.

Sus manos subieron por mis muslos y sus dedos se hundieron en mi piel, aumentando la fricción de sus embestidas. Yo hacía todo lo posible por controlar mi respiración y mis gemidos para no dejar en evidencia lo que hacíamos, aunque fuéramos recién casados.

A través del monitor para bebés, escuchamos a Dominic comenzar a llorar y Jonas gruñó.

—De todos los momentos posibles, tenía que ser ahora.

—Así es esto. —Intenté levantarme de la cama, pero él me sujetó con más firmeza y siguió moviéndose con su miembro dentro mío—. Tengo que ir… —murmuré, aunque mi cuerpo quería lo contrario.

Jonas deslizó la mano entre nosotros y presionó mi clítoris con los dedos, haciéndome alcanzar el clímax antes de apartarse.

—Listo. —Rodó a un lado—. Ahora puedes irte.

—Descarado. —Me levanté riendo.

—¿Yo?

—Sí. Tú.

—Te amo.

—También te amo. —Me envolví en una bata de seda antes de salir del cuarto.

Entré en la habitación de Dominic y lo encontré en la cuna, tratando de morderse el pie.

—Hola, mi amor. Buenos días.

Hizo algunos ruiditos con la boca y me sonrió. Cada vez que veía esa sonrisa, me sentía la mujer más feliz del mundo.

Mi niño era la segunda oportunidad que siempre necesité, pero que nunca estuve dispuesta a darme por miedo y culpa. Pensaba que Mía jamás me perdonaría, aunque había decidido llevar la verdad conmigo hasta la tumba.

Para la sociedad, Mía seguía siendo la hija del gobernador y de su difunta esposa. Mi hermano había movido todas sus influencias para que la verdad nunca saliera a la luz, pero yo estaba satisfecha con la relación que había construido con ella. Bastaba con que lo supiera; aún nos quedaban muchos años para fortalecer nuestro vínculo, gracias a Dominic.

Todos le debíamos el futuro a él.

Después de darle de comer, cambiarle el pañal y vestirlo, fuimos a casa de mis padres, donde nos reuniríamos con mis hermanos para un almuerzo familiar.

Después de que Nolan y Philip encontraran su final feliz, por fin había llegado mi turno.

Acerca del autor

Jéssica Macedo, de 29 años, es brasileña y forma parte del ranking Forbes Brasil Under 30, el ranking de los jóvenes más prometedores del país. Vive en Belo Horizonte con su marido, su hija y tres gatos. Escribe para público infantil y adulto, fantasía, aventuras, romance y, sobre todo, literatura caliente, un auténtico fenómeno editorial entre los lectores.

Es una de las autoras más vendidas en Amazon en Brasil y Europa y sus libros están disponibles en seis idiomas. Jessica comenzó a escribir a los nueve años y se convirtió en autora a los 14 con el lanzamiento de su primer libro, "Vale das Sombras". Con más de 200 libros publicados, es escritora, editora, diseñadora y guionista. Participó en la adaptación de una de sus novelas, “Eternamente Minha”, en un largometraje transmitido por la plataforma Cinebrac. Hoy, Jéssica es el nombre principal de un equipo de autoras, en su mayoría mujeres, que integran el catálogo del Grupo Editorial Portal, que fundó a partir de sus experiencias en otras editoriales.

Descubre otros libros del autor en las redes sociales.

Facebook - http://www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram - www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Sitio web del autor Amazon - https://www.amazon.fr/stores/J%C3%A9ssica-Macedo/author/B07FVVRC1X



Lea también:



Link: https://amzn.eu/d/gCVBZOX

Sinopsis:

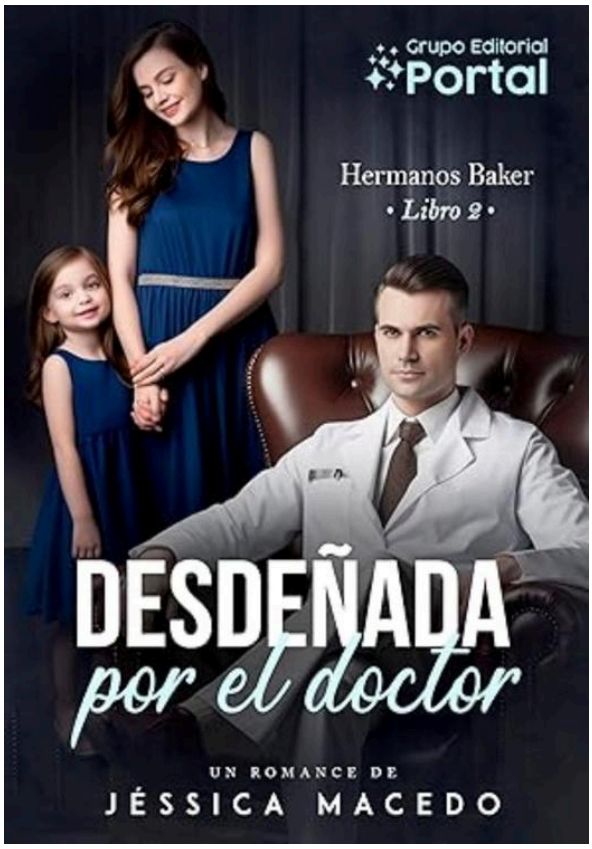
Nolan Baker es el poderoso gobernador del Estado de New York. Viudo, tiene una hija adolescente y usa su poder para controlarlo todo. Arrogante y autoritario, maneja a las personas para que hagan exactamente lo que quiere.

Nilzi Langner es una joven soñadora que acaba de cumplir dieciocho años y está terminando la preparatoria. Su mayor objetivo siempre ha sido convertirse en una modelo famosa, como su tía. Lo que nunca imaginó fue que su camino se cruzaría con el hombre más poderoso del Estado.

Lo que Nolan quiere, lo consigue.

Convertirse en el objeto de deseo del gobernador pondrá de cabeza la vida de la ingenua joven. Él sería capaz de ofrecerle el mundo, pero no estaba dispuesto a reconocer la relación, porque podría convertirse en un gran escándalo.

Sin embargo, su cuento de hadas se vino abajo cuando quedó embarazada y él la abandonó.



Link: https://amzn.eu/d/6hBK2Au

Sinopsis:

DIFERENCIA DE EDAD, MÉDICO Y RESIDENTE, EMBARAZO ACCIDENTAL, BEBÉ RECHAZADO

Philip Baker es el arrogante neurocirujano más famoso de Nueva York. Para alimentar aún más su complejo de superioridad, es hermano del gobernador del estado y el médico más adulado del hospital.

Roberta López sabía que, si quería convertirse en una gran neurocirujana, debía aprender del mejor. Por eso, se convirtió en alumna de Philip. Desde que ingresó al hospital, la habían advertido que no se involucrara más de lo necesario con él, porque podría romperle el corazón como lo había hecho con muchas otras mujeres. Pero fue una ingenua.

Philip Baker era demasiado increíble y seductor...

Enredarse con él parecía un cuento de hadas, hasta que quedó embarazada. Philip no quería ser padre, y Roberta tuvo que tomar la terrible decisión de abandonar el programa de residencia para criar a su hija sola.

Philip había olvidado a la residente y todo lo que pasó entre ellos, hasta que, años después, un accidente lo obligó a ser atendido por el mismo personal al que tanto menospreciaba. Entonces, escuchó a una enfermera decir que la niña tenía suerte de no haber sido criada por él.

¿Niña?

El altanero médico tenía un largo camino de redención por delante para ser digno de formar parte de la vida de su hija.



Link: https://amzn.eu/d/dGxCaEN

Sinopsis:

Hace cinco años, el multimillonario y hotelero griego Klaus Demetriou sufrió un terrible accidente que le costó la vida a su mujer y le dejó entre la vida y la muerte. Rescatado por una familia de pescadores, sobrevivió milagrosamente, pero regresó a casa con una enorme deuda.

Pedro Katsaros era un tipo sencillo que estaba orgulloso de la vida que llevaba y nunca le pediría ningún favor al hombre que rescató en la playa, pero algo terrible le ocurrió a su única hija y no tuvo más remedio que recurrir al magnate más poderoso que conocía.

Klaus no quería involucrarse, atrapado con sus propios fantasmas, no necesitaba complicarse la vida, pero no tenía elección. Deudas como la que tenía con el pescador debían ser pagadas, sobre todo cuando el pobre hombre fue asesinado por los mismos criminales que se llevaron a su hija. Rhea se convirtió

en su responsabilidad y para traerla de vuelta sana y salva tuvo que comprarla.Yo nunca sería padre...

Siempre dejé muy claro a mi esposa que tener un hijo no estaba en mis planes. Todo mi enfoque estaba en dirigir la empresa familiar, y no había tiempo ni espacio para dedicarme a un niño. Sin embargo, ella ignoró lo que le había repetido tantas veces y quedó embarazada. Jamás podría haber previsto que Grace moriría en un trágico accidente, dejándome con un recién nacido prematuro.

No quería a mi hijo, y ella solo deseaba una oportunidad para ser madre. En un primer momento, el odio fue instantáneo. Esa médica no tenía derecho a entrometerse en mi vida ni a cuestionar la forma en que estaba actuando. Por mí, habría sido despedida del hospital, pero, lamentablemente, la institución pertenecía a su familia.

Por más que quisiera deshacerme de ella y de la situación a toda costa, fue Jaqueline Vaughn quien me hizo ver que necesitaba redimirme con mi hijo y convertirme en un hombre mejor.

Redes sociales (del editor)

Sitio web del editor: https://grupoeditorialportal.com.br/

Instagram: https://www.instagram.com/grupoeditorialportal/

Facebook: https://www.facebook.com/grupoeditorialportal/

Shopee: https://shopee.com.br/grupoeditorialportal

Grupo Editorial Portal

www.grupoeditorialportal.com.br